

LOS ANCLAJES DEL TIEMPO

YONI RINCÓN DE LA HOZ

Zenú
◆◆◆◆



YONI RINCÓN DE LA HOZ

Poeta, declamador, escritor y ensayista, nacido en Aracataca, Magdalena. Docente de la Universidad de Córdoba. En su oficio de escritor, ha obtenido premios de literatura, como son: Premio “Cofrandepausa”, realizado en la Ciudad de Barranquilla, con el cuento *Triste anochecer* (1977); de igual manera, ocho veces Premio de Poesía Declamada, en la década de los 80, y homenajeado, debido a la fuerza poética que imprime en sus declamaciones; ganador del Concurso de Cuento “Cuentos de navidad” de El Meridiano de Córdoba (1997); Premio Universidad Pontificia Bolivariana (2001); Premio Corporación Unificada Nacional de Educación Superior CUN, “Letras insignes al himno de la CUN” (2005). Ha publicado narraciones cortas en diferentes medios escritos a nivel nacional e internacional. Publicó las siguientes obras: el poemario *Alas al viento* (1982); el libro de cuentos *Mi burro Juancho* (1985); la novela infantil *Tremolín en el Valle de los Zenúes* (2013); la novela *La última guerra* (2017); los poemarios *Un cielo con el amor adentro* (2017) y *Territorios de soledad* (2017); las novelas infantiles *La Tortuga más grande del mundo* (2017) y *El Valle del Gongorochí* (2017); y dos libros de cuentos *La chiva de palo* (2017) y *El pescador de hombres buenos* (2017).

Zenú
◆◆◆◆

ISBN: 978-958-52568-7-3



9 789585 256873

LOS ANCLAJES DEL TIEMPO

YONI RINCÓN DE LA HOZ

Los anclajes del tiempo

Autor

©Yoni Rincón De la Hoz

Editorial Zenú - www.editorialzenu.com

Primera edición: 2020.

Dirección editorial

Henry Andrés Ballesteros Leal

ISBN: 978-958-52568-7-3

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquileres o préstamos públicos.

*Dedico esta novela a mis perros y a mis gatos,
únicos amigos que después de muerto seguirán mis pasos.*

El pescador, desde una enorme abstracción, percibió que a través del tiempo se sabría la verdad, una verdad envuelta en la asombrosa historia de una mujer que se propuso salvar la vida de Silvano Macrioni. Esa vez, la noche puso la luna en el patio. Desde las recordaciones infinitas de "Las Trojas del Viento", aquel pescador, con la ilusión de atrapar peces, lanzó miles de ojos abiertos y pudo ver de cerca un mundo diferente al que había soñado. El montón de ideas que tuvo desde el momento en que empezó a vivir de frente una realidad impulsada por la necesidad de sentir que aún estaba vivo, lo llevó a pensar que en alguna estación del tiempo el hombre se resistiría del todo a la muerte. En la nostalgia, descubrió la chiva de palo que pasaba todos los días frente a las puertas de su infancia, vio que los hombres eran encadenados, los vio con la mirada llena de una absurda tristeza, como intentando encontrar un desfile de militares buenos.

Nunca se volvió a saber más de Silvano Macrioni...

El calvario que vivió Sara Meléndez se inició el día de la tormentosa desaparición del ser que más había amado en su vida, un veneciano que viajó por agua y tierra durante ciento treinta y siete días con el fin de estudiar el origen de una rara especie de aves del Caribe; de paso, ser blanco del intemperante deseo lascivo de las mujeres del trópico.

Rebasando las pendientes de la imaginación, el pescador observó desde su propia realidad, el movimiento de una sombra que emergía del manglar, una extraña figura de contornos indescriptibles surgía con sigilo de la oscuridad, algo que a

grandes trancos se dirigía de manera cautelosa a la casa del Comandante; una vieja construcción corroída por el implacable salitre de más de un siglo de existencia. Cuando estuvo allí, se detuvo frente a la puerta, miró hacia arriba, retrocedió tres pasos, tomó impulso y de una sola zancada se elevó cruzando velozmente las luces del balcón; la velocidad descontrolada que llevaba lo obligó a estrellarse contra el vacío de los cristales. Pasó por el salón principal de la vivienda, miró hacia la alcoba de los hijos del Comandante para luego caer encima de quien aún dormía. Con la agilidad que los gatos tienen, el intruso recobró el equilibrio de inmediato, tomó aire con furia para luego atacar al Comandante, quien al mismo tiempo despertó azarado en medio del estropicio. El agredido, con los ojos aún nublados de sueño, no alcanzó a distinguir de quién se trataba, turbado, miró hacia todos los lados y descubrió sobre el tocador Luis XV, una silueta negra que se abalanzó de nuevo contra él, se incorporó al instante, se puso de pie sobre el tieso colchón de la cama y, a puñetazos intentó defenderse del inesperado ataque.

El Comandante no podía entender lo que ocurría. El agresor lo perseguía por todos los rincones del antiguo caserón, su intención era darle muerte a como diera lugar, le buscaba los ojos para sacárselos, atacaba sin control en todas las direcciones, lo embestía como si hubiese entrado a descuartizarlo vivo; el Comandante a manotazos y empellones lo lanzaba contra las paredes, en oposición, la lluvia de golpes que el atacante le propinaba le impedía escapar de la brutal ofensiva.

Momentos después, cuando el atacante vio la imposibilidad de llevar a cabo su plan, en esa intención de alcanzar su cometido sin importar el riesgo de perder la vida, decidió en un instante abandonar el lugar, quiso escapar por las luces colgantes de un espejo de media luna que aún guardaba la imagen de una mujer obligada a permanecer a la fuerza al lado del Comandante; quien, bajo la intimidación perpetua la mantuvo a su lado después de quedar viuda en armónica virginidad.

La tragedia anticipada que vivió Sara Meléndez empezó el día de la misteriosa desaparición de Silvano Macrioni, el hombre a quien siempre amó. Un hombre envidiado por los demás hombres de aquel lugar alejado de la historia. Según palabras de Rosa Lafont y Petrona Luna, las pitonisas de todos los tiempos, quienes vivían en Las Trojas del Viento desde antes de empezar a llegar la desgracia al pueblo más acogedor de la región, Silvano Macrioni habría sido el semental más apuesto y afortunado que arribara a ese recodo del río. Un filántropo proveniente de Europa, aficionado a la ornitología, quien había llegado de muy lejos a estudiar el misterio de unos alcatraces que provenían de la legendaria población "Farallón de los Arrecifes", un mítico lugar que al parecer existía en el Caribe, una isla que emergió del mar con una población flotable que, a la vez, sin que nadie lo percibiera, aparecía y desaparecía en ciertas estaciones del año. Razón por la cual, nadie sabía con certeza dónde estaba ubicada; esa que con el transcurrir del tiempo se convirtiera en una esplendorosa población.

En medio de una luz de esperanza que mantuvo Silvano Macrioni durante el viaje a lo desconocido, visitó al lado de otros viajeros, muchas islas llenas de embrujos. A esas islas, arribaban refugiados, personas que llegaban huyendo de la muerte en busca de parientes o amigos del pasado, en los inicios de las guerras que se daban alrededor del mundo. Aquellos hombres, cuando lograban llegar a las partes aisladas que encontraban a su paso por el mar, los confundían con delincuentes que venían con la intención de asaltar y llevarse los tesoros inexistentes de las islas que visitaban; motivo por el cual, antes de bajar de las embarcaciones eran sometidos a un intenso interrogatorio por parte de los isleños, nativos que vigilaban la entrada y salida del lugar de sus raíces.

Desde el día en que Silvano Macrioni desembarcó en el puerto, no hubo una sola mujer de Las Trojas del Viento que no lo deseara. Todas querían verlo de cerca, seducirlo a como diera lugar. Silvano Macrioni duró cuarenta noches, una tras otra, atendiendo a las visitas clandestinas de las mujeres que

lo pretendían; actividad que a los nueve meses dio como resultado el incremento del número de habitantes del pueblo. Aquel hombre tenía cara de ángel, por esa razón las mujeres casadas, con el fin de sublimar el deseo de sus pensamientos lúbricos y pecaminosos, prefirieron venerar su presencia, juraron ante Dios que el día de su muerte se encargarían de solicitar ante el Sumo Pontífice... su canonización.

Mientras tanto, el desesperado intento de escape de quien había entrado a la casa del Comandante terminó quebrando el espejo de media luna. Allí, se borraron para siempre los recuerdos estacionados en el pasado de Sara Meléndez, una mujer a quien el mismo día de haber contraído matrimonio perdió a su marido; situación que con el paso del tiempo aprovechara el Comandante para arrastrarla a la desgracia de permanecer al lado de un hombre despreciable a quien nunca llegó a querer.

Para Sara Meléndez, después de un largo período de viudez, y sin haber probado el amor del hombre que amó, le fue difícil aceptar en su alcoba al Comandante, un diminuto hombre con olor a cerdo embarrado, de acento indescifrable y mirada aguda, la piel vidriosa y un desagradable bigote hitleriano; a la viuda, todo esto le repugnaba. El deseo de acostarse con alguien diferente al marido ya lo había perdido, eso se le había olvidado; sólo deseaba dormir y dejar atrás el trágico suceso que vivió cuando Silvano Macrioni, su amor eterno, salió a comprar una botella de ron caña para celebrar la noche de boda envuelta en el deseo de la primera vez. En aquella ocasión, ya sola en la habitación y con ansias de entregarse entera al hombre que la había convertido en su esposa, decidió despojarse de la ropa almidonada que usó durante la ceremonia. Luego de haberse bañado con agua florida, tendió una sábana con olor a patilla, dejándose caer desnuda sobre la cama; allí, lo esperó un largo rato, pero la desgracia llegó temprano, como si se lo hubiese tragado la tierra el marido jamás regresó. En medio de su desconsuelo, Sara Meléndez sufrió muchos años la sinrazón de su desgracia. La única

mujer en el mundo que nunca alcanzó a entender por qué la muerte sus razones tiene.

El Comandante, en medio del tormento y el desconcierto tomó el rifle en sus manos, se lo apoyó sobre el hombro izquierdo, puso el dedo en el gatillo, recostó la cara en el cañón para rastrear centímetro a centímetro cada rincón del viejo caserón. De pronto, sintió un ruido que procedía de arriba del techo; fue allí, cuando de manera intempestiva abrió fuego a todas partes, disparó sin cesar hasta agotar la munición. Luego, mientras recargaba el arma, se convenció de que alguien esa vez realmente había venido a matarlo; por esa razón, al cabo de un instante, siguió disparando sin dar tregua a quien esa noche pretendía acabar con su vida.

Intentó encender la luz, pero no fue posible, los disparos habían perforado las bombillas de gas que pendían del techo de madera. Como pudo, a tientas, buscó palmo a palmo sin dar con el paradero de su verdugo, al no escuchar más ruidos se detuvo en el silencio, dando por hecho un muerto en su alcoba. El Comandante, un poco más tranquilo, decidió bajar el arma, se detuvo un momento para pensar que todo lo que le estaba ocurriendo no era más que el producto de una horrible pesadilla en medio de la borrachera en que se había acostado a dormir. Al cabo de un rato, al retroceder tropezó con una de las patas de la cama, se sentó en ella para luego disponerse a dormir de nuevo sin cerrar los ojos. Observaba el techo como tratando de encontrar un rayo de luz que le indicara el momento que había vivido recostado en la agonía.

Por mucho que trataba de conciliar el sueño no dejaba de pensar en el asesino. Al Comandante el miedo le invadía el cuerpo, esa noche el terror lo envolvió en la ofuscación de los nervios, el pánico lo aprisionó de tal manera que decidió cerrar los ojos a la fuerza y esperar a que amaneciera.

No había transcurrido mucho tiempo cuando escuchó un profundo y quejumbroso suspiro, de inmediato se puso en guardia, estaba seguro de lo que había escuchado, por eso resolvió mantenerse alerta. Se golpeaba la cabeza luchando contra sí mismo y la realidad, quiso saber la hora; pero no

pudo, al reloj de pared un proyectil lo había dejado fuera del tiempo.

Haciendo a un lado los instantes, el Comandante resolvió agarrar de nuevo el arma, sacó debajo del colchón una caja de municiones tratando al máximo de no hacer ruido, tomó varios cartuchos que introdujo, uno tras otro, hasta cargar de nuevo el rifle; cuando estuvo preparado se incorporó para continuar la búsqueda. El afán por ubicarse en el tiempo lo hizo calcular las tres de la madrugada, pudo orientarse gracias a la brisa helada que se colaba a través de la grieta que dejó el intruso al traspasar la ventana del balcón.

Al cabo de un largo rato, el Comandante extrajo del escaparate un abrigo para protegerse del frío que la proximidad de la muerte le produjo, de esa forma pudo controlar el temblor que le originaba la angustia de tropezar con el muerto. Caminaba lentamente para evitar al máximo el ruido que producía el piso de madera. Con el miedo que le subía por los pies desató de nuevo la plomera, siguió disparando, disparaba sin dar tregua, disparó hasta agotar la carga.

Cesado el fuego, de inmediato el lobernable sujeto volvió a caer encima del Comandante, se enredaron entre sí rodando aparatosamente por las escaleras que conducían al primer piso donde se encontraban atemorizados los hijos del hombre más poderoso de Las Trojas del Viento. Cuando intentaban liberarse del enredo, el agresor se sacudió y con las fuerzas que aún le quedaban se impulsó para salir por la puerta que daba a la calle; al sentirse ya libre, se posó sobre el techo de zinc de la vivienda del viejo Corrales, quien a esa hora se bañaba con totuma en el puerto de lavar la ropa las mujeres, que desde muy temprano llegaban a la acequia de aguas transparentes que cruzaban por debajo de: "El Puente de los Varaos".

Un ave, sosegada, sin mover una sola pluma de su cuerpo, se dispuso a descansar encima del caballete de la casona de Corrales. Se trataba de un imponente alcatraz nunca visto en Las Trojas del Viento. El animal, pacientemente esperó con las alas abiertas la salida del sol. Era un pájaro gigantesco que al

momento de batir de nuevo sus grandes alas ya fortalecidas, el viento huracanado que desprendió de su cuerpo, despeluzó los techos de palma de aquel pueblo.

Ese día los caballetes de las viviendas de Las Trojas del Viento amanecieron poblados de alcatraces, cientos de estas corpulentas aves nunca vistas en la población, revoloteaban de un lado a otro. Siguieron arribando durante el resto del día, parecían gallinazos viajeros en busca de carroña, observaban el río como tratando de encontrar algo en sus aguas. Los habitantes de Las Trojas del Viento quedaron sorprendidos con la presencia de aquellos pájaros, la alegría y el alboroto de los niños que disfrutaban de lo que acontecía, se sentía por todos lados, los pescadores suspendieron sus labores para ver de cerca el tropel de la gente que corría de un lado a otro tratando de encontrar una explicación a lo que allí se vivía.

Justiniano Roncancio, el pescador más viejo de Las Trojas del Viento, a quien se le consideraba el hombre de mayor experiencia en ese oficio, dueño de un legado de historias seculares, quien fue consultado por otros pescadores acerca de lo que allí ocurría, narró a ellos que ese acontecimiento ya se había dado hacía muchos años atrás, que le tocó vivirlo al lado de los abuelos de antes en Tasajera y Pueblo Viejo, pueblos de grandes pescadores; pero que desde esa época nunca se volvió a hablar de esas aves. Dijo, además, que se creía que esa especie de pájaros era originaria de Farallón de los Arrecifes, el lugar donde todo aquel que entraba, jamás encontraba el camino de regreso, que algunos pescadores de esa época aseguraban que las extrañas aves procedían de esa isla, que no fue una visión pasajera lo que se vivió en esa época y que era poco lo que se sabía acerca de esa clase de alcatraces que llegaban a Las Trojas del Viento.

El viejo pescador afirmaba que en esa época los navegantes pensaban que esos alcatraces planeaban detrás de los cardúmenes de arenques, o tal vez, perseguían el olor de los sábalos que en algunas estaciones del año se escapaban del mar río arriba. Peces que remontaban las aguas hasta llegar al puerto, que por lo general llegaban atraídos por los desper-

dicios de comidas que arrojaban las lanchas de comerciantes procedentes de más allá de los territorios de Las Trojas del Viento. Nadie quedó satisfecho con la explicación que Justiniano dio; todos querían saber con exactitud de dónde había salido aquella cantidad de aves, y el porqué de su presencia en el pueblo.

Para todos era asombroso lo que allí ocurría, en cuestión de nada, Las Trojas del Viento se cubrió de alas, los alcatraces daban vueltas y vueltas sin detener el vuelo. Sin duda alguna, aquellas aves buscaban algo, algo que la gente ignoraba. Llamó la atención un alcastraz que desde su llegada permaneció estacionado en el campanario de la iglesia hasta caer la noche.

Rosa Lafont, a través de los ejercicios de clarividencia que había venido haciendo desde su llegada a Las Trojas del Viento, lo vio como el mensajero de la muerte, un pájaro de mal agüero. Pronosticó al mismo tiempo que el cuerpo del Comandante sería atravesado por una gigantesca lanza que vendría del cielo. Aquella misteriosa mujer la noche anterior había tenido, entre otras, una visión nítida del destino de aquel hombre; sabía que si no anunciaba lo que vio a través del sueño, no se cumpliría el presagio. Decidió entonces subir al atrio de la iglesia; desde allí, inflando al máximo sus vísceras, gritó con fuerza:

—¡A Las Trojas del Viento un día de estos llegará una bandada de gallinazos hambrientos con pasos gigantescos al pie de una carne abandonada, con apetito feroz hundirán sus picos en la podredumbre de un cuerpo que será su mejor alimento! ¡El succulento banquete durará poco tiempo, los sedientos picos se sumergirán con velocidad y tino en ese oloroso cuerpo que el destino y la muerte para siempre dejarán sin movimiento, la fiesta terminará en un reguero de huesos, solo quedará el cuero hasta el arribo de los perros callejeros! —La mujer hizo una pausa para seguir diciendo— Con miles de muertos abonarán la tierra de la gente buena, de personas que serán brutalmente asesinadas; ipero los

muestrados desde sus fosas comunes clamarán justicia, y no descansarán hasta no verlos ardiendo en el infierno!

El padre Manolo, por mucho que lo había intentado, no encontraba la manera de frenar la lengua de Rosa Lafont. Para él, era una blasfemia todo lo que gritaba en la puerta de la iglesia, lo veía como una falta de respeto a la casa de Dios. No estaba de acuerdo con la forma de predecir el destino de los demás a través de las cartas. Rosa Lafont era una mujer experta en cartomancia, solía leer la suerte sin exigir dinero sólo hasta después de cumplirse lo que predecía. Decía que el arte de leer las cartas era facultad de unos pocos, que en el pueblo ella era la única que lo podía hacer sin temor a equivocarse, que a quien se acercaba al misterio estaba enfrentado a la verdad de su destino, que a quien se atrevía a recibir una sesión de cartomancia se enfrentaba a un espíritu inmundo de gran potestad, el único que decidía la condenación o salvación de la vida. El párroco de la iglesia del pueblo se sentía impotente ante las palabras de aquella sibila. Su preocupación aumentaba cuando aquella arcana mujer expresaba citas, que, aunque fueran bíblicas, no las compartía.

Cuando Rosa Lafont despertaba aburrida de tanto dormir sola en la cama que le dejó el último marido que tuvo, el único hombre con quien compartió de manera excesiva sus placeres, aquel que un día de intenso calor, murió después de haber consumido una gran cantidad de alcohol al sumergirse en una alberca llena de agua fría, en la que acostumbraba a reposar las borracheras de más tres días. Desde esa vez, nunca más volvió a tener a su lado a otro hombre, "Pello Loro", como le solía llamar a su marido, le trajo para siempre una desgracia; cuando Rosa Lafont intentaba acostarse con otro hombre, el espíritu del difunto metía las manos por debajo de la sábana para hundirle en las partes íntimas unas uñas que parecían garfios.

A ella se le daba por promulgar por las calles a los feligreses del templo que, en los primeros tiempos del mundo, cuando los humanos se multiplicaron en gran manera sobre la tierra,

procrearon hijas muy hermosas, esto llamó la atención de cierto grupo de ángeles que descendieron para tomarlas como mujeres, les enseñaron a tener sexo a través de los conocimientos místicos; después, procrearon hijos que llegaron a ser los primeros gigantes sobre la tierra. Los gigantes amaban devorar humanos. A pesar de que todos sabían que los conocimientos místicos traían muchos problemas a la humanidad, lo seguían haciendo. Pero la pitonisa lo que no decía en sus cofradías era que el ser humano jamás debió tener acceso a estos conocimientos, que esto no fue más que un acto de rebeldía, lo cual era ofensivo para Dios. Por eso Dios prohibía este tipo de prácticas, debido a que esta actividad de adivinación, tarde o temprano atraería maldición, dado que es una abominación para el altísimo, porque se trataba de un demonio detestable. El cura constantemente sugería a sus feligreses que buscaran en las Sagradas Escrituras lo referente a ese demonio que se hacía pasar por mujer en forma de diosa; que quien ponía en práctica esto, con toda seguridad no le quedarían más ganas de leerse las cartas.

La gran preocupación que a diario mantenía encima el cura del pueblo con Rosa Lafont era que ella en cierta ocasión sin querer se enteró de algo que él nunca debió hacer; como fue el caso de una pareja que contrajo matrimonio, quienes, después de retirarse los parientes y amigos, cerraron las puertas de la iglesia, quedando solos. El padre Manolo estuvo de acuerdo, por esa razón no les interrumpió las intenciones que tenían. Les concedió el permiso de permanecer en allí con la complicidad de la imagen de un cristo que pendía de la pared; les permitió el tiempo necesario para que hicieran lo que la naturaleza humana les indicara. El religioso, quien quería hacer seguimiento de lo que vendría después del matrimonio en aquella pareja, se escondió en el confesionario desde donde no apartaba sus ojos hacia el mínimo movimiento de la pareja; con la mala suerte de que el sueño lo traicionó en el medio del deseo febril de satisfacer su curiosidad. Transcurridas varias horas, el cura despertó de mal genio al haberse quedado dormido en el momento más oportuno; la

pareja de recién casados ya había repetido varias veces la misma escena que el cura les había indicado, lo que obligó a que cayeran rendidos de cansancio sobre una de las bancas de la iglesia. El cura al verlos profundamente dormidos los despertó con furia para decirles:

—¡Arriba degenerados! ¿Cómo se atreven a fornicar en el templo? ¡En la propia casa de Dios, ya son las tres de la mañana, no se cansan, ya se consumó el matrimonio sin parte y sin novedad, todo salió bien, ahora váyanse a joder al monte o detrás de las matas de plátano, no aquí, malditos!

José Anastasio Fernández, más conocido como "José De la Calma", probablemente ya habría terminado los ataúdes. En ese mismo instante, los hombres del Comandante venían en persecución de Lázaro Cantero, la muchedumbre lo vio pasar raudo, la gente por un momento dejó a un lado a los alcatraces para ver lo que ocurría con aquel hombre que huía de manera estrepitosa de sus enemigos. Lázaro Cantero buscaba desesperado la playa, sabía que si se dejaba atrapar lo iban a encerrar para siempre. Llevaba la lengua afuera; su única salvación era el río. Los jinetes sin clemencia alguna les metían espuelas a las bestias para sacudirles el brío de los cascos, los perros amaestrados para matar ladraban jadeantes detrás del perseguido; pero Lázaro Cantero logró llegar a tiempo al gran caudal. Desde un barranco dio un salto que lo condujo a la corriente del río; a los implacables perseguidores por mucho esfuerzo que hicieron, no les fue posible atraparlo. Los alcatraces que ya nublaban el cielo de Las Trojas del Viento se lanzaron en picada por donde se había zambullido aquel a quien el diablo llevaba en las uñas; las aves terminaron flotando sobre las olas dándose picotazos unas con otras sin explicación alguna.

Ese día, las autoridades de Las Trojas del Viento habían decidido apresar a Lázaro Cantero como fuera, querían ponerlo tras las rejas por haberse atrevido a denunciar en el puerto a un grupo de bandidos, entre ellos, varios hombres del Comandante, que habían traído unos bultos forrados con plástico procedente del Azul del Cerro en hamacas, dicha

carga era sostenida por palancas, que luego fue arrojada a una antigua quebrada de aguas encantadas y nadie se atrevió a indagar qué contenían por temor a ser víctimas de la cólera de quien dominaba el territorio. Caso ocurrido, tres vueltas después del Torito; lugar donde en sus épocas de grandes hazañas el legendario Corso y el viejo Carreño solían disputar la cacería de las fieras más temidas de la región. Además de esto, también se le dio por denunciar la masacre que habían perpetrado en inmediaciones del puente de la carrilera, tres hombres armados hasta los dientes; en esa oportunidad, detuvieron a una pareja de jóvenes conocidos por todos, quienes vivían al otro lado del río, los amarraron de los pies y las manos para después subirlos a un vehículo con dirección desconocida; nunca se volvió a saber su paradero.

Lázaro Cantero, desde temprana edad había aprendido a nadar, se movía como pez en el agua, de ahí la dificultad que existía para ser atrapado. Era un misterio la forma como aparecía y desaparecía, se sumergía en las profundidades de los acantilados y no volvía a emerger sino hasta el otro día. Nadie lo delataba, al contrario, lo protegían de la persecución, lo escondían y si por cualquier motivo preguntaban por él, nadie daba razón.

De su niñez, Lázaro Cantero no había olvidado la situación angustiante que vivieron los habitantes de Las Trojas del Viento después de la ruina transitoria que dejó el ocaso del emporio de las compañías fruteras que explotaron la tierra de la esperanza, el enorme número de desempleados que con el tiempo se fueron retirando de una tierra que nunca fue de ellos. En el pueblo quedaron algunos inmigrantes italianos, españoles, palestinos y sirios libaneses, a quienes llamaban turcos; además de estos, algunos cachacos dedicados a las tiendas de abarrotes. Los procedentes del otro lado del mundo, se quedaron para siempre en el pueblo debido a que no tenían a dónde ir. Allí quedaron descansando sobre una mercancía que ya nadie iría a comprar, sobreviviendo de las pocas ventas de telas y artilugios que traían de diferentes lugares desconocidos para los habitantes de Las Trojas del

Viento; comerciantes que habían llegado a la región cautivados por el deseo de hacer fortuna en medio de la fiebre del despilfarro bananero.

El tiempo se estacionó en un lugar lleno de soledad, donde la esperanza se había escapado por las rendijas de la ilusión, del deseo de volver a una época ya vivida. Desaparecieron para siempre las góndolas terrestres que eran arrastradas por remotas máquinas que recorrían las calles del pueblo repartiendo racimos de guineo que la familia Cuello traía de las últimas Bacadillas que dejó la riqueza bananera. Los trenes dejaron de llegar a Las Trojas del Viento; no se volvió a ver el tren local, el ordinario, el autoferro, el tren de lujo, el especial; todos habían quedado en la estación del olvido. El tren bananero recostó su último viaje en las sombras de unos antiguos almendros, el local y el ordinario descarrilaron el deseo de volverlos a ver emanando enormes columnas de humo, aquellas que anunciaron la última vez en su arribo a Las Trojas del Viento... un viaje sin regreso. El autoferro, famoso convoy del cual muchos viajeros lamentaron su ausencia eterna, el mismo que quedó colgado en el recuerdo del largo peregrinaje de miles de viajeros. Por aquella, ahora inexistente, línea férrea viajó la sociedad gringa trasportada por el tren de lujo y el especial, de las entrañas de la tierra siguió emergiendo el tren carbonero con una gigantesca hilera de vagones que partió en dos el pueblo y, en el imaginario de los turistas un tren amarillo movido por la esperanza del regreso de una prosperidad que jamás volvió.

Después de la época del desmedro económico de la bonanza bananera, floreció la ilusión del cultivo de palma africana que no requeriría de mucha mano de obra, al contrario de la fulgurante actividad del oro blanco, el cultivo de algodón; las haciendas algodoneras y sus desmotadoras albergaban a miles de trabajadores, llegaban los buses repletos en caravana con trabajadores provenientes de todos los rincones del país.

En lo sucesivo, surgieron otras bonanzas como la aparición de la marihuana; desgracia que trajo un gringo que arribó a

la Sierra Nevada en un helicóptero cola mocha; el Mono blanco traía consigo unas semillas que nadie conocía; pero, según él, sería de ahí en adelante el mejor cultivo de la región, el único sembrado que sacaría de la pobreza a los indígenas y campesinos de todas las latitudes del hemisferio occidental. La marihuana fue el cultivo que antecedió la explotación de la coca, continuación de ese mundo de fantasía y ruina que dejó la ruta del banano. Se cree que hubo más despilfarro de dinero en estas bonanzas que el que se dio con el resplandeciente flujo de plata de bolsillo de las bananeras. Con ese incontrolable auge de dinero llegaron los vehículos lujosos, aquellos que servirían para trasladarse los narcotraficantes a lo largo y ancho de la región haciendo disparos por donde pasaban. En este vertiginoso mercado de negocios ilegales, llegaron las motocicletas de alto cilindraje adquiridas por los famosos narcos, esto, con el fin agilizar las acciones del sicariato; dichos vehículos sirvieron para matarse entre ellos mismos.

Con el correr de los tiempos empezó a llegar gente extraña a Las Trojas del Viento, ya era otra época, sujetos que provenían de otros lugares del país, personas que nunca se habían visto en el pueblo. Cargaban pistolas ceñidas al cuerpo, armas que ellos hacían visibles con el fin de atemorizar a quienes los observaban. Se asomaban a través de los portones y ventanas de las casas sin que nadie se atreviera a decir nada; entre los plantíos y las casuchas que se encontraban cercanas a los caminos reales, hacían uso de radioteléfonos que portaban para todas partes, disimulaban su presencia entre los habitantes que frecuentaban a diario sus predios, lo hacían con el fin de comunicar algo raro que ocurriera. Nadie sabía a qué habían llegado y para qué estaban en el pueblo. Eran las preguntas que todos se hacían, desconocían la razón por la cual estos personajes con aspecto de mandrines recorrían día y noche los alrededores de la vecindad como prestando servicio de vigilancia a la delincuencia. En Las Trojas del Viento nunca había pasado algo semejante, el solo hecho de sentirse vigilados por extraños, era suficiente para sentirse mal, el advertirse sitiados en su propia casa no dejaba

de ser una gran preocupación, los habitantes no dormían tranquilos al saber que afuera merodeaba la muerte, acechaba el peligro de recibir un tiro cualquier familiar al regreso a casa, el temor no daba cabida a la protesta, sino, al silencio, todo con la anuencia del Comandante.

A Lázaro Cantero le incomodaba aquella situación que vivía la gente de Las Trojas del Viento, no estaba conforme con la presencia de tanta gente foránea rondando por todas partes. Por esa razón promovía en el pueblo el despertar del silencio, el poder que la palabra tiene, estaba convencido de eso. Repudiaba el crimen y el terror con que los bandidos crueles e inhumanos, con la complacencia de los gobernantes, sometían a la población, el abuso de los terratenientes en contra de los campesinos a través de los grupos criminales, tales como: secuestros, desapariciones forzosas, asesinatos, torturas, expropiación de tierras, masacres, desalojos y violaciones que se empezaban a dar en Las Trojas del Viento y sus alrededores. Por ese motivo lo perseguían, por ser quien incitaba a la gente a denunciar lo que ocurría en el pueblo y veredas circunvecinas; como el caso de varios labriegos, a quienes les rajaron la barriga, les sacaron las vísceras, los rellenaron de piedras y luego los arrojaron sin piedad alguna al río en época de creciente. A Lázaro Cantero lo hostigaban porque afirmaba que Las Trojas del Viento se estaba convirtiendo en un refugio de criminales, en un lugar aterrador, donde podría enseñorearse la crueldad. Aquel hombre, en su afán por ayudar a su gente, insistía con voces de alerta entre las comunidades de la región, que denunciaran, que era esa la única forma de evitar el dolor y las lágrimas que ya se asomaban tras el drama que vivían las madres solteras al lado de unos hijos que nunca llegarían a ser reconocidos por sus padres; los mismos que violaban a las mujeres sin importarles las consecuencias que esto traería a sus familias.

Cantero añoraba la época en que el río les robaba el ensueño a todos, cuando la abundancia del guineo mitigaba el hambre de los más necesitados, cuando el desecho de esa fruta no tenía valor alguno en la región, cuando a los pesca-

dores no les hacía falta la atarraya, ni usaban los trasmallos para pescar, la época en que los peces se atrapaban con las manos y los caimanes servían de puente para cruzar los charcos; eran los mejores tiempos de Las Trojas del Viento. Lázaro Cantero siempre rechazó la presencia de los intrusos que llegaban de otros lares a incomodar a la gente del pueblo, acabando los bosques, contaminando el agua y emborrachando a los indígenas para obligarlos a bailar una música que no era la de ellos. Repudiaba los vejámenes a los que habían sido sometidos los indios, quienes quedaron en la absoluta pobreza, hambrientos, derrotados y víctimas del acoso y sometimiento del poder de las armas del hombre blanco; donde, la influencia de este hombre que no hacía parte de sus comunidades, los llevó al extremo de sentirse avergonzados de su propia cultura y de sus ancestros en el olvido; era triste ver que hasta de su misma lengua se avergonzaban, al colmo de que los mismos descendientes de esta cultura se abstuvieran de hablarla frente a las jóvenes que llegaban de la ciudad a visitarlos; solo los viejos se empeñan en seguir usándola.

Para Lázaro Cantero era humillante el estado en el que habían quedado los indios; tener que ir de hacienda en hacienda a rogar que les cedieran un pedazo de tierra donde cultivar para no sucumbir ante las hambrunas que padecían. La situación a la que habían llegado era lo más indigno para ellos; era algo imperdonable, después de haber sido los dueños de un extenso territorio, tuvieran que mendigar un lote de tierra donde guarecer sus angustias.

Para el Comandante, Lázaro Cantero representaba un peligro dentro de aquella comunidad. Para muchos no era más que un caminante con ideas locas, para otros, un revolucionario pasado de moda, mientras que para quienes sabían interpretar sus ideas, lo veían como la salvación del pueblo. La gente ya se había acostumbrado a verlo recorriendo las riberas del río; desde allí, contemplaba a las mujeres transparentes que solían bañarse en las tardes de verano al lado del Loco Mayorca, a quien le gustaba sumergir su cuerpo hasta la

cintura con el fin de abanicar el rocío que producían sus manos sobre la superficie del agua.

Cantero no era partidario de vivir en una comunidad que constantemente fuese maltratada por el abuso del poder, en un lugar donde era prohibido hablar de lo malo que ocurría, vivía hastiado de quienes tenían el privilegio de mandar y nunca hacer nada para mejorar la forma de vida de quienes se aferraban a lo suyo. Su misión era abrir caminos para cambiar el rumbo que llevaba Las Trojas del Viento, solo deseaba que entendieran lo importante que sería vivir en una tierra buena, lo que significaba para todos ver a sus hijos crecer sin temores, se oponía a que su gente fuera desplazada a otros lugares de infortunio. Les inculcaba a todos que nadie estaba obligado a dejar lo que le pertenecía, estaba obstinado en enseñar muchas cosas que había aprendido en su andar por el mundo; además de esto, les instaba a que rechazaran cualquier intento de expropiación de sus pequeñas parcelas y el abuso del más fuerte.

Lázaro Cantero había regresado a su tierra con el firme propósito de denunciar el accionar criminal de estos grupos contra la población, estaba dispuesto a no permitir que se crearan ambientes de incertidumbre y terror entre los habitantes, resuelto a impedir que se coartara la libre expresión de la inconformidad de los habitantes de un lugar donde siempre hubo tranquilidad. Se oponía a que las bandas criminales hicieran lo mismo que ya habían hecho en otras regiones del país, so pretexto de actuar en defensa del Estado, ya sabía de antemano que no era más que la protección de los intereses de los ricos y la defensa de sectores vinculados a las actividades del narcotráfico. No creía en las promesas del gobierno, estaba al tanto del acercamiento que mantenía la fuerza pública con estos grupos ilegales, sabía de los patrullajes constantes que realizaban en diferentes zonas del país, estaba al tanto del movimiento de los comandantes de grupos de malhechores que eran transportados en helicópteros del ejército para seguir empobreciendo a la gente trabajadora. Aquel hombre ya se había cansado de vivir huyendo todo el

tiempo, fue por ello por lo que después de tanto tiempo de estar ocultándose, decidió salir a la luz pública para enfrentarse al Comandante, dispuesto a lo que fuera. Su misión era salvar el destino del pueblo, liberar a sus habitantes de los males que padecían.

Lázaro Cantero jamás pudo olvidar su pasado, un pasado cercado de muchos recuerdos, los cuales vivió al lado de su familia, una familia que vio por última vez el día en el que decidió hacer un viaje al otro lado de su destino, y que al volver después de hacer un largo recorrido por muchos lugares y con el alma desgarrada por la pérdida de la mujer que más amó en su vida, se encontró con la noticia de que todos sus familiares habían sido masacrados por un grupo de delincuentes. A partir de ese día decidió cambiarse el apellido para evitar ser víctima de la tenebrosa banda de delincuentes que acabó con su familia; con el tiempo, optó por refugiarse en la clandestinidad.

Aquel hombre, décadas atrás, de Las Trojas del Viento había sido enviado a estudiar por sus padres a la capital, allí, terminó una carrera a regañadientes; nunca quiso ser médico. El día en el que se graduó, los familiares de Lázaro se trasladaron a la capital. El decano de la facultad de una de las universidades de mayor prestigio en estudios de patologías confinadas, se levantó de forma efusiva exaltando al mismo tiempo a los graduandos, resaltó las virtudes de cada uno de ellos, sus altas calificaciones obtenidas a través de la carrera que adelantaron y la excelente formación que habían recibido por parte de la institución; lo cual, aseguraba el éxito en su vida laboral. Entre ellos se encontraba Lázaro Anderson Smith, hijo adoptivo de una familia de extranjeros, reducto del emporio bananero en su floreciente momento. Charles Anderson, persona muy influyente de aquella época, uno de los hombres más adinerados de la región, siempre quiso tener un profesional de la medicina en el seno de su hogar; pero, a Lázaro nunca le llamó la atención estudiar medicina, su sueño siempre había sido ser periodista.

En dicha ceremonia, cuando le correspondió el turno a Lázaro, agradeció en primer lugar al decano de la facultad y a sus profesores por los elogios en torno a él. En segundo lugar, resaltó su niñez sin padres y su adopción a cargo de Charles Anderson y su señora esposa Mary Brown. Además, la forma como aquel matrimonio le había brindado el cariño que se le da a un verdadero hijo. Charles Anderson, quien se encontraba presente en el auditorio no pudo contener las lágrimas, el hombre fue sorprendido por un sollozo incontenible de nostalgia.

Terminado el acto de graduación, la familia esperó a Lázaro y luego se dirigieron a un lujoso automóvil de la época, guiado por el conductor de la familia, quien los trasladó a "Los Rosales", un club social de buena reputación, donde se reunirían los familiares de los otros médicos recién graduados. El ambiente en aquel sitio era especial, la tarima de los músicos ocupaba un enorme espacio donde alternaban las Orquestas de Pacho Galán y Lucho Bermúdez. En una de las mesas de recepción, cómodamente sentados, permanecían los miembros de la familia Alarcón, otra de las familias ricas que allí había. Cuando empezó la música, Adelana se levantó con el fin de ir al salón de baile, pero su padre, el sargento Néstor Alarcón, le advirtió que podía bailar con cualquiera de los médicos recién graduados menos con Lázaro Anderson. Ella, molesta con la advertencia de su padre se sentó de nuevo en la mesa de recepción. La esposa del sargento la miró sin cruzar palabra.

La música sonaba con mucha intensidad. En medio del alborozo apareció un mesero uniformado con una botella de whisky, cinco vasos, tres gaseosas, un receptáculo con hielo picado y unas pinzas. Además, una bandeja con pasabocas. Puso con cuidado sobre la mesa su provocativa carga y se marchó. Arturo Alarcón, el hijo del sargento, se apresuró a destapar la botella para llenar los vasos del militar y su esposa. Adelana aprovechó la ocasión para decirle a su hermano que deseaba también una pequeña porción de whisky, él la complació. Acto seguido, llenaron los vasos con hielo picado y

se dispusieron a paladear el licor, el vaso que había quedado vacío lo llenó con gaseosa, contenido que fue devorado por Carmen la menor de las hermanas. El sargento y Arturo se levantaron de la mesa para dirigirse al salón de baile, en la mesa permanecieron Josefa y sus dos hijas, las tres aprovecharon la ocasión para dar rienda suelta a sus inquietudes. Adelana le reclamó a Josefa, por qué el sargento se oponía a una posible amistad con Lázaro Anderson. A sabiendas de que era un hombre bien presentado, también heredero de una gran fortuna y con una profesión envidiable; médico cirujano con posibilidades de posgrado en el exterior. Ella le dijo que la decisión del sargento había que respetarla, puesto que él a Lázaro lo veía como un bastardo sin importancia. Considerando que ellos también tenían mucho dinero, no valía la pena una amistad con un hombre que no se sabía cuál era su verdadero origen. Cuando Lázaro fue adoptado por aquellos extranjeros, tenía escasos dos años, y Lucía, su hermana mayor, tenía apenas nueve. Durante cinco años no hubo variación en la familia Anderson Smith.

La orquesta seguía sonando, la músicaailable prendió los ánimos en el ambiente, ambas orquestas variaban la música al compás de la alegría de los asistentes. Arturo Alarcón sintió un deseo irresistible de bailar con Lucía Anderson, pero no se atrevió por respeto al sargento que tampoco veía con buenos ojos la amistad de su hijo tan joven con una mujer mayor que él. Aunque era muy hermosa y rica, la edad era un obstáculo imperdonable para el sargento. Como en la fiesta había otras mujeres, todas ricas y de clase distinguida, Arturo tomó la decisión de escoger otra pareja diferente a Lucía Anderson, pero, esta no le agradó nada. Lázaro, quien no se había enterado de los problemas familiares, seguía bailando con una joven muy agraciada. Era tanta la emoción de Lázaro con aquella mujer, que no la cambió durante toda la noche. Se trataba de Ana Bertha Castillo, bellísima madre soltera, quien tenía una niña de cuatro años, cuyo padre se había ido al exterior sin volver a tener noticias de él. Mientras tanto, Arturo Alarcón se encontraba aburrido, no se acomodaba con nin-

guna de las jóvenes que había en el salón; en ese son, siguió intentando con otras mujeres. Mientras tanto, a Lucía no le iba muy bien en aquel festejo, solo había podido bailar dos veces con un detestable adinerado de la capital. Después del sacrificio que hizo, terminó muy fastidiada, decidió entonces no complacer a más nadie. El sargento bailó en tres oportunidades con Julia de las Mercedes Arboleda, viuda millonaria ya entrada en años.

A las nueve de la mañana del día siguiente, llegó a la puerta del club un campero extralargo, en aquel vehículo se embarcaron los miembros de la familia Alarcón. El conductor recibió la orden de llevarlos a una hacienda de su propiedad, el empleado se apresuró en cumplir dicha orden. Salieron del club por una sombreada ruta de abetos y laureles, calles cuidadosamente pavimentadas. Luego, recorrieron la ciudad de norte a sur por unas avenidas reguladas por agentes de tránsito. Avanzaron a través de una carretera en buen estado, recorrieron unos sesenta kilómetros para luego tomar un atajo de herradura por una vía que, aunque estaba destapada y llena de huecos, era transitable; abonada de suficientes piedras para evitar las dificultades que el invierno trae. A cada lado del camino, había cercas de alambre que limitaban con otras haciendas, también zanjones profundos.

Después de un largo trecho, el aspecto del sendero fue mejorando hasta entrar a un túnel cercado de veraneras, guayacanes y dividivis. De pronto apareció en el camino una puerta grande pintada de ilusiones, se trataba de la entrada principal de la hacienda. Al lado derecho de esa colosal puerta, había un letrero grande que decía: "Hacienda La Alborada". Después de cruzar el umbral de la entrada, el vehículo se desplazó a través de una alfombra verde rodeada de árboles frutales y jardines donde se columpiaban en el aire colibríes de mil colores; no muy lejos del suave aleteo de aquellas aves, permanecía en la lejana nostalgia de quienes la habitaban, una acogedora casa campestre esperando con paciencia el deseo de llegar. Allí, había una enorme ventana de sueños abiertos

que dejaba ver los pastos y árboles hechos de sombras donde acampaba el ganado.

En otro lugar, distante de la Hacienda La Alborada, después de haber terminado la celebración, Lucía, la hermana de crianza de Lázaro Anderson; aún en el club, se dirigió a su hermano y le insinuó regresar a casa. Al salir del lugar se encontraron con el antiguo conductor de la familia, subieron a su lujoso vehículo con el fin de trasladarse a su residencia situada en el barrio más elegante de la capital; bien inmueble que había sido adquirido por la familia Anderson para pasar las temporadas de intenso calor que se presentaban en Las Trojas del Viento. La familia, ya reunida, comentó los acontecimientos de las fiestas y la forma como el sargento Alarcón se oponía a la relación amorosa de su hija con Lázaro. Para Charles Anderson no era importante el comportamiento del sargento, puesto que desde hacía ya mucho tiempo había oído hablar de su carácter rudo y despótico.

Estuvieron recordando cuando Arturo Alarcón estuvo inclinado por el deseo de amar a Lucía dos años atrás; esa vez, el sargento fue el mayor opositor a que se concretara esa relación. Por esta razón, la familia Anderson había preferido ignorar a los Alarcón hasta cuando de nuevo se presentó la ocasión de encontrarse en el club.

La residencia de la familia Anderson era acogedora, puesto que las condiciones económicas se prestaban para que en ningún momento fueran inferiores a las comodidades de la familia Alarcón. Sin embargo, la familia tenía ocupaciones diferentes a la de los Alarcón. Charles era jubilado del Ministerio de Obras públicas y dedicaba su tiempo libre a la lectura de textos de ingeniería y arquitectura, y en el trabajo, a administrar sus bienes raíces en la ciudad. Charles había heredado una enorme fortuna de su difunto abuelo, puesto que sus padres habían muerto cuando apenas era un niño. Su abuelo, quien había llegado de Italia, desde muy joven se dedicó a los negocios; llegó a almacenar un gran caudal de dinero que más tarde fue heredado por los hermanos Anderson, quienes con el transcurrir del tiempo decidieron invertir

aquella fortuna en grandes extensiones de tierras a las afueras de Las Trojas del Viento.

El amor de Lázaro y Adelana, siempre estuvo presente en el silencio de los dos. Una noche, después de planear un largo viaje lograron escaparse rumbo al exterior. Deseaban darle rienda suelta a la atracción que sentía el uno por el otro. Todo fue tan bien organizado que no hubo necesidad de esconderse, aprovecharon el reto y rivalidad que vivían las dos familias. Cuando Charles Anderson decidió enviar a Lázaro a especializarse al extranjero, de inmediato el sargento Alarcón ordenó también a su hija Adelana preparar maletas para viajar a buscar la mejor universidad de Europa, los dos eternos enamorados, ese mismo día, a la misma hora y en mismo puesto, viajaron en el avión que los llevaría lejos del Caribe; a ninguno de los dos les cruzó por la cabeza ir a estudiar tan lejos de la alegría de su pueblo natal. Al despegar, se fundieron en cuerpo y alma en un beso infinito acompañados por la distancia del tiempo. Cuando al fin separaron sus labios, ya el avión empezaba a descender sin ninguna novedad en el Aeropuerto Internacional "Charles de Gaulle".

Al pisar tierra firme, los pasajeros de forma ordenada fueron descendiendo, uno tras otro, por una escalera que se hizo interminable para la pareja; quienes, a la vez, se dirigieron a la sala de recogida de equipaje donde permanecieron un largo rato esperando la entrega de sus maletas. En la salida, el taxista que los conduciría a su destino se ofreció para hacerles antes de llegar al hotel, un recorrido por la Ciudad Luz, y de esa forma conocer los Campos Elíseos, la principal avenida de París.

Partieron del Arco de Triunfo hasta la plaza de la Concordia. En el agradable paseo pudieron conocer las riberas del río Sena, después, los condujo a la Plaza de la Ópera, un amplio espacio donde había demasiada gente, vehículos de diferentes marcas, automóviles particulares y autos modernos de servicio público convulsionando el tráfico. De la gran Plaza de la Ópera los llevó a dar una vuelta por la avenida del mismo nombre, hasta llegar a uno de los sitios más concurridos de la capital

de Francia; allí, había muchos almacenes de lujo, bancos, grandes joyerías, sociedades financieras y centenares de turistas sentados en las terrazas de los cafés aledaños a la gran plaza, quienes eran atraídos por la seductora sensación de estar en París. En las noches, las lámparas eléctricas o bancos de gas vencían la oscuridad de las calles. Todo se veía como el sol Caribe se ve en Las Trojas del Viento.

El taxista siguió recorriendo muchas calles de París sin que se lo solicitaran. En una mezcla de árabe y español les dijo que esa ciudad era una de las más grandes y bellas del mundo, con muchos habitantes, que estaba comprobado que no había otra más iluminada en Europa.

—Es más atractiva que Londres, Roma o Madrid por sus envidiables sitios turísticos, el Museo de Louvre que fue en otro tiempo el palacio de los Reyes, de igual modo, la Torre Eiffel —les explicaba el taxista.

—Gracias, señor.

Los jóvenes enamorados, rápidamente se habituaron a la Ciudad Luz. Como sus universidades quedaban bastante distante, la una de la otra, decidieron vivir separados en residencias universitarias, que estaban cerca de sus respectivos sitios de estudio. Se veían los fines de semana; hacían pícnicos, caminaban, iban de fiesta.

Pasados unos meses, Lázaro se alarmó porque notaba distante a Adelana.

—Amor, ¿te pasa algo?

—Nada, mi amor —respondía Adelana con mirada distante.

Cierto día, de la noche a la mañana, Adelana desapareció sin ninguna explicación. Lázaro, desesperado la buscó por toda la ciudad, pero no dio con su paradero. En una de las tantas salidas que hacía a diario en busca de Adelana, se encontró con una amiga de ella quien le contó que se había ido con un árabe del que se había enamorado. Lázaro, destrozado, deambuló como loco por la ciudad, hasta nunca dar con el paradero de aquella mujer.

La muerte tocaba las puertas de Las Trojas del Viento. La funeraria abrió las puertas más temprano que nunca, los

primeros muertos los encontraron flotando en la ciénaga, llevaban dos días a la intemperie, nadie los había visto, los gallinazos daban cuenta de ellos. Las víctimas pertenecían a familias humildes, hombres trabajadores que se dedicaban a cultivar la tierra, a la cría de animales y a la pesca. La zozobra y el miedo se habían apoderado de todos los habitantes. Los delincuentes figoneaban por todos lados, buscaban a presuntos informantes que no estaban de acuerdo con los atropellos que se daban por parte del Comandante. La gente cuestionaba el por qué asesinaban a personas inocentes; pero nadie se atrevía a responder.

La única casa que no era asediada por los forasteros era la del Comandante; la tradicional "Casa del Balcón", como solían llamarle; allí, había nacido Sara Meléndez, en ese lugar dio sus primeros pasos, un inmueble que hacía parte de los bienes que heredó de sus padres, quienes fueron masacrados. Era una casa finca rodeada de palmeras, con cercas de alambre sostenidas por dividivis, predio que lindaba con pequeñas fincas bananeras, cultivos que en ocasiones eran sustituidos por ganado, producto del tesón de la gente trabajadora; pero que con el tiempo sus dueños fueron obligados a venderlas al precio que imponían los grandes terratenientes de la región a través de continuas amenazas. En otra época, la vivienda de Sara Meléndez había sido más que una finca, un refugio para el amor, contaba con varias divisiones, pabellones y muchas habitaciones para albergar huéspedes especiales. Cerca de allí, estaba una gran manga para el manejo del ganado y diferentes cercados con pequeñas instalaciones para las distintas especies de animales de la finca: porquerizas, apriscos, galpones y un estanque de peces para el consumo diario de los trabajadores. Una finca ganadera que reunía las condiciones básicas para negocios productivos. El lugar que más llamaba la atención a los visitantes era una piscina natural, alimentada por quebradas de aguas cristalinas que bajaban de la Sierra.

Un día, la familia Meléndez se dirigió a su casa finca, como acostumbraba a hacerlo los fines de semana, en compañía de

varios amigos. Al llegar a la entrada, se abrió la puerta grande pintada de blanco con maderos cruzados, la cual tenía en la parte superior un letrero que decía "Hacienda Los Meléndez", y que siempre había sido la entrada principal de aquel feudo, allí, apareció un grupo de hombres en bestias, quienes sin mediar palabras vaciaron de forma inclemente sus armas sobre la familia Meléndez y el resto de los visitantes. Después de la tragedia, Sara, la única sobreviviente de aquella masacre, quedó fijada en el hermético silencio del miedo a la muerte, nadie se atrevió a investigar quienes habían sido los asesinos; todo quedó en el olvido, el campero tirado en un potrero, los pastos en la resequedad del tiempo de la abundancia que jamás volvió, el rastrojo de los años de abandono acabó el ganado. La tierra murió de sed, el largo verano de la ausencia la había resecado, las lagunas cuartearon su existencia, el resto de los animales huyó del sofocante calor, emigró, sin la esperanza de encontrar una sombra recostada a un árbol. Aquello fue, como si la mano de Dios hubiese enviado el castigo eterno a quienes pretendían apropiarse de lo que no les correspondía, pero fue todo lo contrario, el castigo había caído sobre víctimas inocentes. Sólo se veía uno que otro charco envuelto en la sed de los pájaros, en la desesperación de las iguanas sin fronteras, los matarratones y las pocas matas de banano se marchitaron en la larga espera de un invierno que nunca llegó, los peces murieron en la lentitud del tiempo árido, las tortugas quedaron sepultadas en el barro veranero. Al final de la tragedia los patos comieron los últimos caracoles de una ciénaga olvidada. Detrás del pasado de una finca próspera, quedó una nube de ilusiones que el trote de la desgracia sepultó para siempre.

Más allá de donde la distancia alcanzó el olvido, los dolientes permanecían en la espera de los ataúdes. Uno de ellos se dirigió a José De la Calma, quien era el carpintero y dueño de la funeraria para preguntarle:

—¿Cuánto vale el servicio funerario?

—Eso depende —respondió José De la Calma—, si usted pone los muertos le sale más económico, si los pone el

Comandante se le incrementa el precio un poco más de la cuenta.

—¿Cuánto cuesta poniendo los muertos?

—No sé —respondió—, a mí no me debe nada, el precio lo acuerda con el señor Comandante, él le dirá cuánto es lo que debe pagar, yo solo me limito a fabricar los ataúdes.

—¿Quedaron bien hechos? —preguntó una de las hermanas de los muertos.

—Los hice a la medida que pidieron.

Después de lo ocurrido ese día, el arribo de La Española, una embarcación que navegaba durante toda la noche de Cartagena al puerto, despertó por un largo rato la alegría del pueblo, se armó una romería de gente que no permitía escuchar con claridad qué se decían los unos a los otros, aquel acontecimiento se convertía en una fiesta; eso ocurría cada vez que llegaban las lanchas a Las Trojas del Viento. La bulla de los vendedores ambulantes se mezclaba con los gritos de quienes se acercaban a preguntar por mercancía de contrabando que traían los barcos procedentes de otros lugares del mundo.

Las Trojas del Viento era una población ubicada entre ríos inagotables, con escasos kilómetros al mar, conectada a través de canales fluviales que desembocaban en la gran ciénaga. El pueblo se había transformado en un lugar de importancia para quienes allí arribaban. Se había caracterizado por ser una de las poblaciones más prósperas de la región, era un lugar bañado por la Sierra, con una extensa llanura donde las plantaciones de banano crecían solas, el ganado se daba silvestre, las vacas sin dueños deambulaban por las calles, con una vegetación mojada por lagos, quebradas y demás afluentes asistidos por una serranía con picos cubiertos de nieve. La tranquilidad del pueblo la ofrecía la fertilidad de la tierra, sus habitantes vivían del agua y el campo que todo lo daba. Las Trojas del Viento desde un principio mostró ser un pueblo lleno de prosperidad, con abundancia de agricultura y lo grande de la ciénaga. Además de esto, la mercancía que llegaba de muchos lugares del Caribe. Era costumbre ver

arribar de todos lados los burros cargados de racimos de banano, yuca, malanga, maíz, ñame, plátano, con lo que llenaban los camiones que esperaban en el puerto y lanchas que viajaban a otras poblaciones de la región.

José De la Calma, después de haber observado un largo rato a los turistas que llegaban al puerto a conocer los asombrosos alcatraces y de paso el movimiento agitado de la gente en el desembarcadero recordó algo que tenía pendiente, algo que ya había aplazado varias veces. A prisa, llegó a la calle del comercio para luego dirigirse a la casa de Corrales. Mientras andaba el camino, pensó en el misterio que encerraban los alcatraces, se mataba la cabeza tratando de encontrar una explicación a la presencia de aquella cantidad de aves, estaba seguro de que algo raro ocurría en el pueblo, el fenómeno se había convertido en un enigma que nadie podía resolver, no le era posible hallar un motivo que justificara la presencia de tantas aves saltando por encima de los techos.

A José De la Calma, la presencia de la enorme cantidad de pájaros aleteando en el cielo de Las Trojas del Viento, lo impacientó de tal forma que lo obligó a gritar y golpear fuerte contra las palmas de las manos, lo hizo con fuerza para ver si de esa forma lograba alejarlos. El carpintero dudaba de una suba de bocachicos, o el paso lento de un cardumen de arenques escapado del mar. Entre sus cavilaciones recordó que el Comandante, la misma mañana en que arribaron los palmípedos al pueblo, ordenó desplegar los trasmallos en el río. Fue el día en el que se despejó la duda que tenían los pescadores acerca de la existencia de un enorme sábalo merodeando frente al puerto. Algunos habitantes discutían que el fuerte olor a pescado que produce la subienda al pasar, seguramente era el que atraía a los alcatraces.

El hombre apresuró el paso sin apartar a los alcatraces de su pensamiento, escudriñaba las palabras de Rosa Lafont, la vez que les gritó a los pescadores, desde las murallas del puerto, que Justiniano Roncancio tenía razón en lo que afirmaba acerca de los alcatraces en Las Trojas del Viento, que todo obedecía a la reacción normal que produce la mancha de

peces que remontan por las madrugadas para desovar en la parte más alta del río, que detrás de esos peces se venían además de los alcatraces gigantes: las gaviotas, las garzas, el pato cuervo y el resto de aves migratorias que acostumbraban a llegar todos los años a Las Trojas del Viento. Para el pensar del carpintero, la gente iría a pasar mucho tiempo tratando de descubrir el misterio, porque Silvano Macrioni, el hombre que había venido a estudiar el comportamiento de dichas aves a lo sumo ya estaría muerto.

Los alcatraces anclaban todos los días en Las Trojas del Viento, entraban por los lados del mar, al parecer llegaban de ese lugar distante, llamado en el imaginario de la gente, Farallón de los Arrecifes; las aves se habían convertido en la distracción del pueblo. Era por eso por lo que los turistas procedían de remotos lugares a conocer los alcatraces del Viento, nombre con el que los bautizó Silvano Macrioni al llegar al pueblo, eran pájaros gigantes, distintos al resto de los que allí habitaban, esto fue lo que motivó el viaje del veneciano para visitar una civilización que fue poco explorada por los navegantes del Viejo Mundo.

Cuando José De la Calma atravesó la plaza, la brisa helada del río lo obligó a cruzar los brazos. El olor a pescado fresco mezclado con el aroma de las esencias que regaban para aumentar las ventas los comerciantes que habían quedado después de la célebre bonanza bananera, le despertó la nostalgia... los tiempos estaban cambiando, era evidente que algo inusual estaba pasando en el pueblo. A las siguientes dos cuadras, dobló a la derecha, desde allí, alcanzó a divisar al viejo Corrales recreándose en otra época, el viejo se encontraba recostado en un vetusto taburete de cuero bajo la sombra de un laurel. José De la Calma abrió con cuidado el portón para evitar hacer ruido, repitió los buenos días, el viejo no contestó. Dado lo que ocurría, decidió entonces acercarse un poco más, se detuvo frente a él, le pasó varias veces la mano cerca de la cara para cerciorarse si aún estaba vivo.

El viejo Corrales tenía los ojos abiertos, parecía estar atrapado por otra época, se resistía a vivir el presente, ya

sentía en su enclenque cuerpo las inclemencias de los muchos años vividos. Sabía que después de muerto se iría a arrepentir de haber elegido como esposa a una mujer con una edad tres veces menor que él, esa que le provocaba a diario los celos que lo mantenían sumergido en el tormento, la mujer que en otros tiempos lo había amado, esa que ya no lo dejaba tener vida tranquila, las estaciones del tiempo lo habían venido consumiendo lentamente, su vida llevaba el triste destino del pacopaco.

El resurgimiento de la nostalgia que empieza a brotar cuando el hombre envejece, estaba representada en un ser azotado por los años. Aquel hombre sabía que ya no conservaba la misma virilidad que se requiere para controlar los desenfrenos de una mujer desbordada por el deseo, de la mujer que había acabado con el retozar de sus últimas neuronas, las fuerzas que le quedaban sólo servían para recordar los momentos jaraneros de un hombre mujeriego, el hombre de quien se sospechara en otras épocas fuera el enigmático "Varón del Golfo". A don Vicente Corrales del Toro, con el paso del tiempo le fueron recortando el nombre, primero le quitaron el don, después un apellido, para más tarde quedar reducido en "el viejo Corrales". Rescatarlo del sublime momento en que se encontraba fue difícil, José De la Calma lo sacudió con fuerza; pero el intento fue fallido, era como si estuviese fuera del camino que el destino le había trazado.

El viejo recordaba aquella noche como si la estuviese viviendo en ese ansioso momento de su existencia. Aquella vez, ella danzaba alegre en un baile de cumbia con sabor a fandango, en aquel anillo de fuego no hubo un sólo hombre entre los asistentes que no pusiera los ojos sobre el vertiginoso movimiento de caderas, su furor de mujer alegre despertaba el deseo de quienes la rodeaban, fue en ese instante cuando su mirada se estrelló contra la representación varonil de un macho de verdad, el ejemplar que ella buscaba, ese era... Vicente Corrales, el único que logró sin ninguna dificultad entrar a su corazón.

La mujer bailaba aquel poema soñado y musicalizado por una banda pelayera, cuyo cantante, con la fuerza que las inspiraciones dan, cantaba a todo pulmón: "Los luceros le preguntan a la luna: ¡Oh, gran luna! ¿qué es esa claridad que de noche observamos en la tierra y se apaga por la madrugada? La luna responde sin reproche... es un símbolo de alegría y de paz, que en la tierra celebran por las noches, con música de cumbia y porro y le llaman libertad...".

A Vicente Corrales cada vez que la ágil mujer pasaba por su lado le apretaba por dentro la pasión, el deseo de ambos se acrecentaba vertiginosamente, al mismo tiempo que el sudor salpicaba la cara del hombre que deseaba arrancarle a la noche de fandango aquella incansable mujer. Ella se deslizaba sutilmente a través de la música que seguía sonando sin parar, por su piel bajaba el sudor excitante, su cuerpo despedía un aroma afrodisíaco, ese bálsamo que emana la mujer en celo cuando se alborota a causa del hombre que le gusta.

El efluvio acrecentaba el impulso genésico del resto de hombres que la rodeaban, los contornos de su cuerpo eran una ruta obligada por donde entraban y salían las provocaciones, nadie se atrevía a tocarla por mucho que lo ambicionara. Mientras danzaba al son de los tambores y la música de viento, la brisa resuelta le alzaba la pollera arriba de las caderas para mostrar un cielo de ilusiones, el momento acariciaba ese cielo con el amor adentro. En ese vaivén de una música que llegaba al cielo, ella lo volvió a mirar, le hizo una señal de espera; el hombre se tranquilizó.

No había una mujer igual a ella entre las presentes, despertaba profundos deseos de poseerla toda, su belleza estaba en la luz del entusiasmo, en su forma de bailar el porro y la cumbia, en el aroma de mujer que dejaba al pasar. En su movimiento se reflejaba el ritmo de la música, el calor que llevaba por dentro, el derroche de juventud, y en el intenso deseo de entregarse al hombre que le gustaba, al que sin pensarlo le dijo al oído tres veces:

—¡No te preocupes mi amor, que es a ti a quien se lo voy a dar!

Era una mujer de piel bronceada, con escasos dieciocho años, de cabello liso; la cabellera colgaba hasta donde el deseo no da espera.

En aquel tiempo, el viejo Corrales ya era un hombre de unos cuarenta años; soberbio, con una elegancia arrolladora, curtido por la experiencia de tiempos vividos, con una estatura poco común entre los demás hombres del pueblo. Era fuerte, con la virilidad que a ella le atraía. En ese ir y venir de la hermosa bailarina, recordó aquella tarde inmemorial, lejos de la distancia del tiempo, en medio de las enormes olas de un mar de invierno, cuando llegó en un barco que venía a dejar los primeros forasteros que tocaron la tierra de Las Trojas del Viento. En esa embarcación llegaron del otro lado del mundo, hombres de todas las razas; distintas a las que allí había, de costumbres diferentes, ojos de otros colores; individuos con múltiples formas de vivir y de hablar extraño. Entre toda la gente que llegó, arribó un grupo de hombres que huían de las guerras que se daban en otros lugares de la creación divina; pero, ni ellos mismos sabían explicar su procedencia. Habían llegado al Caribe en busca de un pariente que salió un día detrás de una suerte distinta a la que corrían en su propia tierra. Le siguieron el rastro durante muchos meses hasta confirmar la noticia de que se había refugiado en Las Trojas del Viento; un lugar seguro de donde sabía que jamás lo encontrarían.

Esa noche de cumbiamba y fandango la suerte le había sonreído a aquel hombre, no quiso esperar más; entonces, decidió entrar a la rueda del fandango. Fue allí, cuando a través de la oquedad de la alegría del porro y la cumbia, llegó hasta donde ella se encontraba y, en contra de la voluntad de los demás, la tomó de un brazo para sacarla del currimbe. Luego, arrastrándola por los rincones de la noche, la internó en el bosque sin que ella se opusiera.

Después de un largo rato, cuando ya se sintieron libres, decidieron detener la carrera. Al verse solos, él la observó de

los pies a la cabeza durante un largo rato en silencio. Vicente Corrales se dispuso a cumplir con lo que el deber exige. Entre los matorrales, poco a poco la fue despojando de la ligera ropa que había elegido esa noche, "Milagros", quedó completamente desnuda en medio del deseo que las ganas producen. Solos, en medio de la lujuria que la noche despertó, ella, sin pronunciar palabras, cerró los ojos, cuando los volvió a abrir, ya la había instalado encima de los riscos lobernables de la pasión.

Mucho antes del tiempo que se vivía en Las Trojas del Viento, Milagros siempre se había caracterizado por ser una nacida para disfrutar la vida. A Milagros poco le interesaba lo que dijera o pensara la gente de ella, rechazaba las palabras llenas de consejos, solo le interesaba disfrutar al máximo las miradas lascivas de los hombres que eran atraídos por su sensualidad, su cuerpo, su voluptuosidad, deleitarse con las perversas e ineludibles insinuaciones de quienes se asomaban a ver sus desafiantes pezones que sobresalían en los relieves que producían sus prominentes y anheladas tetas, deseaba vivir plena en el ardiente deseo de hacer sufrir a los hombres que se le acercaban. Por mucho que quisiera no podía evitar tener sueños eróticos con sujetos desconocidos, con hombres que solo en su imaginación existían, fantasías que se asomaban al lecho donde solía dormir desnuda. Conciliar el sueño despojada de la ropa era una necesidad para ella, esto, debido a las altas temperaturas de la larga estación de verano. Allí, antes de haber conocido a Vicente Corrales, dormía sola y a merced de la intemperante lujuria de tener a su lado al hombre que idealizaba en el traspasio de sus pensamientos, noches tras noches deliraba de pasión.

En esa época, Milagros tenía la clara concepción de cómo debía vivir la vida una mujer de su edad. Era joven, atractiva e irresistible, el desespero por poseerla se observaba a cada instante en los hombres que la rodeaban. Ella entendía la situación en que caía una mujer al exagerar sus exigencias y pretensiones en el afán de conseguir un hombre que la hiciera feliz. Aparte de esto, sabía que era muy cierto que una mujer

con los atributos que ella poseía, debía cuidarse de no ser arrastrada al abismo por cualquier hombre que apareciera frente a sus ojos, estaba convencida de ser una beldad que al mundo había venido a entregar sus encantos al hombre que le gustara; no al que la codiciara y pensara que por ser un hombre apuesto y dársele de gran macho tendría derechos sobre ella, también era cierto que dejar pasar el tiempo y no poderse acomodar a un pretendiente que pudiera llegar a ser su amor eterno, sería algo en lo que habría que pensarlo bien; esto, debido a que su juventud pasaría sin detenerse en el espacio real de las cosas, dado que, con el tiempo, cuando ya viniera a reaccionar, sería demasiado tarde.

Una noche de festejo Milagros baila sola, observó que a la fiesta había llegado un gran número de invitados, querían festejar la Navidad, Ricardo Acosta, un hombre que estaba de paso por el pueblo, a quien nadie había invitado al jolgorio le expresó lo atractiva que era, ella aceptó con agrado el cumplido. Era un hombre con ojos color café, alto, fornido, con una edad aproximada de cuarenta años, quien pasó largo rato observando su belleza, su piel bronceada, su asombrosa esbeltez virginal, la perfecta redondez de sus senos erguidos y la turgencia de sus nalgas. Milagros, sin que nadie se diera cuenta y con extremo disimulo en medio del alborozo extendió la mano derecha para tocar sobre el pantalón las intenciones del forastero; él se estremeció, mientras ella en medio del furor de su incontrolable apetito libidinal siguió bailando con extrema fogosidad. Milagros era una mujer de mediana estatura, con una cabellera que le llegaba a la cintura. Al cabo de un rato, después de haber ocurrido el excitante momento conque sorprendió al personaje que había llegado a la fiesta, se le acercó para brindarle un trago de ron caña a pico de botella, aquel hombre de manera ruidosa absorbió el contenido un par de veces de manera profusa; era el mejor licor de la época; ella, también se empinó la botella para tomar cierta cantidad de la bebida, la cual saboreó alegremente, luego se le acercó al oído para decirle que deseaba bailar con él; Ricardo Acosta la estrechó tanto con sus musculosos brazos

que logró levantar su falda hasta dejar ver un cielo fulgurante y lleno de deseos a los demás hombres allí presentes. Esa noche lucía una blusa con un escote que revelaba la existencia de sus liviandades, razón suficiente para obligar a Ricardo Acosta a invitarla a buscar un lugar donde pudieran estar solos, Milagros en medio del deseo y el afán de querer llevar al desconocido a la cama, volvió a pasarle la mano por la protuberancia que inútilmente intentaba esconder el tipo; a causa de la extrema emoción, al instante, aquel hombre cayó al suelo víctima de un infarto.

La fama de su belleza había llegado a todos los rincones de la región, una linda mujer de ojos expresivos, que le llamaba la atención a más de uno. Con el transcurrir del tiempo se encontró con Pedro, un hombre de escasos veinticinco años de edad, quien había conocido a Milagros bañándose en el río. Aquel hombre siempre vivió enamorado de ella, durante cinco largos años que tenía de no ver a Milagros; nunca la pudo olvidar, siempre recordaba los días de playa que pasaban juntos a orillas del mar Caribe, fue su eterno enamorado, a quien solo le aceptó ser amigos y nada más; para ella, Pedro nunca sería el hombre de su vida, sino, un buen amigo, jamás le llamó la atención tenerlo como novio, lo veía simple y sin gracia, no le gustaba lo tímido y respetuoso que este era con ella. Milagros siempre deseaba cuando iba al colegio estar al lado de los compañeros que le insinuaran aquellas cosas que los maestros llamaban conductas prohibidas para los muchachos de su edad.

En ese espacio del recuerdo, Milagros cada día se hacía más tentadora, hermosa como ella sola, con talento para el baile y la suerte de mantener detrás suyo a una estela de suplicantes amores. Por donde pasaba llamaba siempre la atención de los hombres del pueblo, sus atractivas piernas modelaban expuestas a los ojos de jóvenes y viejos, carretilleros, pescadores y turistas que acudían a diario a observar el fenómeno de los alcatraces en Las Trojas del Viento. Todos intentaban acercarse a ella, pero su belleza lo impedía, la veían distante de sus aspiraciones, la veían como una mujer imposible de

merecer. Su exuberante belleza a la vez que despertaba el deseo de quienes ansiaban tocarle al menos una hebra de cabello, exorcizaba el posible acercamiento hacia ella, al colmo de querer enloquecer al no ser correspondidos. Su personalidad orientada por la vanidad de su belleza y su candente juventud, le indicaba ser un atrevimiento que un hombre envuelto en la ridiculez del enamoramiento la proyectara como una mujer para matrimonio. Era inconcebible para Milagros, que un hombre llegara a esta condición denigrante y bochornosa de humillarse al extremo de perder la razón por un amor no correspondido. Su pensamiento no era unirse a la persona que deseaba como lo ordenaba la Ley de Dios, eso significaría dejar pasar muchas oportunidades de disfrutar de los hombres a través de su codiciado cuerpo; sería algo que lamentaría de por vida.

En la realidad de una época estacionada en el sonido de las balas, Corrales trataba de encontrar los eslabones abstractos de la inclemencia del tiempo y una explicación del porqué la muerte no olvida. Como era de esperarse, se perturbó al notar la presencia de José De la Calma en su casa, estaba abstraído en su acostumbrado soliloquio, lo más íntimo y sincero que podía vivir, nunca se sentía tan a gusto como sumergirse en sus profundas meditaciones, se extasiaba hablando consigo mismo, era lo más placentero que podía experimentar en su soledad. José De la Calma se rascó el pecho y expresó:

—Está comprobado que el fin del hombre al llegar a viejo es morir en los recuerdos.

—¡Qué vaina! ¿no será de nostalgia? —exclamó Corrales para luego decir—, en el pueblo están repartiendo panfletos con una lista de amenazados, ya no se puede andar de noche, los muertos están apareciendo por todos lados, eso te conviene José De la Calma, tú que eres el único carpintero del pueblo, así tendrás más trabajo y ganarás más dinero.

—Le convendrá al degenerado del Comandante —comentó De la Calma.

—¿Cómo así? ¿todavía la deuda con ese sinvergüenza?

—cuestionó Corrales.

—Y lo peor es que no sé cuándo termine de pagársela.

—José De la Calma, esas son razones suficientes para abandonar este pueblo.

—No me atrevo —continuó De la Calma—. A propósito de razones, aún no alcanzo a entender esa expresión de Aniceto Molina cuando decía que la muerte sus razones tiene, no sé qué razones tendrá la muerte, cuando es lo más infame que puede existir, lo peor es que se mete en la vida ajena.

—¡De la Calma!, esos son dichos que la gente inventa, la necesidad hace que el hombre piense más de la cuenta y terminan diciendo cosas, los expresan para decirle la verdad en la cara a cualquiera sin que se dé cuenta; Rosa Lafont es una de esas.

—De lo que sí estoy seguro es que todas esas expresiones que ella lanza tienen un significado. Ayer no más, dijo en el mercado delante del Comandante, que se encontraba pidiendo rebaja por un pescado que quería comprar: “Sí, ese mismo, que llegó quién sabe de dónde, ‘aquí estoy y cuantas libras peso’, quien lo veía en esa época, ‘orgullo con hambre y vanidad en chancleta’”.

El viejo reclinó un poco el taburete hasta lograr completa comodidad, cerró los ojos y se durmió. Había tardado en hacerlo. José De la Calma aprovechó el momento para entrar a saludar a Milagros, quien desde la ventana del jardín había estado observando todo. Con cautela el hombre cruzó la sala para luego preguntar:

—¿Se puede?

—¡Cuándo no! —murmuró ella, alegremente, desde la alcoba—. Sigue, no tengas miedo, ven al edén a comer sus frutos, y deja de preocuparte por él, ese no se despierta por ahora.

—Eso veo —dijo el invitado.

—El deseo no vuela lejos, y si lo hace en algún lugar se detiene —prosiguió la mujer del viejo Corrales—. ¡Mi negro!, alguna vez en tu vida has oído hablar de las pasiones ocultas de una mujer insatisfecha.

—Nooo, pero lo imagino —respondió.

—Allí se encuentra la oscuridad del hombre que nunca explora —continuó diciendo la mujer con voz lasciva.

—He tenido que clavar mucha madera en estos días, con la situación que se vive la demanda de ataúdes se ha multiplicado.

José De la Calma se fue acercando sin dejar de mirar hacia atrás, cuando logró la confianza, entró del todo a la alcoba. El deseo desnudo estaba enrollado en una toalla fragante. Allí, espléndida y abanicada con el olor del agua de sándalo, parecía una burra alegre levantando la cola, su cuerpo a la vez despedía el bálsamo de la seducción. Milagros dio tres vueltas en un solo pie, la toalla voló por los aires, su deseo aliado al arrebatado del placer cayó sobre la cama, el hombre se detuvo un momento y pensó en el riesgo que estaba corriendo. Fue entonces, cuando ella extendió las manos para invitarlo a la pasión, De la Calma se sintió al borde de un abismo insondable; sin embargo, no dejaba de pensar en el viejo Corrales, sabía que se estaba exponiendo a perder un amigo.

Mientras De la Calma cavilaba sentado en la cama, ella le desabotonaba la camisa, el hombre se lo impidió, aquella actitud la hizo pensar en la vejez de su marido, fue entonces cuando empezó a dudar de su virilidad, del hombre que con solo recordarlo estremecía su pasión, no veía a ese que, a cualquier hora, en cualquier momento y lugar, le ayudaba a bajar el calor del arrebatado que produce la abstinencia involuntaria. El miedo a ser sorprendido por Corrales no le permitía cumplir con lo de siempre. Al cabo de un rato la mujer se puso de pie frente a él, José De la Calma levantó la cabeza lentamente, sus ojos se encontraron en la proximidad de su destino, frente a dos columnas que indicaban la ruta del placer, fue en ese instante cuando volvió a naufragar en aquel agitado mar la efusión de su último velero. De la Calma, tropezó con los bordes del infinito delirante que los deseos furtivos tienen.

—Aún duerme —le susurró la mujer al oído en medio del ardiente momento que vivía.

Cuando Milagros volvió a la realidad, preguntó:

—¿Por qué demoraste tanto en volver? Pensé que ya se te había olvidado el camino.

—Tengo muchos compromisos, entre otras cosas no se te olvide que hay que tener cuidado con el viejo, si Corrales se llega a enterar de esto, es capaz de mandarme a matar, o quizás me muera yo de vergüenza antes de que él lo haga.

—No te preocupes, yo sé cómo hago las cosas.

—He pensado —prosiguió el carpintero—, que lo mejor sería dejar las cosas como están, de esa forma evitaríamos problemas, mira lo que me está pasando con el Comandante, desde el día en el que nos descubrió no he podido tener vida tranquila, todo ha sido una tragedia para mí, me tiene chantajeado, y en ese son, como van las cosas terminaré el resto de mi existencia trabajando para ese mal engendrado. Estoy seguro de que el día que me niegue a trabajar para él se lo dice al viejo y hasta ahí llegó José De la Calma.

El tiempo siguió transcurriendo y detrás de ese transcurrir, Rogelia Soler, quien afirmaba no recordar su pasado, esa mañana de sol opaco, decidió interrogar al marido acerca de algo que siempre la mantuvo en el deseo de saber; lo cual, era satisfacer la curiosidad de conocer la verdad relacionada con el Varón del Golfo.

—¡José De la Calma! —llamó al marido para preguntarle—, ¿cuál es la historia real del Varón del Golfo?

—Esa es una vieja historia que no vale la pena mencionar.

—Sí, pero yo no la sé, necesito saber qué fue lo que ocurrió en esa historia.

—Algún día te la cuento, no te preocupes.

—¡Abre el ojo José De la Calma!, tú me conoces muy bien, si la vas a contar cuéntamela de una vez y déjate de payasadas. Te pido que lo hagas ahora mismo.

—Bueno —dijo el marido—. La verdad es que algunos aún sostienen que era el viejo Corrales; pero no estoy seguro de eso, es algo que ocurrió hace ya mucho tiempo, aconteció antes de irse por primera vez de Las Trojas del Viento Lázaro Cantero. Eso ocurrió en un pueblo muy lejos de aquí, donde los únicos testigos de lo que realmente sucedió, fueron: tu

marido aquí en cuerpo presente y Juan Carmona, quien fue un hombre bueno, al cual siempre consideré mi padre, quien sufrió mucho el día en el que supo que habían secuestrado por equivocación a Virgilio, el único hijo de sangre que tuvo en la vida; a ese señor se le daba por recoger a los muchachos que deambulaban por las calles, llegó a tener cuarenta hijos adoptivos, esa fue la persona que me dio la mano cuando más lo necesité. Recuerdo que fue en la época en que llegué de Jamaica. Esa vez, arribé en "La Fortaleza", un barco que encalló en un arrecife cerca del pueblo. La tripulación salió a buscar ayuda, pero no regresó; entonces, aquel hombre bueno al verme solo se hizo cargo de mí...

José De la Calma se acomodó en la hamaca para luego seguir diciendo:

—Juan Carmona veía desde la orilla de sus nostalgias cómo esa tarde el sol se descolgaba lento, aquel hombre pensaba en el ayer eterno que vivió al lado de su compañera, al lado de una mujer que, según sus propias palabras, fue capaz de serle infiel con un ser venido de otro planeta; lo mismo que ocurrió con otras mujeres de la región. Su pensamiento no se apartaba de los pocos años de vida que le quedaban de existencia, de los perros de cacería, de su escopeta ya olvidada y de un pedazo de mar ardiente, traído de más allá de los enclaves de los arrecifes ocultos donde descansan las sirenas que acompañan las noches de los pescadores del Caribe; ese era el mejor regalo que le entregaba bajo un cielo con el amor adentro a la mujer de sus sueños. Lo hacían detrás de las matas de plátano para evitar ser vistos por los muchachos que a diario frecuentaban el rancho. También pensaba en el humo astral de un mechón encendido al pie de su existencia; desde allí, podía ver a través de los orificios de la soledad, las ramas de los matarratones columpiando las iguanas de un verano largo. Juan Carmona no aceptaba que en su pueblo aún creyeran en espantos, tampoco permitir que alguien venido quién sabe de dónde, cambiara de la noche a la mañana las costumbres de la gente. Por causa del misterio la vida de los habitantes del Golfo empezó a tomar rumbos

diferentes. Aquella vez, cuando el reloj arrastraba la noche y nadie se atrevía a salir a la calle, el miedo se fue estacionando por todas partes; la gente sabía que en la oscuridad, por las angostas calles que daban al mar, alguien entraba con sigilo hasta llegar a la plaza principal, para más tarde escapar por los callejones que daban al viejo faro. Esa misma noche, Juan Carmona se resistía al cansancio, no quiso acostarse y decidió esperar; recordó la vez que descubrió que Rosa Lafont era de verdad bruja. En las Trojas del Viento nadie creía en esos cuentos de apariciones y espíritus que espantaban a la gente en las calles; con frecuencia, a los borrachitos perniciosos que no buscaban temprano sus casas para irse a dormir. Juan Carmona ya estaba acostumbrado a los silbidos agudos que hacía desde arriba del techo construido de láminas oxidadas un pájaro que, después de largos ratos de emitir a través de su garganta agudos sonidos, entraba al dormitorio. La visita del animal terminó la vez que Juan Carmona decidió atraparlo. En esa ocasión, aquel hombre abrió una vieja atarraya de seis varas que guardaba hacía ya muchos años en un antiguo baúl heredado de su abuelo pescador. La red quedó tendida a lo largo y ancho de su casa, estaba seguro de no fallar en aquella cacería de espantos. En espera de su propósito, esa noche, sin que él se diera cuenta de la hora del arribo de aquel misterioso pájaro, lo encontró enredado en los hilos de su destino y sin poder, por mucho que lo intentara, escapar de aquella trampa. Se trataba de un ave corpulenta, jamás vista por aquel cazador. Tenía unas patas largas y flacas con uñas encorvadas y el pico abierto por donde jadeaba sin cesar. Carmona logró sostenerlo en sus ásperas manos para luego levantarlo, pero el exceso de peso no se lo permitió; entonces, lleno de rabia por ser el causante de las tantas noches que le había hecho perder, decidió desplumarlo dentro del enredo que lo apresaba; cuando terminó de hacerlo lo trasladó sobre su espalda varias cuerdas abajo para más tarde arrojarlo con fuerza en una calle polvorienta, desde allí, el animal empezó a rodar dando tumbos de un lado a otro hasta llegar a Las Cuatro Esquinas; lugar donde se concentraba el comercio de

Las Trojas del Viento. Por mucho que intentó liberarse de los resistentes hilos que lo apresaban, no lo logró. Al día siguiente, unos pescadores, quienes regresaban de sus faenas lo encontraron cubierto de fango a orillas de una de las acequias que cruzaban el pueblo; en el lugar, al acercarse aquellos hombres en medio de la poca luz del amanecer, descubrieron que quien se hallaba enredada en la madeja de cuerdas irrompibles, era Rosa Lafont; la mujer se encontraba como Dios la había echado al mundo. Carmona, después de los recuerdos del pasado, siguió expectante. Desde el rancho podía ver cualquier movimiento que apareciera en la playa. Esa vez, puso fuego a un tabaco que cargaba en el ala del sombrero. No pasó mucho tiempo cuando divisó a lo lejos algo que se movía detrás de los matorrales, se acercó un poco al barranco; pero la oscuridad no lo dejó distinguir lo que quería descubrir, con tan mala suerte que dio un paso en falso resbalándose de forma aparatosa hasta caer al agua. Luego, lo vio huir despavorido, era extraño aquello que acababa de ver, por primera vez en su vida de diestro cazador, se le paraban los pelos de miedo, era una criatura indefinible, con lo vertiginoso de sus movimientos, parecía tener muchas piernas, el cabello le arrastraba al suelo. Juan Carmona no pudo negar que aquella cosa lo había asustado, estaba seguro de que no se trataba de ningún espanto y mucho menos de alguien que viniera de otro mundo como pensaban todos en el pueblo: que eso que aparecía todas las noches, era el espíritu de Silvano Macrioni, el marido de Sara Meléndez, quien venía a buscarla; pero como hacía tanto tiempo que no la veía, no podía identificarla bien, razón por la cual se equivocaba agarrando la que no era, en el pueblo todos conocían la historia de Sara, suceso que había ocurrido muchos años atrás. Aquel enigma vivía en el pueblo, nadie podía explicar qué era lo que realmente pasaba con las mujeres, a muchas las había llevado a la playa, y aquellas infelices mujeres regresaban acalambradas y maltrechas, víctimas del extraño personaje que las raptaba de sus casas como por arte de magia para hacerles el amor en los bancos de arena. Una

noche, mientras el pueblo dormía sus angustias, sintieron los quejidos de una mujer, era la compañera de un vecino de Juan Carmona, cuando escuchó los gritos agarró la escopeta y llamó a todo el mundo, quería atrapar al intruso a como diera lugar, lograron acorralarlo; el perseguido, al ver que no tenía escapatoria, se introdujo en uno de los cuartos de una casa, Juan Carmona vio por fin su sueño cumplido. Rodearon la vivienda para evitar que escapara, registraron todos los rincones hasta el amanecer; pero no encontraron nada, se había escurrido por los socavones del misterio. El alboroto del pueblo cesó de forma repentina, y fue entonces cuando se le complicó la situación al cazador, mientras él había logrado convencerlos de que aquello no era ningún espíritu lobernable, la desaparición escurridiza de aquella sombra demostraba lo contrario. El Golfo, en la medida en que transcurría el tiempo, se iba convirtiendo en un pueblo fantasma, ya nadie salía de su casa, por mucho esfuerzo que hicieran, les era imposible acostumbrarse a los quejidos de medianoche, las mujeres despedían alaridos de gato en celo, los gritos ya no dejaban dormir a los hombres, ellos se dedicaban a cuidarlas para evitar la desgracia; la situación llegó a tal punto que un día muy temprano y sin que ellas supieran, decidieron abandonar el pueblo cuanto antes, no tenían otra salida; por eso, no lo pensaron tanto. Mientras todos se alistaban para abandonar el pueblo, Juan Carmona con el olfato de un buen cazador, caminaba por los alrededores de la playa, sobre el hombro derecho cargaba su escopeta estilo trabuco carabinero, que donde caía hacía reguero, subió a un árbol y desde allí pudo verlo cuando venía silbando una música desconocida, de inmediato el veterano cazador se apoyó el arma y buscó el objetivo, cuando lo tuvo en dirección de tiro, procuró apuntar con precisión, sabía que esta vez no escaparía, por eso, mientras más se acercaba, más afinaba la puntería. Juan Carmona hacía fuerzas para que aquella misteriosa cosa no se desviara, cuando ya estuvo cerca, lo vio con claridad y apuntó con precisión; para sorpresa del cazador, no le vio nada de humano, el cabello le tapaba todo el cuerpo. Entonces, decidió

sacar el cartucho del arma para morderlo en cruz, después del conjuro, puso el dedo sobre el gatillo para presionar con fuerza. La fuerte explosión del trabuco activó la alarma de un barco oxidado que yacía en el antiguo muelle, el reflector del faro que no había vuelto a alumbrar después de la desaparición de Silvano Macrioni, iluminó toda la playa. Cuando las claraboyas del día se asomaron al Golfo, descubrieron la verdad, no hubo una sola mujer que no lamentara lo que había ocurrido, la mayoría de las que allí se encontraban lloraron desconsoladamente, el hombre estaba totalmente desnudo, agónico, exponía al público la exagerada dotación que lo condujo a su trágico destino. Adelaida, la única prostituta visible que existía en esa época en el golfo, exclamó: "¡Qué lástima, tan hermoso ejemplar y dejar que se pierda!".

En el recorrido de la historia que José De la Calma contó a Rogelia, ella terminó dormida; el marido puso encima de su cuerpo una cobija de la cabeza a los pies, allí, la dejó descansar toda la noche. Horas más tarde al despertar la mujer dijo al marido:

—José De la Calma, tuve un sueño con Cantero, un sueño lleno de cosas bellas, soñé que me narraba aventuras fantásticas, llenas de ilusiones desbordantes, en donde el tiempo se estacionaba un instante en el arribo de una parvada de alcatraces, los alcatraces traían en sus picos una gran cantidad de plumas de gaviotas que soltaban en el aire, una a una iban cayendo a la orilla del mar, al hacer contacto con la tierra se convertían en palmeras que acompañaban la playa. Alrededor de una inmensa región, la gente veía emerger el mar que siempre habían soñado. Era como si de pronto la vida empezara a surgir lejos de Las Trojas del Viento. El río bajaba lento, sin apuros y sin angustias, sus aguas claras dejaban ver un fondo lleno de peces. Al mismo tiempo, allá al otro lado de la ciénaga, crecía el plátano, la auyama, el maíz, la berenjena y la batata morada; la malanga y el ñame se esparcían en la abundancia del valle, y las garzas volaban sobre los manglares. El olor a mamey, a banano y a mango maduro, se percibía en todas partes. Una parvada de alcatraces se mezclaba

con flamencos dorados, y una lluvia de mariposas de todos los colores caía sobre las riberas del río. Alertada por la brisa, vi una caravana de cangrejos azules que entraba al valle con antojo de agua nueva, al lado de la brisa las tortugas bailaban la música que brotaba del mar, y miles de peces saltaban en la subienda de los buenos tiempos. Sobre la cima de una montaña alcancé a ver un cóndor olvidado que batía las alas en medio del silencio de una cordillera sin fin; vi cuando el cóndor extendía sus grandes alas, y de un solo impulso levantó el vuelo, sobrevoló los picos escarpados de esa cordillera interminable, cuando llegó al final del vuelo se deslizó a través del viento, en ese instante se pudo apreciar algo fantástico, de su cuerpo se desprendían cientos de cóndores que llenaron el cielo de alas.

—Qué lindo sueño Rogelia Soler —expresó el marido con menguada nostalgia—. Esa historia que te conté antes de quedarte dormida, no le da ni por los tobillos a la historia real que vivió mi amigo Cañaguante hace ya mucho tiempo. Lo ocurrido fue antes de ser marido de Petrona Luna, la famosa “Diente seco”, la mujer que más reía en el pueblo, quien lo abandonó por sentirse condenada a compartir con él una desgracia oculta, ella pedía todos los días a Dios, le diera alas para salir volando de aquel lugar, se resistía a las ataduras que le había puesto Cañaguante desde el primer día que llegó al rancho, quería ser libre del todo y no seguir cargando con un muerto que otra dejó; por esa razón, un día, sin que el marido se diera cuenta, decidió seguir los pasos de Rosa Lafont y la Paletó. Lo abandonó un 2 de noviembre, día de los difuntos, allí, solo en la pequeña parcela que le había dejado las ganas de vivir en el campo, quedó en compañía de dos perros, un gato viejo y su hijo secreto; un ser que había sido víctima de un destino cósmico. Se sentía aliviado de no tener que soportar más el asqueroso hábito que tenía la mujer de atrapar cucarachas para luego guardarlas en una jaula de cristal, enser que mandó hacer para sus venerados insectos en un antiguo taller de Santa Marta; algo que empezó desde la primera vez que se acostó con un hombre, un marido que

después de haber jurado serle fiel hasta la muerte, desapareció a los quince días de convivencia. Ella tenía la creencia de que las cucarachas curaban la infidelidad de los hombres.

—¿De qué historia hablas? —preguntó la mujer del negro José De la Calma.

—De algo horrible que le ocurrió en el pasado a Cañaguante, pero no vale la pena hablar ahora de eso. Además, para qué te la cuento si sé que me voy a quedar hablando solo una vez te duermas.

La historia que no quiso relatar José De la Calma a Rogelia, tenía que ver con un veterano cazador a quien el carpintero desde un principio apodó Cañaguante, un hombre oriundo de “Los Manglares”, quien vivió en ese pueblo al lado de tres hermanos; los cuales, perecieron en el hundimiento de La Esperanza, una embarcación que los llevaría a Cartagena ese día de la tragedia. Aquel hombre, un día al levantarse bien temprano, como era su costumbre, abrió la puerta del patio, asomó la cabeza y vio un pájaro raro posado sobre la cerca de alambres donde solía asolear pescado, lo vio como un mal agüero. Se trataba de un ave de color negro y plumas volteadas que abría y cerraba el pico de extremo a extremo sin parar. En ese momento se acordó del cartucho que acostumbraba a dejar en la recámara de la escopeta, sin pensarlo mucho apuntó para dispararle en la cabeza, afinó la puntería con rabia hacia aquel animal; pero se arrepintió de hacerlo, prefirió mejor no gastar pólvora en esa clase de aves. El café acababa de hervir, por los bordes de una olla sin orejas se escurrió el aroma, la explosión de cenizas lo sacó de aquella obsesión de mirar como pájaro de mal agüero a los gallinazos. A paso lento se dirigió a la hornilla, tomó dos cóncolos de calabazo para luego llenarlos de café. Mientras absorbía con fuerza el líquido hirviendo, llamó a su hijo, quien no se quería levantar, por mucho que le insistía no respondía a su petición. Lleno de coraje le dio varios golpes a la puerta, pero este no contestó, siguió golpeando sin respuesta alguna; por un momento pensó que estaría muerto, para él hubiese sido lo mejor, de esa forma descansarían los dos. Fatigado de tanto

golpear la puerta, decidió revisar los candados, todo estaba normal. Después miró a través de la rendija de las tablas del cuarto y observó que algo raro pasaba, algo que nunca antes había ocurrido en el rancho; la cabeza se le puso grande. Regresó a la cocina y con un manojito de llaves en la mano se acercó de nuevo a la puerta del cuarto donde dormía su hijo, tenía el corazón en la boca, trataba de abrir el candado, pero las llaves no coincidían, los nervios no lo dejaban encontrar la ranura por donde introducir una sola de las llaves que tanteaba; cuando lo logró, ya al borde de la desesperación, el tiempo le removió la vergüenza, se había olvidado de cuántos años habían transcurrido desde aquel instante en que resolvió entre aquellas cuatro paredes, encerrar a su hijo para siempre. Decidió en esa ocasión esconder su desgracia y no hablar de la forma cómo huyó la madre de su hijo, la misma que le negó el socorro de la leche de pecho que requería para lograr sobrevivir. Se trataba de un ser que al verlo de cerca y repararlo bien el día de su nacimiento, no lo soportó a su lado. De esa forma Cañaguante también resolvió castigarlo por haber nacido diferente a los demás seres humanos, por ser el único culpable de su derrota contra la desvergüenza; por esa razón lo condenó al encierro para siempre. Por una pequeña abertura, por donde a duras penas cabía el plato de peltre, le suministraba los alimentos. No estaba dispuesto a permitir que la gente del pueblo le restregara todos los días en su cara su cruel desgracia, no soportaría la burla de los vecinos y menos despertar lástima.

El hijo había nacido deforme, era un montón de carne que se enrollaba para arrojarse con su propio cuerpo, la nariz parecía el moco de un elefante, tenía los pies en la espalda y cuando caminaba no se sabía si iba o venía, la boca se confundía con otros orificios. Aquella extraña criatura le aturdiría los pensamientos, su presencia le producía rabia y dolor a la vez; pero era su hijo, su compañero, era el único con quien podía compartir los momentos de soledad, fue por eso por lo que se dispuso a seguir sonriéndole a la vida con la agonía por dentro.

Cañaguante, temblando de rabia recostó la escopeta a una de las paredes del dormitorio de su hijo, con fuerzas derribó la puerta, presintió lo peor, por su cabeza cruzaban las negras intenciones que años atrás pensó llevar a cabo. El cuarto se iluminó, allí vio la realidad frente a él, sin perder tiempo empuñó la escopeta para salir en busca de su hijo, rastreó por todos los rincones del patio, le pidió a Dios que a su hijo no se le diera por acercarse al pueblo, su secreto estaba en riesgo de exponerse al público. En la veloz carrera contra el tiempo alcanzó a verlo en la cima de un cerro. Se encontraba de espaldas mirando hacia el cielo con los brazos abiertos, parecía elevar una plegaria. El padre se acercó al hijo con el arma en el hombro, recogió gran cantidad de aire en sus pulmones, cuando ya estaba preparado para dispararle, el mismo destello de luz que con el tiempo también salvaría a Virgilio Sofanor, lo salvó de la muerte. Aquel hombre solo alcanzó a ver a través de la mira de la escopeta, la mano de su hijo envuelta en una gran incertidumbre diciendo adiós. Cañaguante sintió por primera vez en su vida las olas de un mar lleno de piedras que golpeaban con fuerza los escollos de su conciencia; pensó en un instante que su mujer una noche de cacería le había sido infiel con alguien venido de más allá del final del cielo. Ese día, terminó por creer en la inmortalidad del cangrejo.

Por esos días murió de dolor y sufrimiento el mejor amigo de Lázaro Cantero, al que llamaban "El Indio Manuel". En el entierro Cantero le dedicó unas palabras antes de echarle la primera palada de tierra:

"Se murió el Indio Manuel, ese que un día llegó a mi casa antes de morir, llegó una mañana sin tiempo, llegó atado a la inocencia de los indios, todos lo recuerdan como un hombre bueno y sincero, provenía de un lugar desconocido para el hombre blanco. El Indio Manuel prolongó la distancia de los años que nunca alcanzó a contar, al parecer, vivió tres cuartos de siglo o algo más, nadie supo de qué murió, siempre deambulaba por el patio viendo correr las noches, noches distantes de sus ancestros, de su raza, de su clan. Todos los

días clamaba al cielo añorando a su gente, recordando a sus perros y gatos, clamaba el hogar que abraza. Le temía solo a los rayos y centellas; por eso en la estación de invierno, enrollaba su hamaca en el horcón y se recostaba a dormir sobre un mesón. El Indio Manuel murió en el olvido, murió evocando con rabia el despojo de sus tierras, recuerdo que fue el único sobreviviente de una masacre sin razón. El Indio Manuel sucumbió de nostalgia y soledad, en sus lejanos recuerdos lloró muchas veces en silencio su desgracia. En el campo, quedó el cultivo tirado, el plátano, el guineo, el ñame gigante... la yuca rompiendo la tierra sin azadón, y una enorme bola de queso amasado por las manos de la costumbre, el Indio Manuel murió sin escuchar la voz del perdón...”.

En el diario transitar del tiempo, José De la Calma llevaba días sin poder dormir, le resultaba imposible hacerlo, tenía un compromiso que cumplir. Solo le faltaba un ataúd de los veinte que había ordenado el Comandante. Los clavos perforaban la madera en el balance del destino de las víctimas, la angustia de la gente se sentía en cada martillazo que daba, el incesante crujir de la madera y el lamento de los dolientes en la puerta del taller de carpintería le impedían concentrarse en aquella labor. Fue en ese momento, en medio del claveteo, cuando sintió la verdadera presencia de la muerte en su funeraria, terminó con música los últimos martillazos y levantó el ataúd para llevarlo al arrume. No transcurrió mucho tiempo cuando sintió el aire fresco, procedente de la ribera, percibió de cerca el olor a río, de inmediato advirtió la presencia de Lázaro Cantero. Cuando se quedó pensando con los ojos sobre la labor cumplida, quien había llegado expresó con vehemencia:

—¡De la Calma!, hay que luchar por la vida, porque la muerte ya la tenemos asegurada, lo que está al público no le pide nada al silencio, en este pueblo están matando a la gente por placer, necesitamos hacer algo cuanto antes, de lo contrario acabarán también con nosotros.

—Eso veo, Lázaro Cantero, ¡qué horror! Es como dices tú —exclamó el carpintero—, en estos tiempos a quien encuentran de noche en la calle le van dando plomo sin contemplación.

—En Las Trojas del Viento —interrumpió Lázaro Cantero—, no se respeta el derecho a la vida, el derecho a la libertad, y así oyes tú al degenerado del Comandante hablando de derechos humanos. La situación de impunidad que se vive en Las Trojas del Viento es algo muy preocupante; en este país nadie investiga los asesinatos que a diario se dan.

—¿Dónde aprendiste tantas cosas Lázaro Cantero? ¿Por qué no llegaste antes de que la situación se pusiera como está hoy en día?

—De la Calma... una de las cosas que más me duele de mi gente es la ignorancia en que está sumergida, situación que será peor, porque ahora al bandido del Comandante se le dio por prohibir las clases en las dos únicas escuelas con que cuentan los niños, que solo abrirán sus puertas hasta cuando me atrapen a mí. La prohibición incluye, aparte de la escuela pública, la "Escuela Estrella" del maestro Édinson Orozco, como él mismo dice: "La estrella que iluminará para siempre el sendero del conocimiento", un educador que lleva más de cuarenta años enseñando en Las Trojas del Viento, un hombre que lo único que sabe hacer es enseñar, porque para eso nació, a quien agradezco el haberme enseñado a leer y a escribir. El cernícalo del Comandante qué se habrá creído —continuó diciendo Cantero—, ahora anda difundiendo por todos lados que hay un loco suelto recorriendo las calles del pueblo, que ese loco es Cantero; más bien será la madre que lo parió.

—Un momento Cantero, aguanta el burro ahí —interrumpió el carpintero—. Eso sería bueno que se lo arengaras al pueblo en general, no aquí en mi funeraria, ese tema en este negocio me puede comprometer con el Comandante, mejor vete.

—Tranquilo, ya me voy; pero antes déjame decirte algo: con la cobardía no vamos a ningún lado, imétete las manos adonde ya sabes y me dices si las tienes bien puestas, negro cobarde!

José De la Calma se quedó meditando las palabras de Lázaro Cantero, le preocupaba mucho caer en la desgracia de perder a un amigo; entonces, imploró al cielo para que enviara pronto la lanza que pronosticó Rosa Lafont y de esa forma acabara de una vez por todas con la vida del Comandante. En el pueblo nadie estaba contento con lo que estaba ocurriendo, porque no era justo que las mujeres y los hombres tuviesen que acostarse temprano por temor a ser asesinados.

Antes del cierre definitivo de la escuela; decisión tomada por el Comandante, el maestro Édinson despidió a los niños contándoles las hazañas del gran Corso. Ese día, con la misma vocación de maestro que siempre se le observó dijo: "La siguiente es una de las historias de Corso, un personaje que, por su manera de andar, hablar y mirar, se podría asegurar que era provinciano; a leguas se le notaba su origen, procedía de más allá del Valle de Upar. Antes de llegar aquí, primero hizo una estación en una población cerca de Cataca; como buen palabrero solicitó una cita con quien gobernaba aquella población; la cual, le fue concedida para las dos de la tarde. El diálogo duró una hora y media. De antemano le manifestó que su meta era llegar hasta la tierra de un Cacique llamado Ara. 'He venido a usted para que me señale la ruta que conduce hasta ese lugar', le dijo al corregidor. 'Bueno, vamos a colaborarle, pero con la siguiente condición: que cuando usted termine la misión que se ha trazado, nos ayude con un problema que se ha presentado en nuestra serranía, es un tigre que tiene azotado a los pequeños ganaderos y campesinos que viven en esta región, es una fiera que de manera constante ataca las vacas sin piedad'. La reacción de Corso fue inmediata y le dijo: 'Déjeme llegar al lugar que le he dicho y tan pronto como termine con mi tarea, con mucho gusto estaré a su servicio para ayudarle de todo corazón a sus campesinos'. A la mañana siguiente, cuando se abrían las claraboyas del cielo, subió a la Serranía del cacique Ara, cuya vía no era la más deseada para los pocos campesinos que habitaban en la Sierra. A pesar de los problemas que se vivían en la región, cultivaban la tierra para recoger sus frutos, en

épocas de cosecha encargaban a uno de ellos para bajar al pueblo y vender en el mercado lo que recolectaban semanalmente, de esa forma podían comprar lo necesario para sus hogares. Quienes contaban con familiares en el pueblo los visitaban de manera esporádica, debido a las dificultades del escabroso camino. En ese recorrido se empleaban cuatro días en bajar y subir. El camino era de piedra y barro, había que viajar a lomo de mula, animales que soportaban el duro rigor del invierno, neblina, heladas, fuertes vientos huracanados e implacables aguaceros a lo largo del recorrido. Aquella vez, el Corso inició su odisea a las 5 de la mañana, el viaje que duraba cuatro días para los nativos, fue para él, de quince días, debido a que decidió aprovechar la oportunidad para cazar al tigre, ya que este se decía que andaba por donde él se iba a desplazar. A cada cien metros dejaba una marca, a la vez, una trampa que solo él sabía manejar en caso de que fuera atacado por sorpresa por el tigre, y para no perder la ruta de regreso; eso era lo que decía Corso, a mí no me lo crean. Además, esas señales también eran una desventaja para el enemigo en caso de que fuera perseguido en su retirada, el perseguidor iría al suelo dando tumbos, tiempo que él aprovecharía para poner su vida a salvo. Llevaba un largo trecho de camino recorrido en aquella aventura cuando por sorpresa se vio frente a una enorme enmarañada de la cual emergía un ronquido que lo hizo retroceder varios pasos, y dijo para sus adentros: Corso, en peores situaciones te has encontrado y siempre tú has triunfado, adelante, no corras, esta no es la manera actuar, y sin pensarlo más siguió diciendo en voz baja: por el ruido que he escuchado tiene que ser una fiera muy grande y a la vez pesada. Fue en ese momento cuando empezó a prepararse para la lucha contra la feroz bestia que lo asediaba. Para el reto que lo esperaba alistó su escopeta calibre 16 de dos cañones, arma para la cual usaba cartuchos doble cero y, con toda la cautela del mundo avanzó sin dejarse vencer por el miedo. Corso era un hombre que donde ponía el ojo ponía el plomo, eso hizo desde entonces que fuera un personaje muy admirado por todos, ya que sin

tener en cuenta la clase de peligros, dificultades y momentos difíciles que tuviera que afrontar, no le temía a nada; pero eso no era nada para él con tal de defender a su semejante. Como el lugar de su madriguera se encontraba en lo más alto de la sierra, al moverse Corso logró subir a una roca gigantesca, allí esperó durante horas el momento perfecto para la cacería. Estaba concentrado cuando sintió un ruido a sus espaldas, volteó con agilidad, pero antes de poder defenderse, por efecto del crudo invierno se deslizó la roca, y cayó varios metros dando tumbos. Estaba maltrecho, como pudo reincorporó y con sorpresa encontró a su lado, no el tigre, una enorme danta, ya muerta. Según cuenta la historia, a ese legendario hombre y a ese magnífico animal, se les debe el camino que conduce a Cerro Azul, lugar ubicado en la entrada de El Torito. Cuando Corso bajó por la trocha se consideró, dicho por él mismo, 'el primer hombre que puso el pie en esa vía'. Al llegar del todo a la carretera, ya fuera de peligro, se sintió un gran triunfador. Muchachos, cuando todos en el pueblo se enteraron de que se trataba de la última danta que quedaba en la región, muchos campesinos lloraron su muerte. Sin embargo, eso no le quitó a Corso la fama de gran cazador.

Al día siguiente, dejó el lugar y tomó un rumbo diferente al que había iniciado, decidió partir en su mulo bayo hacia Fundación. El camino era de herradura. Al llegar se hospedó en la casa de un amigo de apellido Carreño, a quien llamaban 'Cacho Hueco', le decían así, por aquello de contar historia ajena haciéndose pasar como su principal protagonista.

Corso durmió plácidamente en un chinchorro que le brindó el amigo. En las horas de la mañana tomó varios tintos y más tarde desayunaron juntos. Cerca del medio día le llegó una razón a Corso, era del corregidor de Fundación, que le decía que lo esperaba en la tarde en su oficina.

Antes de ir a la cita con dicho corregidor, le cuenta a su amigo sobre la cacería del tigre que lo tenía tan golpeado y la muerte de la danta. Al terminar el relato, Carreño le dice: 'Me ganaste de mano, mostrándole a la vez las guarniciones de un gran guerrero e incansable cazador'.

Carreño, en la época en que cazaba iguana por los potreros de la Hacienda la Pradera, en uno de esos recorridos se encontró dicho armamento; pero nunca lo utilizó, solo lo mantenía debajo de la cama donde dormía; arsenal que mantuvo siempre alejado del contacto con la gente del pueblo.

Tan acostumbrado estaba el corregidor a oír caminar por los pasillos del palacio a Carreño que cuando escuchó las pisadas no pudo identificar los pasos de su acompañante. Corso usaba botas de campaña, Carreño, siempre con sus guaireñas, esto hizo dudar al funcionario durante un lapso de dos minutos para decidir abrirle a los visitantes. '¿Carreño, con quién vienes?'. 'Tranquilo mi amigo, con Corso'.

Con mucho cuidado guardó el arma en el cajón de su escritorio, se pasó las manos por la cara, respiró profundo y abrió la puerta. 'En unos minutos llegan los campesinos, los guardabosques y la policía, esto, con el fin de planear la caza del tigre que no ha dejado de atacar a los pequeños hatos, y está perjudicando, la lechería, el ganado de levante y de engorde. Esta situación los está llevando a la quiebra total, la mayoría de ellos quieren abandonar el campo, eso se oye por los corrillos de las cooperativas y se habla ya hasta de un amotinamiento y, yo no estoy dispuesto aceptar eso, para mí la solución es acabar con ese tigre. Y sólo falta que ataque a las personas', les dijo el corregidor. '¿Por qué usted no me había informado de este problema? Yo lo hubiera acabado de raíz'. '¡Nooo Carreño! No se haga el loco, todo el pueblo lo sabe. Este problema no es de ayer ni de hoy, y tú nunca has hecho nada. Está bien que te quejes, y participes de las protestas de manera pacífica, pero también necesito que ayudes'. 'De verdad no sabía del Tigre', respondió Carreño con preocupación. 'Cuando ayer me enteré de la llegada de Corso, y que estaba en tu casa, pensé que podría ayudarnos con el tigre. 'Claro, señor', le respondió el Corso. 'Pondré en sus manos este problema', le dijo el corregidor con entusiasmo. 'Señor, le prometo acabar con ese tigre, se lo digo yo, o dejo de llamarme Corso —y prosiguió diciendo—. Ahora necesito un mapa de esa región para poder localizar la guarida donde

se esconde esa fiera, lo demás corre por mi cuenta. El mandatario, le entregó a Corso una escopeta nueva calibre 20 con 60 cartuchos doble cero’.

El lunes a las 6 de la mañana Corso se dirigió a la plaza principal con el mulo bayo, se agarró de una de las crucetas del sillón y, de un salto subió al animal, picó con sus espuelas el vientre y salió al galope. Corso siempre se transportaba en el mismo mulo bayo, al mulo siempre se le veía el brío en los cascos cuando era apareado para las faenas de rutina; cualquiera podría afirmar que Corso lo había entrenado para la guerra.

En cuestión de nada se encontraba en la vía de los caminos rurales, cruzó la quebrada con poca agua y al llegar a la orilla opuesta se abrió la llanura. Más adelante se encontró con el primer rancho donde desmontar del mulo, saludó y se presentó; fue bien recibido, de inmediato le brindaron alimento y una habitación para que descansara del viaje. Más tarde entró en diálogo con el dueño de la finca para ponerlo al tanto de lo que ocurría en la zona. Mientras el propietario de aquellas tierras hablaba, Corso solo se limitaba a mover la cabeza, como dando señal de aceptación. Le pide más información acerca del tigre y este le responde: ‘Ese animal ataca siempre que acabamos nuestras rondas, y en otras ocasiones cuando llega la época de lluvia, ahí es cuando hay más pérdida de animales, algunos vecinos han logrado dispararle, pero no han logrado dar en el blanco’.

Corso, comenta para sí mismo: ‘ese animal tiene sus mañas, y la mayoría de esas mañas yo las conozco; ese animal hasta mañana contará con vida, porque sé que volverá a atacar los hatos, lo juro ante Dios que no volverán a tener más problemas con el felino’.

Después de la conversación le pidió el favor al dueño de la finca que lo llamara a las 2 de la mañana. El dueño de la finca se llevó una sorpresa cuando trató de tocar la puerta para darle la hora, ya Corso estaba listo para comenzar la odisea.

Se despidió y de inmediato se puso en camino para el encuentro con la fiera.

Pasadas las horas, encontró un pasto acostado que hacía un camino, como si algo grande estuviera arrastrándose. Siguió el rastro con cautela. Y ahí estaba, la fiera comiéndose una vaca. El sol despuntaba sus primeros rayos. Corso apuntó. Decidió acercarse un poco más, con tan mala suerte que tropezó con un bejuco. La fiera lo vio y se abalanzó contra él. Como pudo disparó, y con suerte dio en el blanco. Pero el tigre siguió avanzando. Justo cuando Corso vio que la fiera saltaba sobre él mostrando los afilados colmillos, de inmediato le metió la mano por la boca hasta llegar a la garganta de la fiera, el animal ahogándose en vida, lentamente cayó a sus pies. Miró a Corso fijamente, cerró los ojos para después morir”.

Después de algún tiempo en espera de la tranquilidad que no llegaba, la gente de Las Trojas del Viento se inquietó más por el futuro del pueblo, todos estaban ansiosos por saber qué vendría después de la ruina, hacia dónde los llevaría el destino en medio de un ambiente lleno de zozobra y necesidades.

Reunidos en la plaza principal, los pescadores discutían el fenómeno de los alcatraces, la vocería la llevaba un pescador, el único heredero de los secretos del río, secretos que su padre le enseñó. Desde muy pequeño, su progenitor le metió en la cabeza ser el mejor de todos, lo adiestró para hacer uso efectivo de las mejores técnicas y estrategias con las que debe contar un pescador; por eso, atrapaba los peces en cualquier época del año y a cualquier hora del día o de la noche. El pescador afirmaba que lo que atraía a los alcatraces no era más que un enorme pez que andaba por los rápidos del río; pero le había sido imposible identificar qué clase de pez era ese, solo sabía que se refugiaba en los acantilados donde no llegaba su atarraya; obstáculo que estaba dispuesto a superar y de esa forma atraparlo para que se acabaran las especulaciones en el pueblo; por esa razón, decidió no volver a salir del río, allí comía y dormía con la ilusión de pescar aquel misterioso pez.

Los pescadores empezaban a dispersarse cuando de improviso apareció en aquel lugar Lázaro Cantero, quien llegó diciendo:

—En vez de estar preocupándose por pendejadas, por qué mejor no se preocupan por el Comandante. Ese es el único que realmente representa una amenaza para el pueblo, o es que aún no se han convencido de que es el culpable de la tragedia que está viviendo el pueblo, el culpable de una situación que va de mal en peor, estoy seguro de que ninguno de ustedes se ha preguntado de dónde vino, quién lo trajo, o quién carajo le ordenó gobernar en Las Trojas del Viento.

Los pescadores al escuchar a Lázaro Cantero se devolvieron de inmediato, quienes circulaban por el lugar se acercaron con el fin de enterarse de lo que decía aquel hombre que vivía en constante preocupación por el destino del pueblo. La gente ya sabía que Lázaro Cantero no tenía pelos en la lengua para gritarle la verdad en la cara a quien fuera, no le temía a nadie. Mientras la multitud se iba aglutinando de nuevo en la plaza, Lázaro Cantero ya se encontraba encima de una de las bancas dispuesto a lanzar un discurso. Estando allí, se escuchó una explosión que se sintió en todos los rincones del pueblo, los alcatraces levantaron el vuelo hacia lo más profundo del cielo. Una gigantesca nube de alas cerró totalmente el sol, fue como si hubiese caído la noche, la cantidad de alcatraces revoloteando sobre el cielo de Las Trojas del Viento era incalculable, las gallinas se recogieron antes de tiempo, los perros al unísono aullaron durante un largo rato, el comercio cerró sus puertas, en el ambiente se percibía el fuerte olor a petróleo que despedían los centenares de velas encendidas que devolvían la claridad al pueblo. Nadie se dio cuenta de lo que había provocado aquel estruendo.

Mientras esto ocurría, el Comandante desde su oficina daba instrucciones a sus hombres. Les había autorizado ahuyentar a las aves que perturbaban el orden y la tranquilidad del pueblo. Además de esto, disparar contra aquel que se interpusiera en sus decisiones. Cuando llegaron al lugar, soltaron, sin piedad, ráfagas de ametralladoras contra los indefensos

animales que revoloteaban en el aire; las aves caían al suelo vueltas pedazos. Un grupo de pescadores que quiso evitar la masacre gritándoles en medio del fuego "¡Asesinos, asesinos!", no habían terminado de gritar, cuando fueron abatidos de manera inclemente por las balas criminales. Cuando acabó la estridencia del violento ataque y el sol volvió a su lugar, una descomunal alfombra de plumas manchadas de sangre se había tejido en las calles de Las Trojas del Viento; no quedó un solo espacio por donde transitar. Fue en ese doloroso momento cuando la gente pensó que lo mejor era abandonar el pueblo y dejar todo atrás, alejarse lo más rápido posible de aquellos bandoleros; olvidando las palabras del cura el día que les dijo que huir no era encontrar la libertad.

El Comandante desde el primer día en que llegó a Las Trojas del Viento mostró que era un hombre de dudosa procedencia, alguien que después de andar rodando a diario una carreta llena de cachivaches para venderle a los habitantes del pueblo y veredas circunvecinas, de la noche a la mañana apareció dando órdenes a los habitantes del pueblo. Desde siempre lo hizo con drasticidad, se le veía en su forma de gobernar que era un hombre desalmado y sin escrúpulos. Lázaro Cantero en su afán por desenmascararlo se dedicó por largo tiempo a investigar su origen. Quería saber con certeza cuál era su verdadera identidad. Por su acento al hablar sabía que era del interior del país, que había llegado vendiendo mercancía a crédito, que prestaba dinero con altos intereses a los pescadores y gente del campo y que le decían: "Comandante".

Lázaro Cantero había escuchado hablar en las frecuentes correrías de un personaje a quien le decían el Mago de Mendiola, pero no tenía la certeza de si se trataba del Comandante. El Mago de Mendiola antes de llegar a Las Trojas del Viento era dueño de un negocio muy lucrativo, contaba con su propio consultorio de adivinación y futurología, desde donde atendía a personas incautas, fácilmente sugestionables, en especial a mujeres solteras con deseos de cazar un marido; cuando no llegaba clientela viajaba entonces a otros pueblos de la región. Antes de llegar a cualquier lugar se ponía

de acuerdo con los compinches, quienes eran los encargados de recibir toda la información de los interesados en el servicio de futurología, estos lograban sacarles a los incautos toda la información que iría a ser utilizada por el famoso Mago de Mendiola programado para el día de su arribo; datos personales y demás información para no dejar dudas de sus capacidades mentales como: nombre, dirección, identificación, motivo de la consulta, nombre de parientes cercanos y lejanos... a la persona interesada le daban un ficho con un número y un color determinado con el fin de que el Mago de Mendiola supiera cuál era la información que le correspondía a quien seguía en el turno. Era de esta forma como sin ninguna dificultad le hablaba con propiedad de su vida, lo que dejaba sorprendido y boca abierta al incauto. El Mago de Mendiola maravillaba al consultante, quien asombrado se preguntaba, cómo era posible que ese señor supiera tanto de su vida privada; esto daba total confianza, no había razón para dudar de su poder mental. Los motivos de las consultas eran muy variados, donde los casos más comunes eran, los robos, las traiciones, ausencia de los amantes, maridos infieles y todo lo que a la gente le parecía que el diablo metía la mano.

Una anciana millonaria que no sabía de un hijo que le tocó viajar al otro lado del mar, al ver que no regresaba, que durante más de cinco años lo había estado buscando sin resultado alguno, decidió por sugerencia de los cómplices, que consultara con las cabinas de adivinación del futurólogo. Tanto insistieron con el cuento del Mago de Mendiola que terminaron convenciéndola. Como ella había dicho que daba lo que le pidieran por la aparición de su hijo, cedió parte de su fortuna; como resultado sólo obtuvo la desaparición de los bandidos con su dinero a cuesta. De esta forma, el Mago de Mendiola recolectaba suficiente dinero que más tarde despilfarró en tragos y mujeres en los mejores prostíbulos de la región.

Alfredo Miranda, un hombre al que le gustaba investigar cualquier cosa rara que se diera en el pueblo, se propuso seguir los pasos del malhechor, logró la ayuda de un grupo de mujeres que hicieron el papel de personas que requerían

ayuda urgente del Mago de Mendiola; esto, para ver desde donde iniciaba y terminaba el engaño. Alfredo Miranda y su equipo de mujeres, estuvieron varios días investigando hasta dar con el misterioso Mago de Mendiola que aparecía y desaparecía como por arte de magia. Y fue entonces cuando una de las mujeres más jóvenes del grupo llegó a solicitar los servicios del Mago de Mendiola fingiendo que era casada y su marido le era infiel. Cuando recibió la información e instrucciones de los secuaces del Mago de Mendiola se dirigió al consultorio donde fue introducida en una de las cabinas con música de ultratumba. Ese mismo día en horas de la noche encontraron muerto a Miranda; además de este, también fueron asesinadas tres de sus compañeras de trabajo; nunca se pudo comprobar, quiénes fueron los culpables. Miranda recibió un balazo en la nuca a la salida de un baño, y las mujeres fueron encontradas en un caño con las vísceras afuera.

Lázaro Cantero en sus afugias por saber de quién se trataba, siguió investigando hasta dar con el paradero de una fuente fidedigna que siempre se mantuvo cerca de él y en su misma tierra; se trataba del viejo Corrales, quien conocía de pie a cabeza al Comandante; pero por cosas del destino, que le impedían abrir la boca, siempre se abstuvo de denunciarlo. El viejo Corrales al ver tanta injusticia de parte de aquel especulador, acaparador y farsante al servicio de los ricos, decidió contarle con pelos y señales la verdad a Lázaro Cantero. Empezó diciéndole:

—En Gambote, había una mujer de nombre: María de las Mercedes Corrales Cantillo, tenía en mente que su padre la llevara un día cualquiera a visitar a alguien que llamaban, “el Mago de Mendiola”, quien ya tenía fama en muchas partes del país. Había tres formas de hacer el viaje, cualquiera de ellas podría ser factible para llegar a Puerto Escondido, ciudad donde se encontraba aquel personaje; ella, a través de su progenitor contaba con los recursos suficientes para hacer sus sueños realidad. La primera sería por tierra, pero, una distancia tan grande como la que separaba a las dos ciudades, dejaría a los viajeros muy extenuados, y esa forma, aunque

divertida, no dejaba de tener inconvenientes con los ataques terrestres a manos de bandas delincuenciales producto de la escasez de trabajo en la región. La otra posibilidad de viajar, era por vía aérea, donde el viaje sería de una hora, y el avión iría bordeando algunas poblaciones costaneras. La tercera opción sería en lancha, haciendo un pequeño recorrido por tierra, desde Gambote hasta el atracadero. Esta última opción sería la más recomendada y la más emocionante para una mujer ávida de aventura. Una mañana de sol fresco, María de las Mercedes amaneció con el ánimo suficiente de emprender el viaje; entonces, le confirmó al papá que viajaría. De inmediato le pidió a su progenitor que se alistara en un santiamén; todo, con el fin de salir en el menor tiempo posible. Alberto Corrales, su padre, aceptó lo que decidiera su amada hija, era un padre que siempre la complacía en todo. Una hora más tarde, llegaron al muelle de donde partiría la embarcación que los conduciría a Puerto Alegre. Se acomodaron en "La briosa", una lancha propiedad de uno de los amigos de su padre. La travesía se haría sin retirarse de la costa, debido a que no tenían necesidad de viajar por alta mar. La lancha, aunque no era muy grande, tenía todas las comodidades necesarias para un viaje de placer. En el azul horizonte se observaban, a medida que iba pasando el tiempo, cientos de alcatraces planeando la superficie del agua. Después de un largo recorrido, a lo lejos se alcanzó a ver el destino del viaje. María de las Mercedes estaba ansiosa por conocer un afamado Mago de Mendiola del cual se hablaba mucho. Un poco cansados por la travesía, se fueron acercando al final de aquel viaje, la ansiedad por parte de la mujer era difícil de disimular. Unos minutos más tarde, los cuales parecieron interminables, llegaron al lugar deseado por aquella hermosa mujer. Bajaron de la embarcación con el fin de recorrer la playa hasta llegar a una troncal donde los esperaba una chiva de palo que los llevaría al centro de la ciudad. Luego se hospedaron en un cómodo hotel, y visitaron varios sitios de Puerto Escondido.

Al día siguiente se enteraron de que el Mago de Mendiola haría en un auditorio de la ciudad una demostración de su

capacidad mental. La familia se dirigió al sitio y se dieron cuenta de que el recinto estaba lleno de espectadores, todos ansiosos esperaban que el Mago de Mendiola les diera la bienvenida, y de esa forma comenzara el espectáculo. Los corrales escogieron un lugar estratégico, con el fin de tener cerca de ellos al Mago de Mendiola; allí, esperaron por lo menos quince minutos hasta la aparición del personaje. En un enorme tablero blanco que se encontraba frente al público decía: ¡el Mago de Mendiola! El hombre se encontraba en la parte posterior, el ayudante acomodaba todos los implementos que se requerían para la presentación del acto. Al cabo de un rato, el auxiliar tomó el micrófono y le dijo al público: "¡Señoras y señores!, el hombre que adivina el futuro, iniciará en estos momentos las pruebas mentales que todos están esperando. La primera parte del espectáculo consistía en las pruebas de clarividencia. El ayudante llevó a una persona del público con problemas familiares, el Mago de Mendiola le puso las manos en la cabeza y le dio una solución muy acertada a su problema. De la misma forma atendió a unas cinco personas más, para luego sentarse muy fatigado en un sillón que había en el escenario. La gran tensión del espectáculo, lo había dejado extenuado, necesitaba descansar un poco.

Después de un largo rato, en donde el público esperó paciente, el Mago de Mendiola se levantó del sillón informando al público que sólo atendería a una persona más, puesto que consideraba que el espectáculo no podría extenderse a más tiempo; en ese momento, María de las Mercedes se atrevió a subir al escenario, tan pronto el Mago de Mendiola la vio palideció un poco y le preguntó por su necesidad de verlo, ella, con toda naturalidad le dijo que quería saber algo de su futuro, el Mago de Mendiola le puso las manos en la cabeza y le expresó: "Tú perteneces a la familia Corrales Cantillo", María de las Mercedes no salía del asombro después de escuchar lo que le había dicho. Luego le preguntó por el futuro de ella, el Mago de Mendiola nuevamente le puso las manos en la cabeza, la miró con cierta alarma... y en su rostro se notó la preocupación por la respuesta que tenía que darle. Sin

embargo, dominó su ansiedad y con toda calma le dijo que desafortunadamente una gran tragedia envolvería a su familia, que lo más curioso era que en esa tragedia también estaría incluido él. María de las Mercedes se quedó pensativa, tratando de adivinar cuál podría ser esa tragedia en su familia. Pensó en un accidente de tránsito o en algo por el estilo; pero, por más que meditaba no podía concentrar su pensamiento. El espectáculo terminó casi de inmediato y el público inconforme decidió abandonar el gran salón. Ese mismo día, el Mago de Mendiola invitó a María de las Mercedes a su residencia con el fin de cambiar impresiones, dada una afinidad que había descubierto durante la función. Al llegar, aquel hombre le dijo que ella había llegado de un lugar muy distante a verlo a él, que estaría dispuesto a brindarle la ayuda que requiriera. María de las Mercedes refirió a sus padres que el Mago de Mendiola había adivinado el origen de la familia; que, además, había vaticinado una tragedia en la cual el Mago de Mendiola también estaría involucrado. Lo que les parecía raro y curioso a los padres era que la tragedia prevista también tendría que ver con él. Alberto se fijó en los rasgos faciales del Mago de Mendiola y vio que había algo en el tipo que no lo convencía del todo, lo veía como un embaucador que solo buscaba la forma de atraer a su hija para obtener parte de su fortuna. Al cabo de cierto tiempo el Mago de Mendiola le dijo a María de las Mercedes que el destino de los dos era unir sus vidas para siempre. Aquel hombre siguió insistiendo en los designios que señalaban sus supuestas clarividencias hasta llegar al romance que ambos deseaban; tal relación, terminó en matrimonio. La pareja fijó su residencia en Puerto Alegre, un paradisíaco lugar del Caribe, era como si la suerte y el amor los favoreciera a ambos a pesar de la desconfianza del padre; pero este terminó complaciendo a su hija. El Mago de Mendiola continuó viajando por el país, pero sin prosperidad alguna. En vista de lo ocurrido, María de las Mercedes empezó a sospechar del Mago de Mendiola, quien le había dicho que era dueño de varias haciendas en los enclaves de los Chimila, producto de sus actividades como Mago de Mendiola, observó

que lo que se pensaba de él se hacía más evidente; fue por ello que empezó a seguir sus pasos para descubrir quién era en realidad el hombre con el que había contraído matrimonio, y de paso, comprobar las sospechas de su padre. Ella le tendió una trampa en la cual cayó sin dificultad alguna. Pidió prestado a su padre una gran suma de dinero, cuando recibió el dinero compró dos maletas iguales, en una de ellas introdujo el dinero delante del Mago de Mendiola para que lo guardara en un lugar seguro de la casa, en la noche cuando ya el Mago de Mendiola dormía, cambió la maleta que contenía el dinero por la otra cargada de papeles. Al amanecer del otro día, María de las Mercedes se encontró sola en la cama; el Mago de Mendiola se había marchado con el supuesto dinero que había en la maleta. Al día siguiente volvió, cuando ella lo vio entrar se imaginó que llegaría a disculparse, a saludarla con el amor de recién casados, máximo cuando esperaban un bebé. El Mago de Mendiola la vio que se levantó para atenderlo, él se abalanzó como una fiera y de un puñetazo en la cara la arrojó al suelo, no contento con lo que acababa de hacer, la remató a patadas por todas partes, le siguió pegando sin cesar, le daba por el vientre, por la cara, en los senos, en la cabeza; no quedó un solo lugar de su cuerpo que no fuera maltratado por la acción salvaje de aquel energúmeno hombre enceguecido por la rabia. Los golpes amenazaban con la muerte, los gritos de dolor de aquella infeliz mujer eran ensordecedores, se escuchaban por toda la vecindad. Allí, no valían ruegos, no le daba oportunidad de defenderse, el jardinero corrió a la calle con el fin de dar aviso a la policía. Cuando cesó la lluvia despiadada de golpes tras golpes, ya moribunda la mujer, llegó el control policial, lograron quitarle las garras de encima, fue de esa forma como el demoníaco personaje cesó la andanada de golpes. La pobre mujer que vivía ilusionada con el nacimiento de su hijo ya no daba cuenta de su conciencia. El Mago de Mendiola fue detenido y llevado a los calabozos del distrito. En la celda durante los dos primeros días, aún se observaba en el desalmado hombre, el horror de la crueldad. El Mago de Mendiola, en el descuido de

un guardia que lo trasladaba a otra celda, le arrebató el arma para vaciarle todos los tiros en la cabeza y después huir.

Corrales, bebió un poco de agua para luego continuar:

—¡Lázaro Cantero, escucha bien lo que te voy a decir! Ese que se hacía pasar por el Mago de Mendiola, es el mismo comandante que tenemos en Las Trojas del Viento.

Mientras tanto, en la parte trasera de la funeraria, donde se encontraba tanatorio, la mujer de José De la Calma con una jeringa de inyectar caballos aplicaba formol a los muertos para evitar que se pudrieran antes de tiempo; la cantidad de hielo no era lo suficiente para tantos cadáveres. Rogelia era observada de vez en cuando por el carpintero con mirada de deseos, quien estaba ese día decidido a cumplir con el compromiso de entregar completos los ataúdes que le habían encargado.

El carpintero reanudó su actividad con el fin de terminar a tiempo los veinte ataúdes; lucía cansado, pero la resolución que el Comandante había emitido, no le permitía suspender la fabricación del cajón que le faltaba. Era imposible el descanso para José De la Calma, la orden no podía ser quebrantada, ningún muerto sería enterrado sin ataúd.

—¿Cuándo será el día en que este pueblo se libere de la violencia? No aguanto más muertos —expresó en voz alta el carpintero.

—El día en el que la gente entienda que eso de matarse unos con otros no es ningún negocio —respondió la mujer.

—Eso crees tú, Rogelia Soler —prosiguió el marido—. Eso era antes cuando uno no entendía por qué la gente vivía matándose, la muerte es un negocio rentable, se espera que llegue para la prosperidad de otros. ¿Te has preguntado alguna vez qué es la muerte?

—¡La muerte! —expresó el cura, quien entraba madrugado en ese momento a la funeraria—, como más o menos dice Lázaro Cantero: La muerte es la imagen eterna de un sueño bien profundo, es el descanso de los mayores sufrimientos, de las penas y el dolor, donde ya no hay momentos en la mente del difunto, y a solas llora el mundo, solo queda el recuerdo

que la gente tenía del fulano que en vida fue bueno o malo; que fue un tirano, que fue un matón o un buen hermano, y que el recuerdo grato en recompensa viene. Todos tememos lo que nos toca en vida, pero lo que más tememos es la forma de partida, la muerte llega natural, llega por un tiro, por la traicionera herida de un cáncer, o por el corazón cuando no logra su meta. Es un estado en que se acaba el derecho, y los que permanecen vivos nos observan, contando los momentos que nos quedan, para permanecer en nuestro propio lecho con la esperanza de recibir algo. Sin olvidar que cuando por fin nos conducen al camposanto, unos pocos se entristecen de verdad, a otros en cambio se les acaba la piedad, y comienzan a tramar lo que esperaron tanto.

—¡Padre Manolo!, ese sí es un poeta de verdad —expresó Rogelia conmovida hasta los huesos.

En el intento de dar paso al mal tiempo, José De la Calma dejó hablando a su compañera y al cura para salir a recorrer las calles como era su costumbre hacerlo todos los días. Por los andenes de la nostalgia, su pensamiento retrocedió para volver al recuerdo de lo que el pueblo había sido mucho tiempo atrás. En su ilusión de regresar al ayer, vio pasar a la gente buena, a los hombres con racimos de bananos a cuestras, a los que silbaban canciones rumbo al mercado, a los carretilleros, a la Paletó con su inconfundible elegancia, al viejo Chente parado en las cuatro esquinas aún con el deseo de viajar a Venezuela, a Manchángara con su burro adelante y una chambelona en la mano, al pacífico Mama Chiva, a Juancho Iguana recogiendo piedras para echar en una mochila vieja, a Lucho Agámez y al reconocido, David Beracasa, al popular Pelencho buscando a ver quién lo necesitaba para hacer mandado, al Loco Valle con ínfulas de médico veterinario, a la Loca Minga; en el traspatio de las meditaciones también alcanzó a ver a Minino sobando su larga cabellera, a Mayorca caminando en dirección al río para mostrar sus atributos a las bañistas, a la Guacharaca con sus enredos en la lengua al tratar de hablar con la gente, a Lucho Palmera, quien se tapaba los oídos para trasladarse a otra dimensión, a

la Patoco gritando en medio de su tiradera de piedras cuando se le antojaba hacerlo, a Juancho Codorniz, el mamador de gallo más serio de la región, a Calancho, poniéndole humor a la vida desde la antigua Plaza de los Perros, al doctor Brito estudiando un caso al lado de una botella de Ron Caña, a Isidro Orozco y al Perro Negro, ambos con sus innumerables conquistas a cuestas, al Cocacolo poniéndose unos zapatos blancos para salir a bailar, a los Mellos Pérez hablando de política frente a la iglesia; además de todas estas imágenes estacionadas en el tiempo de los alcatraces, también pudo ver en varios patios del barrio las Delicias, al trío Los inseparables. Al acercarse a las calles del centro del pueblo, pasó por el corredor de los italianos, más adelante, cruzó la calle de las guajiras, la casa del telegrafista, la calle España. Dándole la vuelta al tiempo, se acercó al Pradito, lugar que siempre quiso conocer por dentro para saber cómo vivían los gringos. Más allá de los lejanos recuerdos, observó a las mismas vendedoras de pescado fresco abanicándose la cara con un pedazo de cartón. José De la Calma antes de terminar el recorrido, llegó a donde la "Madama" a comprar cortaditos de leche rellenos de nostalgias. En medio ese evocar sin final, muy cerca de la realidad que lo agobiaba a diario, miró a lo largo de la carrilera, con los ojos puestos en la calle del "Suiche", lo hizo sin dejar de pensar en la situación que se vivía en Las Trojas del Viento, ese momento que en su nostalgia incluía el futuro incierto de los habitantes del pueblo, y a la vez, la esperanza que lo recostaba a los pronósticos de Rosa Lafont con aquello de la lanza que vendría del cielo para atravesar la barriga del Comandante, como si esos recuerdos revueltos con los de otros tiempos lo arrastraran por el absurdo trayecto de la complicidad. Sabía que se acercaban días difíciles, y que, por esa razón, debía alegrarse de lo que no muy distante de la justicia divina le ocurriría al enemigo más grande de los habitantes del pueblo. A José De la Calma esa situación lo desesperaba, lo abatía en extremo, a la vez que lo conducía a la cruda realidad de tener que fabricar ataúdes hasta el último día de su existencia en la tierra.

Ese mismo día, José De la Calma, agobiado por la angustia que le causaba el problema de la violencia, pensó en salir corriendo, huir para siempre; pero estaba seguro de que intentar abandonar el pueblo era un riesgo que corría, el Comandante podría ordenar su captura, lo cual sería peor para él. Desde esas cavilaciones en las que se encontraba el carpintero, alcanzó a ver un grupo de personas que se acercaba a la funeraria, traían apalancando a través de una gruesa vara de madera, aún verde, una hamaca con el cuerpo de otra víctima. Al lado de la caravana que transportaba a la víctima iba Rosa Lafont, quien, con voz angustiante, dijo al llegar:

—Yo lo vi todo —tomó suficiente aire en sus pulmones para seguir diciendo en voz alta—, ocurrió anoche en el teatro, la muerta es una mujer joven, durmió toda la noche al interior del baño donde la asesinaron, ya los médicos la descuartizaron para averiguar qué fue lo que le causó la muerte.

Al subir el cadáver sobre el mesón, José De la Calma observó algo muy extraño, y era que después de haber transcurrido veinticuatro horas y ser sometida al azote del bisturí del asistente del médico que había hecho el estudio en la morgue, su cuerpo permaneciera aún caliente, como si la hubieran acabado de matar. Rosa Lafont se dispuso a terminar de relatar lo ocurrido sentada en la mecedora ambulancia de la funeraria. Según palabras de la pitonisa, al terminar de exhibirse una película de Cantinflas en dicho teatro, quedó en los rostros de los espectadores el murmullo de las risas en la oscuridad. Cuando todas las luces volvieron a encenderse en aquel lugar, algunos de los asistentes que se encontraban sentados se levantaron de las incómodas sillas de madera que poseía la sala de cine con el deseo íntimo de ir al baño. El lugar se encontraba totalmente lleno; ese día, con el anuncio de aquella película, fueron pocos quienes se quedaron en casa. En espera del turno para entrar a orinar, entre ellos adultos y niños, en el baño de las mujeres se sintió el grito desgarrador de una anciana, todos acudieron al escuchar la forma tan desesperante como la señora gritó: "¡Mataron a mi nieta!". Allí

estaba la víctima, todos se acercaron para observar lo ocurrido, en la escena del crimen vieron en brazos de la anciana a una mujer indígena que presentaba una herida circular en la espalda. Con precisión milimétrica se observaban los orificios orbitales vacíos por donde le habían extraído los ojos sin saber el porqué. En poco tiempo arribó al teatro gente de todas partes, entre ellas: familiares de la víctima y un grupo de hombres enviados por el Comandante, quien había ordenado a varios detectives realizar una rápida investigación de lo sucedido, al mismo tiempo que prohibían mover el cuerpo del lugar de los hechos; además, que nadie saliera del lugar sin ser requisado.

La atención del público estaba concentrada en la misteriosa forma como la habían matado y en el arma con que se perpetró el crimen; inquietud que se percibía a través de los rumores de los habitantes del pueblo. El cadáver fue conducido a la morgue del hospital San Cristóbal, ubicado en la cabecera municipal; allí, le practicaron la necropsia. De acuerdo con el dictamen de los forenses, y asombrados con la precisión con que utilizaron un objeto punzante, con el cual le dieron muerte a la indígena, explicaron que el arma pasó a escasos centímetros de los pulmones, perforando el ventrículo izquierdo, traspasó con extremada precisión matemática la válvula mitral, dictaminando al mismo tiempo que la perforación del ventrículo derecho fue la que causó la hemorragia interna, la cual, terminó con la vida de aquella mujer. Los forenses también se extrañaron de la precisión como le fueron extraídos los ojos a la indígena, como si el asesino hubiese utilizado una sofisticada arma para llevar a cabo el horrendo crimen; o tal vez, un instrumento eléctrico para extraer en minutos el contenido orbital sin derramamiento de sangre, dado que no se observaba una sola gota en su rostro.

En Las Trojas del Viento la muerte de la indígena siguió siendo un misterio que no dejó dormir tranquilo a nadie durante mucho tiempo, se trataba de algo jamás visto entre la gente de esa humilde comunidad. La forma como se cometió el asesinato y la ausencia del arma homicida se

convirtió en un misterio, los detectives no se explicaban cómo el asesino hizo para no dejar rastros de ninguna clase; al menos, un trapo o rastros de sangre en el piso o las paredes del baño donde la encontraron tirada en el piso.

Malén, era el nombre de aquella indígena que en horas de la tarde salió de su casa en compañía de su abuela Suyay María, solo con el fin de ir a ver una película que llevaba quince días anunciándose en la cartelera del teatro Olimpia. Malén, con veinte años de edad, con una belleza prodigiosa y natural, despertaba deseos desmedidos en los hombres del pueblo, era una mujer hermosamente atractiva, sus atributos eran incomparables con el resto de las que allí vivían.

Los habitantes de Las Trojas del Viento se preguntaban, cuál podría haber sido la razón de semejante crimen, y por qué recaer sobre una mujer tan bella. Nadie pudo imaginar ninguna razón lógica. Transcurrió el tiempo, la familia de la víctima fue visitada por uno de los investigadores, quien llegó con el fin de comentarles que no habían podido saber qué arma había utilizado el asesino, ni dónde se encontraba escondido; por lo cual, tenían menos posibilidades de dar con el paradero del victimario, quien de forma tan extraña había acabado con la vida de la joven. Les dijo, además, que el forense había presenciado la autopsia, y observó el rastro dejado por el arma mortal, calculando que podría tener tres centímetros de ancho por veinte de longitud, con una punta muy afilada y de forma tubular, que este, examinó de manera minuciosa el orificio dejado por el arma.

Después del asesinato, un indígena mayor del clan estuvo en el lugar de los hechos, y se dispuso a observar con mucho cuidado, descubrió en el techo del baño una especie de dardo con el que se acostumbraba, por tradición, cazar animales en su comunidad, el indígena recogió el dardo, olió con fuerza para detectar una posible sustancia impregnada; pero debido al tiempo transcurrido, ya no quedaba rastro.

La abuela de Malén, quien se encontraba en la funeraria al lado del cadáver, escuchaba con rabia los comentarios acerca de la forma tan despiadada como había ocurrido el crimen; sin

pensarlo, se acercó para tocarla, y pudo constatar que el cuerpo aún estaba caliente, como si no tuviera mucho tiempo de haber muerto. No podía resignarse con haber perdido a su nieta favorita, la más aventajada de las nativas de su comunidad aborigen.

La noche llegó sola, Rosa Lafont había permanecido callada durante el velorio, todos extrañaban su silencio, casi nunca dejaba de hablar. La mujer se levantó de la gran mecedora donde había permanecido sentada desde cuando trajeron el cadáver y, sin pronunciar una sola palabra, se acercó a Malén que tenía la expresión de quien desea seguir viviendo, palpó todo su cuerpo, recorrió con sus manos la tersura de su piel, se detuvo en las cuencas de los ojos, introdujo el dedo índice en cada uno de los vacíos orbitales y lanzó un grito ensordecedor:

—¡Padre santo... esta mujer está viva! En verdad es una diosa, una doncella inmortal, ella nunca morirá —lo dijo con tanta seguridad que no hubo un solo doliente que no se levantara a verificar lo que afirmaba la pitonisa, la estampida se asomó al ataúd, vieron que el cuerpo de Malén permanecía inmóvil.

Al cabo de un rato, Rosa Lafont, sin pensarlo dos veces, decidió abandonar la funeraria, mientras se desplazaba por el pueblo, en el camino se encontró con el Comandante a quien le exigió detener el entierro de Malén, porque no era justo que en Las Trojas del Viento sepultaran a la gente viva; el Comandante hizo caso omiso a las palabras de la mujer.

El tiempo transcurrió hasta caer la madrugada, todos agobiados por la angustia y el cansancio terminaron dormidos en la sala de velación. Llamó la atención a Rogelia Soler, quien se disponía a llevar café a los acompañantes, ver la tapa del ataúd en el suelo, cuando se acercó pudo comprobar que las palabras de Rosa Lafont tenían poder en el cielo; corrió de inmediato a la puerta de la calle y presenció en el vacío de la oscuridad los pies de Malén en el aire.

Con el tiempo, correría el rumor de algo que la pitonisa pronosticó al Comandante el día que le exigió que no permi-

tiera enterrar viva a la gente del pueblo, algo que nadie se atrevería a desmentir: que Malén, haría apariciones en los parajes desolados del pueblo con los ojos en llamas, y que todo aquel que alcanzara a verla y se detuviera a reparar su rostro para mirar sus ojos, enloquecería al instante.

Al día siguiente, el padre Manolo madrugó a levantarse, agarró la cuerda que hacía sonar las campanas para alertar al pueblo, con fuerza en medio de la exasperación batía de un lado a otro los enormes bronces que pendían del cielo de la cúpula del templo sagrado; cuando terminó, se dirigió a la gente que se había agolpado frente al atrio a ver qué ocurría. Con la biblia en la mano, levantó los ojos al firmamento para después gritar:

—¡El ser humano está dominado por pasiones! —hizo una pausa larga para después seguir hablando—. Hermanos míos, el día de hoy ha sido escogido para hacer ayuno, nadie podrá escapar de este sacrificio que no es más que una ofrenda al Señor, quien desobedezca este mandato recibirá su castigo. El cristiano, a medida que crece se ve acorralado por sentimientos involuntarios que los mortales llaman pasiones. El mejor camino para llegar a un perfecto conocimiento de nuestras pasiones es separar el alma del cuerpo. Sabemos que el cuerpo en sí no piensa, la razón que induce al pensamiento se atribuye al alma y no es el alma la que le da calor al cuerpo, sino que ella se ausenta del cuerpo cuando cesa su calor y se corrompen los órganos que le dan acción; por tal motivo, no llega la muerte por falta de alma, sino porque se corrompen algunas de las partes principales del cuerpo. Los sonidos, los olores, los sabores, el calor, el dolor, el hambre y la sed, avivan tanto nuestros sentidos externos como nuestros apetitos interiores. Las funciones del alma son nuestros pensamientos y nuestras pasiones; llamamos pasiones a todas las percepciones de nuestra alma, estas se reciben desde el exterior, si no existe la voluntad o la fuerza de voluntad para hacer o dejar de hacer una cosa, es muy difícil que tal acto se cumpla. Para desear hacer una cosa o para pensar en algo, se requiere que haya una necesidad que induzca a este efecto. Si queremos

algo es porque lo hemos sentido y ese deseo de tener algo es una pasión. También existen deseos que se suceden en la vigilia o en el sueño y que pueden llevar a pasiones violentas cuando la inconsciencia se apodera del individuo. Entre las pasiones del alma hay algunas que no son involuntarias del todo, como la alegría, el odio y el amor; pero hay otras que matan, como es el caso de los celos y la venganza. Estas pasiones también podemos llamarlas sentimientos del alma, porque su origen casi siempre resulta de sucesivas impresiones externas que marcan el alma. Esos sentimientos del alma en general son opacados o exaltados por la fuerza de nuestras emociones. El efecto principal de todas las pasiones en los hombres es el de incitar y disponer su alma a desear las cosas para las cuales prepara el cuerpo, el sentimiento del miedo, incita a querer escapar, el del valor al combate, las pasiones no pueden ser agitadas o suprimidas por acción de la voluntad; por eso es por lo que todos debemos luchar por frenar los atropellos del Comandante, no huir como lo hacen algunos, no olviden que huyendo no se alcanza la libertad.

Terminado el sermón, los feligreses retornaron en silencio a sus hogares, en el camino reflexionaban acerca de las últimas palabras que el cura había expresado ese día de ayuno obligatorio para todo el pueblo.

En Las Trojas del Viento, de la forma en que los días iban y venían, de esa misma forma se acababa la esperanza de tener paz en el pueblo. La gente se había acostumbrado a ver pasar a los muertos que arrastraba el río hacia la gran ciénaga. En otras épocas los curiosos invadían el puerto para ver de cerca a las víctimas de la violencia. El interés por observar de cerca el macabro espectáculo de cadáveres aventados con gallinazos montando guardia encima de las víctimas, ya no era igual, no era como en las primeras ocasiones, como ocurría con los muertos de antes; ningún habitante del pueblo se quedaba en casa. En esa época los habitantes de Las Trojas del Viento se estrellaban unos contra los otros tratando de identificar al muerto que había llegado, la violencia ya era algo habitual, terminó convirtiéndose en una costumbre. En la

marcha del tiempo, sólo se veía a uno que otro habitante haciendo las veces de espectador.

En los atajos de un destino indefinible, de un destino que viajaba en las alas de los dos mil ochocientos setenta y dos alcatraces que alcanzó a contar esa tarde Rogelia Soler en el trayecto de las matemáticas fortuitas, observó preocupada que su marido ya no era el mismo de otras épocas, el hombre alegre y parrandero que resistía tres días tomando ron. Ella vio en él a otro hombre, a un hombre que ya había perdido la costumbre de reunirse los días de mercado en la plaza principal del pueblo a conversar con sus amigos de jaranas currimberas, con esos que acostumbraba a invitar los fines de semana para compartir un sancocho en el patio de su casa.

A Rogelia Soler le inquietaba que los años se le adelantaran al marido, en medio de tantas muertes violentas ya no podía volver a ser el mismo de siempre, las fuerzas se le habían quedado atadas en el martillar de su existencia. Aquel hombre de contextura atlética y dispuesto para lo que fuera, había cambiado considerablemente su comportamiento, la decepción de ver a los hombres matándose unos con otros le hizo perder fuerzas, las fuerzas que necesitaba para seguir ayudando a los demás. Los barcos de piratería estampados en su camisa playera ya empezaban a naufragar, el color del sombrero no hacía el mismo contraste con su piel morena, empezaba en José De la Calma una decadencia alentada por el sufrimiento. Ese mismo día, Rogelia Soler en presencia de la realidad le dijo que ya no le veía los reflejos del hombre aquel que se espantaba hasta con su propia sombra, que ya había dejado de ser el negro brioso de otros tiempos, ese que se ufanaba diciéndole a los amigos que había perdido la cuenta de todas las mujeres criollas que había disfrutado en la región.

Rogelia Soler, una mujer ya madura, distinta a la de un pasado lejano y cruel, aquella a quien antes de llegar a Las Trojas del Viento había vivido una tragedia que nunca pudo arrancar de su pensamiento. Ella, quien subsistió mucho tiempo en un mundo inimaginable para los habitantes de una población remota, un lugar lleno de luces, donde la violencia

se adelantó al destino. Un lugar, al cual, debido a los vericuetos del traspasio del tiempo, nunca pudo volver. Rogelia tuvo que salir huyendo de su propia tierra para evitar ser asesinada. En Las Trojas del Viento hizo su nueva vida al lado de José De la Calma, a quien le advirtió que se acostaría con él después de guardar un luto simbólico a su marido durante un año, a un ser del cual no sabía si estaría vivo o muerto. Un hombre al que había amado con furor constante, con un delirio nunca visto, un ser que había sido víctima de los caprichos de un comandante oriundo de la Mojana de donde también había nacido el inolvidable amigo de todos los habitantes de esa región, el famoso "Miguelito", como le decían sus amigos. Aquel delincuente, quien pretendió quitarle a su compañera a la fuerza, la mujer más bella del pueblo; esa vez, lo amenazó diciéndole que si no le entregaba a la rubia lo mataría al instante. Miguel siempre había sido un hombre que no se dejaba pisar el cangile de la abarca de ningún otro hombre por muy bravo que fuera. Esa vez, Miguelito se negó a las pretensiones de aquel bandido armado hasta los dientes, quien al ver que se negaba a su petición, disparó a sus pies para luego ordenar que lo subieran a un caballo y, así alejarlo para siempre de su mujer.

En esa época, no muy distante de la desaparición de Miguelito, una noche recostada en la hamaca que colgaba del rancho, Rogelia recordó una historia que él le contó el día en que se conocieron. La historia de una monja pecadora que vivía en un convento donde Miguelito había sido contratado para arreglar el jardín. Aquella novicia lo obligó a hacerle el amor, él nunca había estado con una mujer, solo con Florisilda, una burra alegre que le habían regalado en la finca donde vivió sus primeros años de juventud. Esa vez en el convento, un aguacero incesante le impidió trasladarse a su casa, la madre superior entonces, ordenó arreglar un lugar para dormir aquel hijo de Dios. En el transcurso de la noche, mientras Miguelito descansaba de una ardua tarea que le tocó desarrollar durante todo el día a punta de machete y azadón, apareció en la penumbra de la noche una silueta femenina que

se lanzó sobre él sin ningún pudor. Se trataba de una de las religiosas que hacía parte de aquella comunidad, mientras lo desnudaba le confesó que ella nunca quiso ser una hermana de la caridad, que ya había resistido mucho sin poder entregarse a un hombre; esa vez, Miguelito se quedó quieto sin decir una sola palabra, esperó como un buen soldado las órdenes de quien comanda la misión. Ella, ya al borde del abismo y sin medir consecuencias, se arrojó sin precaución alguna sobre aquel semental... mientras la enorme lanza de Miguelito hacía su recorrido hasta llegar al fondo del deseo de aquella infortunada mujer, se sintió en todos los rincones del convento el traquetear de los huesos de la víctima. Los gemidos y pataleos que se escucharon en aquel momento, despertaron al resto de las monjas que allí había, quienes, sin perder tiempo acudieron al lugar donde se daba el combate; allí, tendida en la cama yacía la hermana Flor Mariana, Miguelito nunca supo si herida por la embestida o muerta de placer. El hombre, en aquella ocasión, huyó al descubrir las lúbricas mujeres que venían hacia él con el deseo encima.

Rogelia, siendo ya la novia oficial de Miguelito, esa noche después de aquel recuerdo agradable para ella, sin pensarlo dos veces, lo invitó a un día de playa. Cuando estuvieron solos, lo condujo a la parte trasera del tajamar para que aquel hombre le hiciera el amor cómo fuera. Después de arrojarse al deseo de la primera vez, se sintió una mujer de verdad, al fin había entendido el por qué muchas mujeres hablaban tan bien de los hombres. Más tarde, sentada sobre una roca que eligió para su primer encuentro con el destino que tocó a su puerta aquella noche de verano en "Tajamar de las Garzas", envió un mensaje en silencio a su mejor amiga para decirle: "me dolió demasiado, sentí que me iba a matar, sentí que me faltaba el aire, pensé que de esta no escaparía jamás, pero aguanté, me gustó y decidí quedarme para siempre al lado de esa arma homicida por la cual, llena de felicidad, entregó su vida la hermana Flor Mariana".

El clamor de las campanas alteró la aparente tranquilidad de Las Trojas del Viento, un alcatraz que dormitaba en el

campanario de la iglesia levantó el vuelo y, desde arriba, lanzó el estiércol acumulado durante ocho horas de espera, sobre la ropa blanca que llevaba puesta ese día el Comandante, el ave había esperado con paciencia todo ese tiempo para cumplir su misión. El estridente sonido del bronce acrecentó con rudeza el sofocante calor húmedo del mediodía, el sonar incesante anunciaba el cortejo. Haciendo uso de todas sus fuerzas, el monaguillo a regañadientes halaba con desespero la cuerda que sujetaba el badajo celestial de la campana. En medio de su desaforada actitud, sintió el fuerte jalón de orejas del cura, quien se había despertado malhumorado de la siesta; de la forma como la uña penetraba el cartílago de la oreja, de esa misma forma fue disminuyendo la estridencia. El padre Manolo le recordó que los campanazos debían ser pausados, que no olvidara que los muertos de la violencia también eran humanos.

Mientras tanto, la multitud se agolpaba en la puerta de la funeraria, esperaban que José De la Calma hiciera entrega de los cadáveres. Como pudo, el hombre se levantó de la mesa de donde se había quedado dormido, se echó un poco de agua lluvia en la cara para espantar la modorra, de paso observó a su mujer dormida en posición de bebé consentido. Los dolientes en medio de los gritos desgarradores empujaban de un lado a otro. La entrega se había acordado para las tres de la tarde cuando ya doblaban las campanas; llevaba de retraso treinta minutos, los dolientes se preguntaban el porqué de la demora, sabían que José De la Calma siempre había sido un hombre puntual.

La explosión de dolor de una doliente que había perdido a su compañero en la masacre se escuchó en todos los rincones del pueblo, cruzó los resquicios del desconsuelo para impactar en los oídos del Comandante que apenas alcanzó a escuchar la última parte del mal que le deseó la afligida mujer: "¡malditísimo... porque no te mueres de una vez!".

Los dueños de los muertos al ver que la funeraria no abría las puertas al público, decidieron nombrar una comisión para elevar la queja ante el Comandante. De manera simultánea,

las campanas seguían sonando. El sentimiento que producía escuchar las campanas anunciando el entierro, acrecentó el llanto y el dolor de quienes allí se encontraban, estos, amenazaron entonces con tumbar las puertas de la funeraria. El Comandante ya había acudido al llamado de los dolientes. Cuando llegó, se bajó rápidamente del vehículo, seis hombres abrían espacio entre la muchedumbre para dar paso a la primera autoridad del pueblo.

—¡A un lado, a un lado! —ordenaban los hombres del Comandante.

José De la Calma no esperó a que el Comandante tocara a la puerta, ya había recobrado parte de sus fuerzas. Contrariado, tomó el martillo del mesón de carpintería, clavó las tres bisagras que le faltaban al ataúd, abrió de par en par las puertas del taller de carpintería, y dijo en voz alta:

—¡Ahí tienen sus porquerías de muertos, pensaron que me los iba a robar, ni vivos que estuvieran!

Aquel día, José De la Calma se trasladó a un amargo recuerdo que tenía sus raíces enterradas en el lugar donde el hombre esconde la rabia que produce la impotencia de no poder negarse a las pretensiones de quienes se creen los "manda a callar". Recordó la apacible vida de soltero que vivía antes de conocer a Rogelia Soler, vivía feliz al lado de lo poco o nada que ganaba en su oficio de carpintero, dueño de un modesto taller a donde le llevaban a reparar: camas en mal estado, asientos maltratados por el uso constante del tiempo, ventanas sin bolillos, puertas sin bisagras y todo aquello que la gente pobre no tiene con qué reemplazarlo. Una vez, cuando se encontraba sentado en la puerta de la carpintería llegó al caer la noche el Comandante, quien venía a proponerle según este, un gran negocio, el cual era montar una funeraria, empresa en la que el carpintero no se iría a preocupar por conseguir los muertos, debido a que el mismo Comandante se encargaría de enviarle clientela en abundancia.

De la Calma de todo pudo haber pensado en su vida de carpintero, menos convertirse en fabricante de ataúdes, la condición de hombre parrandero y entusiasta no se lo permi-

tía, él no era dueño de una doble moral, esto, significaría el final de su libertad. Su desgracia empezó el día en que sacó al sol una docena y media de ataúdes que habían sido fabricados con madera mojada; la gente del lugar donde él vivía al ver la fila de cajones que ocupaban toda la cuadra, se horrorizó, este acto lo vieron como mal agüero para los habitantes del sector, la gente no dejaba de quejarse con la presencia de una fábrica de cajones para muertos cerca a sus viviendas; sin embargo, para los niños era una diversión subir y bajar correteando durante todo el día por encima de ellos. Argumentaban los adultos que el aserrín era levantado por la brisa para más tarde entrar a las casas; que, además, el mal olor de las vísceras que enterraban en el patio después de la necropsia no les permitía comer tranquilos. La copa de la paciencia se derramó la vez en que una señora de avanzada edad caminaba por la acera donde estaban ubicados los cajones y, sin darse cuenta tropezó con ellos, perdiendo el equilibrio para después caer dentro de un ataúd que se encontraba sin tapa; el golpe que recibió en la cabeza aquella anciana le produjo la muerte una muerte fulminante. El Comandante al enterarse de lo ocurrido, de inmediato llegó al lugar de los hechos acompañado por un grupo de hombres a su servicio; al ver a la mujer tendida en el interior de la caja mortuoria, ordenó, le pusieran la tapa, la velaran medio día y, que no se preocuparan por el costo de los funerales porque él se encargaría de eso. Ese mismo día, ordenó que todos los habitantes del pueblo tuvieran en sus casas un ataúd arriba del zarzo para el futuro fallecimiento de uno de los miembros de la familia.

Cuando volvió la normalidad al estado de ánimo del carpintero, miró el reloj para luego regresar al sitio donde había dejado a su mujer, entró y salió de la cocina con una taza de café caliente sin que ella lo notara. Después, decidió retirarse al traspatio de la casa con el fin de respirar un poco de aire puro; desde allí, haciendo figuras con el orín, miró hacia el cielo, desde donde alcanzó a distinguir dos alcatraces que raudos caían en picada hacia el río; sin demora, sacudió de manera sonora las últimas gotas que escurrían, preguntán-

dose a la vez: “¿Quién habrá inventado que a los muertos hay que llevarlos a la iglesia?”.

—En el sueño que tuve, los muertos no entraron a la iglesia —murmuró Rogelia desde la mesa donde minutos antes se había quedado dormida.

—¿De qué muertos estás hablando? —preguntó José De la Calma mientras subía la cremallera del pantalón.

—De unos que iban en una procesión rumbo al cementerio, pero no pudieron llegar debido a que el Comandante lo impidió, uno de ellos no llenaba los requisitos —dijo en medio de bostezos continuos la mujer.

—Ahora sí estamos lindos en este pueblo, hasta en los sueños quiere intervenir este señor —replicó el marido.

Rogelia dejó el pocillo sobre la mesa y se detuvo a observar el rostro del marido, lo miró detenidamente, pudo comprobar ese día, que en realidad el hombre que amaba había envejecido, lucía acabado. Sus manos temblorosas producto de la vigilia de tantas noches perdidas, no le permitían agarrar bien las herramientas de carpintería, ella no podía apartar los ojos de aquel hombre cansado, el pesar la trasladó a otras estaciones del tiempo que habían vivido juntos. En medio de las entelequias que el vivir juntos trae, fueron sorprendidos por una brisa helada que llegó al pueblo con la velocidad de un ventarrón con lluvia a cuesta; en el instante, todo quedó congelado. Nunca se había experimentado esa temperatura bajo cero en Las Trojas del Viento, la fuerte brisa los paralizó en mitad del patio, los dos pegaron sus cuerpos para evitar ser arrastrados. Cuando cesó el tiempo de la ventisca, decidieron entrar a la cama, para ella no fue posible conciliar el sueño. Después de tanto dar vueltas en la cama, la mujer de José De la Calma se levantó con mucho cuidado para evitar despertar al marido, entró al taller con el fin de comprobar si realmente había utilizado las bisagras que le hacían falta al ataúd, allí no estaban; la mujer se devolvió a la cama.

Rogelia rondaba la noche para no tener que volver a soñar con los muertos. Las horas transcurrían en su deambular por la casa, no podía dejar de pensar en los muertos, parecía

verlos por todas partes. La madrugada enfriaba con mayor intensidad, un reloj reclinado en el tiempo señalaba las dos de la madrugada, la brisa penetraba a través de las hendiduras de la puerta del patio, la niebla oscurecía la alcoba, por un momento intentó recordar en qué estación del año se encontraba; pero no pudo, como tampoco pudo encontrar una explicación al fenómeno de la abundante nieve que copiosamente caía en el techo de zinc. Como no quería correr el riesgo de quedarse dormida, le tiró encima la cobija al marido que descansaba plácidamente, luego se dirigió a la cocina; allí, llenó de combustible el depósito de la estufa para luego montar la olla del café. Se disponía a rodar la ventana cuando de manera intempestiva una gruesa capa de nieve cayó sobre el fuego, Rogelia quedó sumergida en las trabazones de la imposibilidad, no pudo volver a encender el fogón, se golpeaba la cabeza preguntándose una y mil veces la época del año, trató de ubicarse en la estación en que estaba, pero no pudo. En esa lucha por ubicarse en el tiempo, por mucho que lo intentó, no pudo identificar si era invierno o verano, recordó entonces que en Las Trojas del Viento las estaciones eran indefinibles. Sus ojos estaban observando algo nunca visto por nadie en el pueblo, intentó de nuevo avivar el fuego; pero no le fue posible por mucho que trató de hacerlo.

La fuerte brisa zumbaba entre los árboles que se hamaqueaban de un lado a otro, el viento arreciaba con fuerza, se sentía el crujir de la caña brava y los pájaros aleteando en la oscuridad. Por mucho que luchó por evitar ser arrastrada por el vendaval, Rogelia no pudo. El huracán en su embestida la arrojó a la calle, afuera se encontró totalmente sola, como pudo se prendió de la raíz de un almendro con el fin de evitar ser remolcada por la incesante corriente de aire.

La nieve no dejaba de caer, la tormenta seguía creciendo, a lo lejos alcanzó a ver un grupo de personas que avanzaba hacia ella, poco a poco se venían acercando, pensó en los muertos de la última masacre, decidió gritar para que el marido saliera a la calle, gritó con inútil desesperación. Por mucho que gritara, José De la Calma en la profundidad del

sueño, no alcanzaría a escucharla, ya era demasiado tarde; Rogelia continuó con su angustia desesperante; mientras tanto, el marido seguía durmiendo.

Cuando la mujer quiso incorporarse para poder escapar de la amenaza, ya las uñas de los muertos se habían clavado en su cuerpo, la alzaron para llevarla a su destino, el terror que vivía en ese momento de horror terminó despertando a José De la Calma, él la movió con fuerza para que reaccionara, la jaló por el moño que sostenía con la peineta de carey sin resultado alguno; la mujer, siguió con la angustia pegada al techo. El marido decidió, entonces, pegarle por las piernas con la escoba de varitas, se la estrujaba en las plantas de los pies; pero fue inútil, la pesadilla no la dejaba volver a la realidad. Esperanzado en el último intento, el marido, en vista de lo que ocurría, trajo agua en una totuma y con fuerza se la arrojó en la cara.

Al día siguiente, la mañana amaneció envuelta en una delgada capa de niebla que se impregnaba en los vidrios de las ventanas, entre oscuro y claro se podía observar en las calles el tránsito de la gente con destino al puerto, las aguas del río parecían fijadas en la existencia de un glacial perpetuo, el caudal del río daba la impresión de permanecer estático. Deslizándose sus canoas sobre el enorme bloque de hielo, los pescadores parecían brotar de la nada, ese espejismo del amanecer ocurría sin explicación en algunas épocas del año, fenómeno que atraía la atención de los turistas que en el puerto desde muy temprano hacían turno para esperar el arribo de los alcatraces.

Al encuentro con otro amanecer, la gente se arremolinó en la plaza principal de Las Trojas del Viento, lo hacían para presenciar algo nuevo en el pueblo. Allí, había arribado, la noche anterior, una pareja de acróbatas anunciando su presentación, los expertos en caminar sobre cuerdas suspendidas en el espacio, estiraban un cable amarrado desde la torre de la iglesia, hasta un poste del alumbrado público. En Las Trojas del Viento todos estaban pendientes de lo que iba a ocurrir. Como el espectáculo era gratuito, la gente no se hizo

rogar para asistir y desde tempranas horas del día habían empezado a ocupar sus puestos, llevaron taburetes y bancos donde se sentaron a esperar: "La hora cero", como le llamaban al acto de diversión que ofrecían de pueblo en pueblo. En la espera expectante del acontecimiento, llegaron los hombres del Comandante, quienes detuvieron la actividad de los acróbatas, debido a que era muy temprano para esa clase de distracciones en el pueblo. Decidieron entonces, postergar la programación para las horas de la noche. El público decidió esperar con paciencia el reinicio, quienes habían llegado con mucha anticipación, ya daban muestras de cansancio, se levantaban de sus sillas para volverse a sentar una y otra vez, en ese son transcurrió el tiempo de espera.

Se trataba de una mujer y un hombre, los cuales, subieron al campanario desde donde empezaron a caminar sobre el cable, una proeza que obligaba a cerrar los ojos a quienes presenciaban dicho espectáculo; en una distracción involuntaria, la mujer perdió el equilibrio y su cuerpo se fue de espaldas, cuando se sintió en el vacío, abrió los brazos y pudo agarrarse de nuevo al cable; al instante, se escuchó una explosión de terror, que obligó a que los niños corrieran a esconderse lejos del miedo. El hombre que había quedado impactado por la inminente caída de su compañera inició el recorrido con una vara transversal, seguido de cerca por la mujer en la misma forma, caminaron lentamente hasta recorrer la longitud entre los dos extremos. Debido al riesgo de muerte que se corría por la poca iluminación, los dueños del espectáculo decidieron suspenderlo; al instante, la protesta no se hizo esperar, el escándalo atrajo la presencia del Comandante, quien ordenó de inmediato a la pareja, a que terminaran lo que habían prometido a los habitantes de Las Trojas del Viento, sin importar si se caían desde donde estaban, que si se mataban, sería lo mejor que pudiera ocurrir; de esa forma no volverían a perturbar otra vez la tranquilidad del pueblo.

El anunciador informó al público que aún no había terminado el espectáculo y que tuvieran paciencia para esperar el

final. La sorpresa fue grande al ver en lo alto de la torre de la iglesia a la mujer que se lanzaba a gran velocidad en una bicicleta que se acomodó en la cuerda sobre los rines. Fue y vino de extremo a extremo con absoluta naturalidad, durante quince minutos. De nuevo los aplausos del público retumbaron en la plaza. Después de la acogida que tuvieron los virtuosos del vacío, recogieron de manera apresurada sus pertenencias y se marcharon para siempre; jurando ante el altar de la iglesia no volver jamás a Las Trojas del Viento.

A un lado del parque quedó una mujer angustiada, llevaba largo rato esperando a su hijo de 20 años, quien había salido a orinar por los lados de la acequia después de haberle gritado al Comandante que dejara ver a la gente con tranquilidad el espectáculo, que respetara que no fuera tan intruso; el joven, sin temor alguno se introdujo en el lugar que hacía las veces de baño público para casos de emergencia. Su madre, en espera del regreso de Carmelo Lora, su único hijo, había completado una hora y cuarto; tiempo suficiente para hacer todas las necesidades que se le ocurrieran. Al ver que no aparecía por ningún lado, decidió entonces muy inquieta, acercarse por donde lo vio entrar, allí se estacionó durante veinte minutos con el fin de preguntar a todo aquel que entraba y salía del lugar. Un amigo de Carmelo Lora se enteró de lo que estaba ocurriendo y, sin perder tiempo, se dirigió a los matorrales que evitaban al público observar a los hombres saliendo de sus apuros. No transcurrió mucho tiempo cuando de manera intempestiva apareció alarmado el amigo de Carmelo para informarle a la mujer que en el barro a orilla de la acequia estaba su hijo muerto con los ojos vaciados y una herida en la espalda, igual a lo que le había ocurrido a Malén. La madre de Roberto de inmediato se acercó y vio que en realidad se trataba del cadáver de su hijo. Gritando con un profundo dolor en el alma, dijo a todos los presentes que su hijo estaba muerto, y que quien había mandado a asesinar a su hijo tenía un nombre que todos conocían en el pueblo.

El lugar fue invadido por la fuerza pública, curiosos a montón y muchas personas alarmadas de que se repitieran

estos casos en Las Trojas del Viento. El cadáver fue conducido a la morgue del hospital, y después de unos trámites muy breves procedieron a hacer la necropsia. Los médicos forenses comprobaron que la técnica del homicidio había sido la misma del caso de Malén y, que la misteriosa arma asesina, como la vez anterior, había desaparecido como por arte de magia. Encontraron el dardo de la cerbatana incrustado en el cuello de la víctima, los forenses lo examinaron con cuidado y tomaron líquidos del cuerpo con el fin de hacer algunas pruebas de toxicología. Además de esto, descubrieron que el dardo estaba impregnado de una sustancia paralizante. Ratos después de las pesquisas, volvieron los detectives aduciendo que existía la sospecha de que alguien estaba detrás del negocio de tráfico de órganos; comentario que no le cayó muy bien al Comandante, lo que dio pie a que este, en calidad de máxima autoridad del pueblo ordenara cerrar el caso; de paso, llevaran envuelto en una sábana el cadáver para darle sepultura de inmediato.

La mañana del día siguiente despedía un suave efluvio a tensa calma, la sala de velación de la funeraria había amanecido envuelta en una sensación de eterna soledad, la inusual tranquilidad se debía a que durante el resto de la noche no hubo atención a más muertos, para Carmelo Lora no se tuvo en cuenta la cristiana sepultura, razón por la cual no fue llevado a la sala de velación. El olor a formol inyectado a los cadáveres del día anterior hacía más profundo el vacío en medio de los muebles derruidos por el salitre natural que se producía en el territorio de la Gran Zona. El viejo Corrales fue el primero en llegar a la funeraria, José De la Calma al verlo, soltó la risa sin mostrar los dientes, Corrales ese día estaba de buen humor:

—De la Calma vino al mundo a vestir muertos —dijo el viejo Corrales al entrar al negocio.

—No hace mucho pensaba en usted —comentó José De la Calma al tiempo que preguntaba —¿Y ese milagro usted por acá tan temprano?

—Milagros que hacen los santos.

—¿Viene a decirme que apareció Silvano Macrioni? o ¿tiene un muerto que anunciar?

—No, amigo De la Calma. Yo no tengo quien se muera... Creo que me voy a morir primero que Milagros; aunque yo no lo quiera así. En este mundo nadie quiere morirse, morir es la peor desgracia que nos puede caer encima; es aún peor, vivir pensando por algo que nos quedó pendiente en vida. Entre otras cosas, sería muy fastidioso ser inmortal, tú sabes lo que significa que lo estén trasteando a uno como a un mueble viejo de un lado a otro, y después de muerto quedar el alma en pena, convertido en un espíritu que deambula día y noche por todos los rincones de la casa, quedaría uno por ahí asustando a la gente sin necesidad. Pensándolo bien, en este país a uno le iría mejor estar muerto que vivo.

—A propósito, viejo Corrales —intervino De la Calma— ¿qué es de la vida de Milagros?, hace tiempo que no la veo.

—De ella quería hablarte De la Calma.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Para ser sincero no sé por dónde empezar.

—Empiece por el principio, hable con confianza, por algo somos amigos —expresó José De la Calma mientras sacudía el aserrín del taburete para que se sentara el viejo Corrales y de esa forma hacerlo sentir más cómodo.

—¡De la Calma! —exclamó Vicente Corrales para luego empezar a contar de una forma un poco angustiada lo que le ocurría—. Yo no tengo a quién comentarle la vida que en estos últimos años he estado viviendo en este desgraciado pueblo, por eso me veo en la necesidad de acudir a ti, tú que eres mi amigo de verdad. Hoy amanecí ahogado en el silencio, por eso, necesito desahogarme un poco, no sé qué está pasando en mi casa; pero, de que está pasando algo raro está pasando. En estos días he venido sintiendo unos ruidos extraños, te quiero contar esto porque en ti he confiado siempre.

En ese son de querer contar con el desespero a cuesta lo que le ocurría, Corrales decidió levantarse de donde estaba sentado, se secó el sudor de la cara, guardó el pañuelo sin doblarlo y con pulso de maraquero agarró uno de los extremos

de la tabla que serruchaba el carpintero. José De la Calma siguió sonriendo.

—¿De qué te ríes José De la Calma? —preguntó Corrales un poco molesto.

—De Rogelia —contestó el carpintero sin dejar de reír para proseguir diciendo—. Ahora a mi mujer se le ha dado por contar los alcatraces que llegan a Las Trojas del Viento, los cuenta uno a uno cuando vienen entrando, y de dos en dos, cuando van saliendo. Desde que empieza a brotar el sol se sienta en la cola del patio a esperar que pasen. Ella dice que las matemáticas hacen entender el mundo, que los problemas de este pueblo no se resuelven es porque no hay quien piense, a excepción de Lázaro Cantero, que es el único que se preocupa por el destino de la gente que vive aquí. Sin haberle escuchado una sola palabra de lo que le decía De la Calma, prosiguió diciendo Corrales:

—Pues sí, como te decía... anoche no pude dormir con esos ruidos en el techo. En un principio pensé que se trataba de alguna bruja; pero, ¡qué va! aquí en este pueblo hasta las brujas se fueron, la única bruja que nos quedó de tantas que había, es Rosa Lafont, ella, como no tiene nada que hacer, se ha dedicado más que todo es a llevar chismes de un lado a otro. La verdad es que alguien intentó entrar a través de un hueco que abrió en el techo...

Corrales cortó de pronto la conversación y salió encolerizado a la calle, desde donde gritó con rabia:

—¡De la Calma!, discúlpame, otro día te sigo contando, se me olvidó tapar el maldito hueco.

Con la prisa que el afán tiene, Corrales salió impulsado con pasos de viejito caminador, al llegar a su casa introdujo con desespero la llave en la cerradura, para evitar el ruido abrió la puerta con cuidado, ya en el interior, prosiguió a entrar a la alcoba donde había dejado dormida a Milagros; pero, no encontró lo que había imaginado. Ella dormía abrazada a la almohada. Corrales miró al techo llevándose una sorpresa, el orificio ya no estaba, no podía creer lo que estaba viendo. Entonces fue en busca de una antigua cama de viento que

siglos atrás había servido para velar a la tatarabuela el día de su muerte, la abrió en el centro de la sala y se dispuso a montar guardia. Mientras esperaba recostado en la ansiedad, pensó en el antiguo mueble, la misma lona amarillenta y resistente, con unos mapas veteados que el tiempo dibujó para siempre en la gruesa tela de algodón antiguo. Al estirarse sobre la cama de su antepasado, fijó la mirada en las telarañas que semejaban enormes hamacas construidas con ondulaciones de tejidos transparentes. Allí, en equidistantes meditaciones se mantuvo vigilando muchas horas. Los celos flagelaban la poca tranquilidad que le quedaba, imaginaba que el orificio lo habían vuelto a tapar para evitar que se diera cuenta de la traición a que era sometido. Cuando el sueño lo empezó a vencer, sintió las pisadas en el techo, de inmediato agarró un antiguo trabuco que colgaba del caballete del rancho de sestear, un arma que nunca se había atrevido a disparar, hacía muchos años la venía conservando; cargó el arma y decidió esperar. Estaba dispuesto a matarlo; pero antes, debía asegurarse de no cometer errores, fue entonces cuando de forma sigilosa se acercó a la alcoba de Milagros para asegurar bien la puerta. Cuando regresó a la sala, el orificio ya lo habían abierto de nuevo. Se quedó mirando, miraba con los ojos de quien no quiere ver la verdad. No podía aceptar que su mujer le fuera infiel después de haberle jurado amor eterno, no quería esa verdad, la rechazaba una y otra vez, todas las veces que cruzaba por su cabeza, nunca creyó que Milagros se atreviera a tanto. Fumaba con ansiedad, las grandes bocanadas de humo nublaban la poca luz que entraba por la abertura del techo por donde se disponía a entrar el intruso.

—Desgraciado —murmuraba—, apenas asomes el pico no te van a quedar más ganas de abusar de las mujeres ajenas.

El ruido de las pisadas sobre las láminas de zinc lo atormentaba. Para el viejo Corrales aquella situación era horrenda, sentía su honor mancillado por la desvergüenza. Las lágrimas de manera copiosa le surcaban las arrugas, lloraba en silencio su desgracia, apretaba con fuerza los dientes; se los mordía los labios para impedir que el sollozo lo delatara. Las ansias

de venganza lo recostaban en el desequilibrio de querer matar. Corrales, en aquel momento de desesperación, corría el riesgo de ser escuchado por aquel infame que no respetaba su presencia, un canalla que estrellaba vilmente su nombre contra el suelo, ese que se disponía a entrar sin temor a nada, lo hacía con cinismo y tranquilidad; el malandrín, ya estaba enterado de la fama de dormilón del viejo.

Por un momento, tuvo la sensación de que un hombre había entrado, no supo cuándo lo había hecho. Entonces, empezó a buscar por todos los recovecos de la casa sin encontrar nada, regresó y examinó el candado, vio que todo permanecía igual. Posteriormente, decidió sentarse en la mecedora, desde allí, escuchó en el techo el estruendo de las láminas, estaba seguro de que alguien venía corriendo por el techo para entrar rápido a la casa, de inmediato agarró el trabuco y se dispuso a disparar; pero, el intruso se detuvo de manera repentina.

—¡Degenerado!, ¿por qué no entras?, ¡atrévete infeliz!
—gritaba con voz temblorosa.

Pasó el tiempo sin que apareciera el extraño. Hizo un esfuerzo para tratar de encontrarlo; pero no vio nada. Se alejó un poco los lentes, y alcanzó a observar algo que se movía, veía un extraño contorno con movimientos sigilosos. Los rayos de luna reflejaban la sombra en el piso de la sala, afinó la puntería, cerró los ojos y jaló sin piedad el gatillo. La fuerte detonación contenida en el arma por más de medio siglo de existencia, sacudió fuertemente las paredes de la vieja construcción. No quedó un solo mueble en pie, todo se vino al suelo, por un lado, las jaulas cayeron para dar libertad a los pájaros, por el otro, los cuadros que colgaban de los clavos de acero. El suelo quedó tapizado de polvo, no se veía absolutamente nada, todo se sumergió en la más completa oscuridad. El hollín pulverizado por la onda explosiva pintó de engurrumina el ambiente.

La mujer del viejo Corrales salió de la habitación abatida por la impresión que produjo el estallido, al llegar al lugar, llamó al viejo; pero este no contestó, no aparecía por ningún lado, ella, en vista de lo ocurrido decidió buscar por toda la

casa y, a tientas, lo encontró debajo de un montón de cachivaches viejos; le dio la mano para ayudarlo a levantar de donde estaba tirado y lo llevó casi a rastras hasta un taburete roto en el fondo que utilizaba para las constantes diarreas del viejo Corrales; allí lo sentó, para dejarlo recuperar un buen rato.

—¡Ya está muerto ese miserable! —expresó con la emoción del cazador victorioso.

—¿Cuál miserable? —preguntó ella.

—El que está tirado en la sala, o es que no lo has visto aún. —Sí, pero fueron dos los que cayeron —contestó Milagros — ¡Cuáles dos! —protestó él —yo pensaba que era uno solo.

—¡Ahora sí llegamos a dónde íbamos! —exclamó la mujer soltando la risa para continuar diciendo—, pendejo... de cuándo a dónde se te dio por matar gatos, por qué será que al hombre cuando lo coge la vejez no se le da por hacer vainas que sirvan. Te crees aún el Varón del Golfo, ¿por qué no aprovechas esas energías para aplacar mis calenturas?

El viejo Corrales se sintió con la dignidad por el suelo, se sintió humillado; entonces, agachó la cabeza y le ofreció disculpas a su mujer para después ir a sepultar los animales en el traspatio de la casa. Cuando ella volvió a la habitación, se escucharon unos fuertes golpes en la puerta de la calle.

—¿Quién es? —preguntó Corrales.

—Somos los hombres del Comandante que venimos a investigar quién disparó.

—Díganle a ese cerdo que fui yo, que no joda... díganle que le mando a decir, que venga él mismo a preguntar, que no sea cobarde y también le dicen que no se meta conmigo, que me deje la vida en paz, que deje la maricada, que no crea que yo soy José De la Calma.

Al día siguiente, cuando la incertidumbre había dejado de carcomer la tranquilidad del viejo, los vecinos se preguntaban qué era lo que realmente había enterrado la noche anterior; ellos lo cuestionaban debido a que se había negado a dejar entrar la cuadrilla del Comandante. Por las esquinas del barrio, no dejaban de escucharse los comentarios. Esto le preocupó,

no podía aceptar que la gente hablara o se imaginara algo que no ocurrió. Entonces, su mujer, con palabras suaves, le aconsejó a Corrales sacar los gatos de donde los había enterrado, para mostrárselos al Comandante y de esa forma acabar con la duda de la gente, pero, a él no le pareció buena idea, no quería cambiar de nombre después de tanto sufrimiento.

A Corrales la rabia le removió los años, la ira desafiante que sentía por dentro se asomó a sus ojos. Resuelto, abrió las puertas de par en par, dispuesto a enfrentar al primero que pasara. Esa vez, como era su costumbre, recostó el taburete bajo la sombra del laurel; pero a nadie se le ocurrió pasar ese día por la calle donde vivía el viejo. El temor invadió el ambiente de la calle, de tal forma que ni los niños que deambulaban en el pueblo, debido a la ausencia de clases, se atrevieron a acercarse por esos lares. Con furia, tiró la puerta, se sentía con la fuerza suficiente para desafiar a cualquiera que intentara calumniarlo. Más tarde, resolvió asegurar con candados la casa, de esa manera evitaría que su mujer se volviera a escapar. Cuando estuvo en la calle del puerto caminó un largo rato. Visitó entonces la plaza principal, las murallas del puerto, habló con los areneros, también se enteró por boca de Rosa Lafont del número de muertos que el río había arrojado a la playa ese día. Después de tanto andar, se acercó a la funeraria, pero no quiso entrar.

Al viejo Corrales le preocupaba que Lázaro Cantero le hiciera un reportaje con lo que le había ocurrido esa noche. No dudaba de las ganas de escribir de un periodista perseguido, y aún más, de un hombre que había sido desterrado a causa de la censura que le impusiera el Comandante la vez que se atrevió a acusarlo de la desaparición de Silvano Macrioni. Lázaro Cantero era reconocido por todos, como un buen contador de historias, como decía Aniceto Molina, historias que removían los recuerdos de cualquier ser viviente.

En el afán por encontrar la forma de despertar el silencio de la gente que no se atrevía a protestar, Lázaro Cantero recordaba lo ocurrido la noche en que entró a una población

aledaña al río, una cuadrilla de más de 260 hombres que usaban camuflados y armados hasta los dientes; a quienes llamaban, "Los mochacabezas", en esa ocasión, los delincuentes ingresaron a registrar centímetro a centímetro el pueblo, fue una incursión que terminó destruyendo todo lo que encontraron a su paso, saquearon y robaron las pocas pertenencias de quienes allí vivían. Con lista en mano llamaban a los habitantes del lugar, los trasladaban a la plaza principal, allí los torturaban para luego asesinarlos. Esa vez, dieron muerte a cuarenta y siete presuntos informantes, hombres a quienes antes de morir les tocó presenciar la violación de sus propias mujeres, los criminales al no encontrar lo que buscaban decidieron prender fuego a las viviendas. Al mismo tiempo, no muy lejos de donde había ocurrido el hecho, otros criminales perpetraban horribles masacres en algunas fincas y pequeñas parcelas de la región. Un considerable grupo de labriegos se desarraigó por completo, fueron despojados de sus tierras, forzados a buscar nuevos lugares de refugio para protegerse de la gente mala y, de esa forma, reconstruir sus vidas en otra parte, lejos de la tierra del dolor. Esa vez, nadie se atrevió a decir nada por temor a correr la misma suerte.

Posterior a esta masacre, al cabo de cierto tiempo sobrevino otra incursión violenta en el mismo sitio. Allí, se vio la forma cruel en que la población fue diezmada a causa de los enfrentamientos que se daban entre matones que hacían parte de la delincuencia organizada. En ese entonces, los muertos dejaron de llegar al puerto, en la parte de arriba, a lo largo del río, ya no había a quién matar, los pueblos poco a poco fueron devastados hasta llegar a la total desolación, las viviendas quedaron en el olvido, solo se veían los perros y gatos deambulando por las calles en busca de sus dueños que ya se habían marchado huyéndole a la violencia.

Por los andenes del pueblo, Corrales siguió su travesía hasta el arribo de la noche. Agotado de tanto caminar, decidió sentarse a descansar un rato en la plaza del pueblo. Allí, le llamó la atención un tumulto de gente que se agolpaba

alrededor de una improvisada tarima, Corrales pensó en las retahílas de un culebrero, se acercó a observar y vio que todos trataban de escuchar las arengas de Lázaro Cantero. Haciendo un esfuerzo se coló en el tumulto, nunca había tenido la oportunidad de escucharlo, cuando lo oyó, se sorprendió mucho, Jamás pensó que en el pueblo hubiera alguien que hablara como lo hacía Lázaro Cantero, hablaba de cosas que nadie antes se había atrevido a decir, esto entusiasmó al viejo, sabía que lo que decía iba en contra del Comandante, su peor adversario político, a quien nunca le pudo perdonar las amenazas de muerte que le hiciera en esa época para apoderarse de Las Trojas del Viento y desplazarlo a un segundo plano. Cuando Lázaro Cantero vio al viejo entre el público, alzó la voz para que escuchara mejor.

A Lázaro Cantero siempre lo habían considerado un loco que no era loco, sino alguien que se creía loco sin ser loco, muchos pensaban que estaba loco, debido a que hacía y decía cosas diferentes de los demás, lo que quizás ignoraban algunos, era que este hombre había pasado a un nivel superior de vida sin que él mismo se diera cuenta de su condición real. Mientras Lázaro Cantero hablaba inspirado en la palabra, de repente, el ruido de los caballos de los hombres del Comandante golpeó los oídos de la muchedumbre, la multitud que allí se concentraba, se disolvió al instante por temor a ser atropellada por las bestias.

La época no era la mejor en las Trojas del Viento ni en toda la región. Las masacres eran el pan de cada día, se daban por doquier, eran incontables los desaparecidos que se reportaban a diario, una región en donde las masacres se perpetraban con el fin de apropiarse de las tierras de los más débiles, era el camino más fácil para lograr su cometido los delincuentes ocultos en los puestos burocráticos del gobierno, apoyados por los mandatarios de turno, quienes también se enriquecían de forma exorbitante; acumulando riquezas incalculables. Era por ello por lo que algunos gobernantes se hacían reelegir en contra de la voluntad del pueblo para seguir acrecentando su caudal económico, prevalecía siempre la voluntad del más

fuerte, estos, lograban sus aspiraciones a través de elecciones fraudulentas respaldadas por el dominio político; todo, con la anuencia de grandes empresarios corruptos y las enormes cantidades de dinero que aportaban los narcotraficantes; quienes, eran premiados posteriormente con cargos diplomáticos en otros países.

Próximo a la ruta de los alcatraces, Corrales decidió días después, visitar de nuevo la funeraria, José De la Calma se deleitaba en el descanso, su mujer le contaba un sueño que había tenido en los arribos de sus angustias; ella, había soñado con una caravana de cangrejos azules. En el sueño, los cangrejos se convertían en hombres que no querían morir, hombres que se encontraban sin libertad. Aquellos hombres dentro de unos estanques llenos de estiércol los mantenían sumergidos hasta el cuello, luchaban tratando de quitarse unas enormes cadenas de encima; pero, no lo lograban. Cuando intentaron volver a la normalidad, ya era demasiado tarde, poco a poco sus cuerpos se fueron transformando en gusanos gigantes que ya no querían ese ambiente putrefacto en que se encontraban. Fue entonces, cuando decidieron esperar con paciencia la hibernación y, de esa forma escapar del sufrimiento.

—¡De la Calma! —irrumpió el viejo Corrales mientras Rosa narraba el sueño que había tenido—. ¿Has oído hablar a Lázaro Cantero después de la gira que hizo alrededor del mundo?

—Sí —respondió el carpintero.

—¿Qué te parece?

—Muy bien, pero no quiero que me hable de él ahora, y menos en mi negocio.

Al viejo le extrañó ver a su amigo con esa actitud, prefirió entonces, no continuar con el tema, entendió la situación del carpintero con el Comandante y a lo que se exponía.

—Está bien —indicó el viejo Corrales—, hazte el cargo de que no he dicho nada, ahora quiero hablarte de otra cosa. Tú mejor que nadie conoce mi problema con Milagros, resulta que la gente en el pueblo está diciendo que hay problemas entre ella y yo, muchos me preguntan el por qué la tengo encerrada,

qué por qué no la dejó salir a la calle, que no es justo que no la deje ver la luz del sol. Ayer me gritó la vecina de al lado que yo era un desalmado, que explicara qué había hecho con ella, qué si la había enterrado en el patio, que recordara que en Las Trojas del Viento no estaba permitido enterrar a los muertos sin ataúd, que, si no era así, procurara demostrar lo contrario, que confesara lo que realmente tenía sepultado en el patio. ¿Qué hago De la Calma? ¡Ayúdame a salir de este berenjenal!

—Corrales —dijo José De la Calma—, como dice el cura de este pueblo: corona de los ancianos son los hijos de los hijos, y la gloria de los hijos son sus padres. No se preocupe viejo, yo le voy a solucionar el problema, recuéstese en la hamaca mientras regreso de su casa, quédese tranquilo, por algo somos amigos.

—Hamaca —murmuró el viejo—, eso es lo que podría decirse, un nombre bien puesto —terminó comentando mientras abría el tejido para acomodarse.

José De la Calma no prestó atención a las palabras del viejo. Antes de marcharse se dirigió a su cuarto, abrió el escaparate, desenganchó la camisa playera, se la puso dispuesto a salir a la calle. Mientras caminaba se fue abotonando, los dos primeros ojales los dejó abiertos como era su costumbre, observó un alcatraz que sobrevolaba la torre de la iglesia, en ese son, llevaba dos horas, el hombre tuvo un mal presentimiento; pero no se detuvo, le urgía llegar pronto, y se olvidó del palmípedo acelerando el paso. Al llegar a la residencia del viejo Corrales escuchó la voz de Milagros:

—¡Mi negro... entra por el portón que da al patio! —le pidió la mujer con voz agitada al visitante cuando se disponía a tocar la puerta.

Ella, en la cima de sus enormes deseos, se asomaba al espejo de un estanque lleno de agua expuesta al sol de mediodía. Desnuda salpicaba agua tibia en su cuerpo, fue en ese momento efusivo cuando apuntó con sus acerados pezones hacia el hombre, ella, de forma deliberada dejó caer el jabón al suelo, cuando la mujer se arqueó para recogerlo,

aquel hombre sintió arañas que le subían y le bajaban por todo el cuerpo; entonces, el negro se fue acercando con lentitud, estando cerca de ella, agarró la totuma, derramando el agua tibia a través de la ondulación que terminan en la parte más baja de la espalda; la temperatura húmeda del agua corría presurosa por el resto de su cuerpo. En el momento en que se volteó para mirarlo de frente, el hombre ya estaba preparado para enfrentar su destino, fue en ese momento, en la mínima proximidad de los cuerpos sostenidos en el último instante de las ganas, cuando rodó detrás de las matas de plátano el desenfreno de la lujuria; allí quedó regado el desperdicio de la pasión que reventaba sus venas.

Después del retumbar de las ansias pulsionales, el carpintero volvió a la funeraria. Le dijo al viejo quien ansioso esperaba su regreso, que habría que seguir investigando el caso de Milagros. No había terminado de hablar cuando tocaron a la puerta del taller de carpintería, lo necesitaban para tomarle las medidas a un cadáver, la víctima se encontraba tirada en el platón del tractor que se encargaba de recoger los muertos que amanecían en Las Trojas del Viento. El cadáver había sido recogido en la orilla del río. José De la Calma, al instante decidió cambiarse de ropa, se ajustó con un cáñamo el calzón mocho que usaba para el oficio de carpintero, sacudió con fuerza el aserrín impregnado en la camisa, lo cual ocasionó un exceso de estornudos a Rogelia Soler, quien en ese momento salía de la cocina con una taza de café en la mano. Cuando el carpintero salió a la calle, extrajo el metro del bolsillo trasero, lo desenrolló sin dejar de mirarle la cara al muerto, se acercó y, le pareció ver que el difunto dormía, le tomó el pulso con disimulo para luego preguntar:

—¿Cuándo lo encontraron?

—Esta mañana —contestaron en coro los hombres del Comandante.

—¿Qué le pasó? —interrogó De la Calma.

—No sabemos —respondieron al unísono —, a ese muerto no se le ven heridas por ningún lado.

—Esto está muy raro —murmuró el carpintero.

—Es un forastero —dijo un curioso que se había acercado a observar el cadáver.

—Será que ya no van a seguir usando el plomo para matar —siguió comentando José De la Calma para terminar diciendo—, llévenlo a medicina legal a que lo revisen, y de paso miren si de verdad está vivo o muerto.

—No se puede —respondió el conductor —, el forense anda borracho por las 4 esquinas, por lo tanto, habrá que despacharlo sin necropsia; además, ya está muerto de verdad.

—Pero... —quiso cuestionar De la Calma.

—Va sin peros —le interrumpió uno de los hombres que allí había—, usted cumpla con la orden del jefe y deje de estar preguntando más de la cuenta, a quien le interesa saber de qué murió es a mi Comandante, fabrique el cajón que es lo que le corresponde, no se le olvide el compromiso con el patrón.

José De la Calma pidió que bajaran el cuerpo para tomarle las medidas, lo pusieron sobre el mesón de la carpintería, mirando hacia la salida del sol, tal como lo ordenaba la iglesia. Posteriormente, los hombres del Comandante se retiraron sin pronunciar más palabras. Allí, sobre el mesón yacía el difunto mientras el carpintero se daba a la tarea de cortar las tablas.

—Llegará el día en que la madera se acabe con tantos muertos —murmuró el carpintero.

Entre tanto, el muerto parecía observar los movimientos de aquel hombre que había dedicado su vida al arte de la madera, nunca pensó llegar a semejante situación. Mientras la mujer de José De la Calma afeitaba en su labor de maquillista al muerto, el difunto no dejaba de mirarla, lo hacía con un ojo que le había quedado abierto.

A pesar de los años y la crítica que Rogelia no dejaba de hacerle con aquello de los bríos perdidos, José De la Calma nunca dejó de ser un hombre a toda prueba, jamás desmayaba en sus intentos de ganarle a la vida, vivía encaramado en la paciencia; por esa razón, era muy difícil verlo de mal humor. Sabía que el Comandante lo tenía bajo su voluntad,

razón por la cual aguantaba sus atropellos; sin embargo, mantenía agarrada la esperanza del pelo, sabía que el día menos pensado volvería a ser un hombre libre, con la misma fortaleza y aguante que lo caracterizaba. No dejaba de buscar en los más apartados lugares de la imaginación, la forma de resolver el problema con su enemigo secreto. Por otro lado, su preocupación estaba amarrada a la salud de Rogelia, eso no lo dejaba encontrar el camino para darle muerte a quien le había vuelto imposible la vida. Estaba tan acostumbrado a la compañía de su mujer que la sola idea de tener que abandonarla, le producía un fuerte dolor en los testículos. A Rogelia, el padecimiento de los constantes dolores que no le permitían vivir tranquila, la mantenía atada a la cama, esto hacía que el marido se desesperara cada día más.

En el pueblo la gente comentaba que la enfermedad de Rogelia Soler era muy rara, debido a que siempre se agravaba en las horas de la noche. Por su parte, Rosa Lafont decía que eso no era más que el producto de los miomas acumulados en la matriz, situación ocasionada por el largo tiempo que duró sin tener contacto con otro hombre después de la desaparición de Miguelito; por aquello de que mujer que guarda mucho luto... por algo será. Decía, además, que las mujeres que nunca han parido, por lo general padecían esa fastidiosa enfermedad. Rosa Lafont se lo había advertido, pero Rogelia nunca le hizo caso, decía que no iba a traer hijos al mundo para que los mataran antes de tiempo. Lo cierto es que cuando oía hablar de miomas se disgustaba. Consciente era de la existencia del mal, un sufrimiento al que le decían la enfermedad de las monjas. Rosa Lafont solía expresar a los cuatro vientos que las monjas que no sufrían ese mal eran sospechosas, decía que monja de la caridad sin miomas no era monja consagrada. El padre Manolo y demás miembros de la antigua Congregación de feligreses de Dios, vivían reprendiéndola a diario, ella nunca les hizo caso. Un día cualquiera, el Padre Manolo la regañó fuerte; entonces, ella le gritó frente a la iglesia:

—¡Te las tiras de pendejo, cura sinvergüenza!, quién te ve con esa cara de yo no fui. Por qué mejor no le preguntas al Comandante por la vida de Sara Meléndez. Pregúntale por qué no la trae de nuevo al pueblo. Que se acuerde que ella nunca estuvo loca para que la enviara al manicomio de esa forma tan miserable como lo hizo.

El padre Manolo se detuvo un instante en medio de los insultos para echarle la bendición, esa vez logró comprobar por qué Rosa Lafont era la única persona a la que el Comandante no se atrevía a mortificarle la vida. Le tenía pavor, nunca le reclamaba nada, le rehuía cuando la veía venir en su dirección. Según las malas lenguas, en el pasado había tenido una amarga experiencia con ella, un incidente que jamás pudo olvidar, afirmaba que era una bruja de verdad, un ser misterioso, con poderes para obligar a pagar las deudas de ron y puterías y capaz de hacerle daño a cualquiera. De su memoria no podía borrar la lanza que vendría del cielo destinada a él, sabía que lo que había vaticinado Rosa Lafont en cualquier momento se cumpliría.

Ese mismo día del escándalo frente a la iglesia, Rosa Lafont caminaba desprevenida por la calle del comercio cuando observó que la gente se esparcía asustada de un lado a otro, los comerciantes corrían a cerrar las puertas, Rosa Lafont se fue quedando sola en la calle, había quedado petrificada con lo que había visto, no podía dar un paso más, la rigidez del cuerpo no le permitía mover un solo ligamento de sus piernas, sus pies quedaron pegados a la tierra. Todo sucedió en cuestión de segundos. Cuando pudo recuperarse de la inercia que produce el pánico, salió expulsada del lugar como alma que lleva el diablo, sabía que estaba en peligro de muerte. Sin querer había presenciado un crimen; por eso, se arrepintió de no alejarse a tiempo del lugar, no fue su culpa, sino de la mala costumbre de querer enterarse de todo. Los asesinos intentaron darle alcance, pero no pudieron, su languidez le permitió escurrirse fácilmente a través de los cachivaches y trastos que habían quedado regados en la calle de los turcos; todo este desastre, producto de la estampida de la gente al sentir los 6

disparos que le propinaron a la víctima. Más adelante, como pudo, la mujer alcanzó a entrar a la funeraria, allí estaba José De la Calma, quien ignoraba lo que afuera había ocurrido.

—¡Mataron a Pocaterra! ¡Mataron al último de los Pocaterra!
—gritaba desesperada Rosa Lafont.

Dando paso al mal momento que había vivido, la mujer se sentó ardiendo de calor en una mecedora que se encontraba en la sala de velación, abrió un abanico de dos tiempos para ventilarse el cuerpo. La impresión que recibió al presenciar el cruel asesinato, le alteró los nervios de tal forma que sus piernas no paraban de temblar. Nunca había visto un crimen tan cerca de ella, rechazó el modo despiadado como le cortaron la cabeza a la víctima, la forma como la guardaron en un costal de fique para luego escapar.

La muerte siempre había frecuentado a la familia Pocaterra. El negarse de manera rotunda a vender sus tierras ocasionó el exterminio de una familia entera. Sin quererlo, le había tocado el turno a Jesús Antonio, era el único que quedaba de los siete hombres que habían vivido en la finca "La Esperanza en Dios". Las escenas de dolor se repetían constantemente en el seno de aquella familia; al primero que mataron fue al abuelo, transcurridos escasos meses, secuestraron al padre de dos hermanos gemelos, a quien, por negarse los familiares a pagar el rescate, una noche lo enterraron vivo en sus propios predios. La cadena de crímenes continuó su curso con los tíos, sobrinos, y el último de ellos, el popular "Chucho el blanco" quien se encontraba ese día en una cantina departiendo unos tragos con sus amigos de infancia.

—¡Si es verdad que existe Dios... por qué permite tanta injusticia en este pueblo! —gritó a las seis de la tarde Lázaro Cantero desde las Cuatro Esquinas, el lugar más concurrido de Las Trojas del Viento; en el ambiente siguieron sonando por un largo rato las palabras de Lázaro Cantero.

Después del asesinato del Chucho, a la gente se le dio por decir que lo habían matado por ser negro, que quien comandaba ese grupo de matones había dado la orden hacía ya mucho tiempo. Cuando las campanas cesaron, la iglesia quedó

en un silencio que se prolongó hasta la aparición del cura en el púlpito, desde allí, se dirigió indignado a sus feligreses refiriéndose al hecho sangriento:

—Cuando una persona es de malísimos sentimientos —expresó el cura en voz alta—, le dicen que tiene el alma negra, cuando es la mejor persona del mundo, le dicen que tiene el alma blanca. ¡Señor de los cielos! ¿Qué tiene que ver el color de un ser humano con su comportamiento? Aquí hay una gran contradicción, cuántas personas de piel clara y cabello rubio, no reflejan interiormente lo que realmente son. Son personas de naturaleza criminal y sádica que gozan con ver sufrir a las otras personas; en ellas, se encuentran genes perversos que conducen a quien los posee, a practicar las más escalofriantes acciones. Contrario a esto, hay personas con piel negra que han sido modelos de bondad, como lo fue la vida de Martin Luther King, San Martín de Porras y muchos otros mártires de la historia. El antagonismo que existe entre la verdad y la mentira se remontan desde que el mundo es mundo, la primera siempre ha estado triunfante sobre la segunda, la segunda ha sido cómplice de injusticias, de condenas a inocentes, de ejecuciones a personas que nunca han tenido nada que ver con el delito del cual se les acusa. La mentira ha sido causa de la ruina moral y económica de muchas personas y hasta de familias enteras, ha sido causa de la separación de muchas parejas. El antagonismo entre la tristeza y la alegría es uno de los más peligrosos y difíciles de conducir, cuando una persona está triste, esta tristeza puede desencadenar problemas secundarios más graves que en ocasiones pueden llegar hasta el suicidio. Salir de la tristeza en ocasiones resulta muy complicado y se requiere que la persona triste cambie poco a poco de ese estado a un estado de alegría que podría ser el amor en Cristo nuestro señor. El antagonismo entre el amor y el odio, tan antiguo como el mundo, tiene la curiosidad de que inicialmente es uno solo y posteriormente viene el resentimiento. Una pareja, hombre y mujer, tienen al principio una gran amistad que puede terminar en amor; pero un día cualquiera, uno de los dos

resiente al otro por algo que hizo o dejó de hacer y viene el distanciamiento. Hay algunos casos en que una persona que no ha sido bien tolerada cuando se conoce, a través del tiempo se transforma en un ser casi indispensable en la vida del otro. Los antagonismos ponen en disputa la paz con la violencia, algo tan antiguo como la existencia del mundo. Los unos con el deseo de trabajar en paz, gozar de salud, aprovechar las distracciones sanas, permanecer un rato agradable con los familiares y amigos, oír su música favorita, leer un buen libro; pero no es así, los otros con el afán de mortificar la piedad de los hombres buenos, como los bandidos que han llegado a Las Trojas del Viento, que solo piensan en el atentado criminal, en matar a inocentes, en el terror de una mina quiebrapatas que explota sin importar a quien mate, son atrocidades que solo en las mentes perversas se pueden concebir. La vida que hoy se vive en este pueblo es el resultado de la lucha entre el bien y el mal. Esa inestabilidad en nuestro existir la hemos tenido que padecer con paciencia, y será hasta cuando estos antagonismos no tengan más luz en su existencia. Se sabe que, a través del tiempo, la relación que existió entre contradicciones normales en la vida cotidiana dio lugar a las grandes guerras y conflictos que han terminado con gran parte de la humanidad. Los mismos asesinatos y atentados contra las personas han tenido lugar por causa de oposiciones de ideologías equivocadas. Como decía Aniceto Molina, "el mundo está mal hecho porque es un invento que no sirve para todos". Mis hermanos, hay que seguir luchando por lograr la igualdad en este mundo; pero aquí nadie lucha como en otras partes, lo hacen quienes sufren injusticias, en este mundo que vivimos, los únicos que no luchan por el futuro son los habitantes de este pueblo. En Las Trojas del Viento a la gente se le olvidó que en esta tierra fue donde nacieron, que aquí están enterrados los huesos de sus antepasados, nadie reacciona ante los atropellos de quienes no respetan la vida de nadie, delincuentes que no dejan vivir en paz a nadie. Aprovecho este sermón para decirles que no podemos quedarnos con los brazos cruzados, hay que hacer algo, no esperemos a que

tengamos que dejar abandonado lo que nos ha costado toda una vida de trabajo y de lucha incansable, la que hemos vivido para lograr tener donde vivir tranquilos, para que ahora de la noche a la mañana aparezcan unos bandidos a tratar de torcer nuestro destino. ¡Qué Dios meta su mano poderosa para protegernos de las injusticias!

“Amén”, dijeron todos.

En el retozar de la marcha del tiempo, esa vez, rodeado del ambiente fúnebre de su actividad diaria, José De la Calma no dejaba de pensar en la situación crítica que se vivía en Las Trojas del Viento. En medio de sus preocupaciones recordaba las historias que en secreto el pasado guardó durante muchos años, historias que escribió Lázaro Cantero, un hombre de letras que con el tiempo se atrevió a publicar sin temor a ser asesinado, hecho que más tarde le costaría el destierro de Las Trojas del Viento; equidistante de la tristeza y el dolor, tuvo que abandonar en contra de su voluntad el pueblo.

Recordó De la Calma uno de esos días atrasados por el tiempo, cuando aún no existía el negocio de la funeraria, la vez que llegó Lázaro cogido de la tarde a su rancho y le dijo entrando con voz fuerte y desesperante:

—¡De la Calma!, nadie se acostumbra a la violencia, el ser humano no está hecho para ver derramar la sangre de sus propios hermanos, el día menos pensado verás lo que va a pasar en este pueblo, aquí han ocurrido cosas que algunos ignoran. Hoy traigo en mis manos algo que escribí hace muchos años, es una crónica que habla de la familia Carmona, la cual titulé “El otro destino”, por cierto, el Comandante me prohibió publicar en la época en que yo quería ser periodista; pero hoy sí la va a leer todo aquel que quiera.

Cantero, después de despedirse de José De la Calma se dirigió sin temor a ser apresado por los hombres del Comandante a la plaza principal del pueblo. Al llegar, desenrolló el escrito y con almidón de yuca amarga lo adhirió a las paredes del templo. Allí, durante un largo rato permaneció sentado en una de las bancas de la plaza principal; el lugar más frecuentado por la gente del pueblo. De ese sitio no se movió

cuidando los papeles que había pegado. La romería de hombres, mujeres y niños que habían arribado de todos los rincones de Las Trojas del Viento, se agolpaba en el atrio de la iglesia empujándose los unos contra los otros, no cabía otra alma en el lugar; la multitud estaba ansiosa por leer aquello que decía:

“Virgilio Sofanor Carmona, hijo biológico de Juan Carmona y amante clandestino de Sofía, viuda de Carlos Pocaterra, de todo pudo imaginar en su vida, menos que lo llegaran a secuestrar. Cuenta que un día mientras se alistaba para ir a la finca, entraron armados varios hombres a su casa, le taparon los ojos con un trapo y lo obligaron a entrar a un vehículo fantasma, le dieron muchas vueltas por todo el pueblo para más tarde llevarlo a un paraje que nunca había visto. Con el corazón que se le quería salir por la boca lo encadenaron a un árbol; allí, bajo un sol inclemente, Virgilio se asomó a la memoria del tiempo, recordó a su familia, vio como empezaba a sufrir su ausencia. Virgilio Sofanor, contó con sus propias palabras que estar secuestrado es como si uno se estuviera muriendo sin ninguna razón, el corazón se paraliza de un momento a otro, y cuando ya piensa uno que está muerto vuelve a marchar; pero marcha forzado, iesto no se lo deseo a nadie!, expresó esa vez derramando lágrimas. Virgilio no paraba de contar lo que le había ocurrido en aquella ocasión, me decía que había caído ya la noche, y con los ojos encharcados de tristeza, vio cuando uno de los secuestradores se acercaba a él, al llegar a su lado, Virgilio le preguntó que hasta cuándo lo iban a tener amarrado. El tipo le dijo que no sabía, porque las negociaciones no empezaban aún, que esperara, que todo dependía de su familia. Virgilio Sofanor le pidió al hombre que le dijera de qué clase de negociaciones hablaba, si él solo era el capataz de la finca, que lo único que tenía de todo lo que allí había, eran las puertas para salir, que estaban equivocados al pensar que esa propiedad le pertenecía, que se dejaran de pendejadas, que le permitieran irse a casa, que se dieran cuenta de que no era más que un simple cuidandero, el delincuente soltó la risa y se alejó. Al hombre

que llevaba cubierto el rostro con una capucha lo asaltó la duda, esa misma duda empezó a darle vueltas en su cabeza, le daba vueltas y vueltas, de tal forma, que no tuvo otra alternativa que dejar por un momento al atormentado y afligido hombre para acercarse a sus secuaces, quienes al escuchar el mensaje que había transmitido de la víctima, de inmediato decidieron investigar a quién habían secuestrado realmente. Todo parecía confirmar lo que Virgilio decía, ya que nadie se había pronunciado sobre el hecho, los secuestradores trataron de establecer contacto con la familia de Virgilio, pero no fue posible. Avanzado el tiempo, lograron por fin comunicarse con el resto de los cuidaderos de la finca, quienes confirmaron al jefe de la banda que, efectivamente, estaban equivocados, ya que el dueño por temor a que lo secuestraran, nunca se presentó como propietario. Cuando regresaron al sitio donde se encontraba Virgilio, este pensó que lo soltarían, pero ocurrió algo con lo que el secuestrado no contaba; un miembro de la banda era trabajador de la finca, quien desde un principio sospechaba que Virgilio ya lo había identificado. 'Yo sabía —relató Virgilio— que ese que en una época fue mandadero del Comandante, un tal, Cachete 'e nalga, quien decía ser mi gran amigo, mi compadre de sacramento, pertenecía al grupo de malhechores. Entonces, decidí quedarme callado para evitar que me mataran'. Ese sinvergüenza había dado la información necesaria para cometer el delito, estaba seguro de que Virgilio, su amigo y compadre, era el dueño de dicha finca, ya se lo había dicho en cierta oportunidad. 'Cuando entré a trabajar —prosiguió Virgilio —, el dueño me pidió que dijera que todas esas tierras me pertenecían, fue la primera condición que me puso para darme el empleo'. Virgilio sabía lo que le esperaba, la misión debía cumplirla el mismo compadre, los bandidos no podían dejar cabos sueltos, por tal razón, el pobre hombre había sido sentenciado a muerte, tenía que morir. Fue entonces cuando empezó a rogarle a su compadre, a quien le había tendido la mano para ayudarlo, a quien le había matado el hambre, que por lo que más quisiera en la vida, no lo matara, que averiguaran por el verdadero

dueño de la finca, que este podría pagar algo por el rescate; pero me dijeron que el problema ya no era el dueño ni el rescate, que quien los tenía envainado era yo. El verdugo decidió aplazar la ejecución para el día siguiente, la víctima pensó que no era mala la idea. Virgilio contando su historia, dijo que alcanzó a ver la cara de la muerte, la vio de frente cuando aquel asesino le apuntó a la cabeza, 'ivea compadre, eso es cosa seria, eso es algo horrible, ahí sí es verdad que a uno por muy macho que se crea se le cruzan los mojones!'. El reloj avanzaba más rápido, Virgilio se reclinó sobre el tronco del árbol, y por los intersticios de su última nostalgia entró el recuerdo de Sofía, el amor de su vida, su eterna compañera, la única mujer que aceptó compartirlo con otras... la vio cuando salía alegre a recibirlo después de las faenas del río, la vio en la juventud de sus primeros amores, también la vio ayudándolo a descargar la canoa llena de pescado, de yucas gigantes y un pedazo de mar envuelto en el deseo de un nuevo encuentro. Virgilio Sofanor, en su afán por detener el tiempo, se encontró de nuevo frente a su verdugo, todo había fracasado, el propietario dijo que no sabía de quién le hablaban, que en su vida jamás había escuchado el nombre de ese tipo. El secuestrador levantó el arma apuntando de nuevo. 'Señor periodista —continuó—, yo le gritaba con lágrimas en los ojos ino me mate compadre!, iperdóneme la vida, tengo una familia que sostener! Seguía implorando: ¡Le juro que no voy a decir nada de esto a nadie!, ideje que me vaya, hágalo por lo que más quiera!, idónde están sus sentimientos! El compadre bajó el arma y miró a los otros hombres que observaban la escena, pero ellos le dijeron que tenía que matarlo, de lo contrario el muerto sería otro'. Virgilio con llanto en los ojos, reanudó el relato: 'Volvió a apuntar otra vez sobre mi cabeza, me dijo que lo sentía mucho; seguí implorando, las lágrimas ya no me dejaban ver bien a mi compadre, me di cuenta de que también lloraba... En la historia que narraba, Virgilio hizo una pausa para decir: 'Vea amigo, esto que le estoy contando no es fácil, parece como si lo estuviera viviendo otra vez, iperdóneme!, la verdad es que no puedo

evitar las lágrimas'. Cuando el hombre superó la tristeza, secó sus ojos y continuó suplicando al inclemente verdugo. '¡Compadre!, yo no tengo la culpa de ser pobre, evite este dolor a mis seres queridos, ¡compadre!, usted no alcanza a imaginarse el sufrimiento que les causaría, mis hijos están pequeños, arrepíentase de lo que piensa hacer'. De repente, en medio de las lágrimas a Virgilio se le ocurrió decirme que lo mejor era dejar la historia para otro día, el llanto no lo dejaba hablar, en vista de esto, le pedí que se calmara, que no se preocupara, que yo volvería después para continuar escribiendo la historia. A la mañana siguiente, volví a visitar el rancho de aquel hombre, cuando pregunté por él, su compañera extendió la mano y me entregó una carta que decía: 'Amigo periodista, seguro estoy de que, al recibo de la presente, ya estaré muy lejos de aquí, quizás, ya esté cruzando la ciénaga del olvido, quiero volver a lo que siempre he querido ser, un pescador, no fui capaz de terminar la historia que le empecé, por eso decidí mejor terminar de contar con estos garabatos el final. Como le decía, después de tantas súplicas, viendo que mi compadre estaba decidido a matarme, no tuve más que ponerme a rezar, le pedí a Dios que metiera su mano, que no me abandonara, que mi familia me necesitaba. Mientras yo rogaba al Altísimo, aquel traidor afinaba la puntería, yo sólo veía cómo colocaba el dedo sobre el gatillo, alcancé a ver la esperanza cómo iba y venía en el deseo de continuar con vida, presionaba y soltaba, como si dudara por un instante hacerlo; él, miraba a los compañeros, estos amenazantes, enseñaban sus armas. Me convencí de que por mucho que mi compadre intentara arrepentirse de lo que pensaba hacer ya no podría echar marcha atrás, todo estaba perdido, la esperanza se me había escapado por los vacíos de la resignación, la muerte ya estaba encima, era inevitable. En medio del forcejeo de la angustia, vi cómo el hombre se acomodaba para disparar, llevó el arma hasta su hombro derecho, buscó la mira y me encontró allí recostado sobre el tronco del árbol, yo estaba en ese lugar, indefenso, amarrado como un animalito que espera el sacrificio, me di cuenta de que aquel hombre realmente no

deseaba acabar con mi vida; sin embargo, tenía que hacerlo, decidido a disparar me dijo que lo perdonara, que no había nada que hacer, cerró los ojos y tiró del gatillo, aquella explosión no fue propiamente la de un fusil, el sonido parecía como el destello de mil rayos de luces estrellándose contra la tierra, la enorme cantidad de luz enceguecedora me hizo cerrar los ojos, la cadena que me ataba al tronco se partió en pedazos. Cuando abrí de nuevo los ojos no vi nada, todo estaba en completa oscuridad, en medio del desconcierto sentí que alguien me levantaba, cuando me incorporé alcancé a distinguir los cuerpos de los secuestradores regados por todas partes, no entendía qué había pasado, al mismo tiempo escuché el sonido suave de algo que flotaba en el aire, era una nube llena de luz resplandeciente que poco a poco se fue alejando, se fue perdiendo, como decía Aniceto Molina: ¡hasta el sol de hoy mana pacha...! Y ahora señor reportero, con permiso, tengo que descansar, mañana debo viajar a otras tierras y algo más que le quería decir, es posible que no crea la historia, pero no se preocupe, no es el primero ni el último”.

Tiempo después, llegó de imprevisto a Las Trojas del Viento una brisa tras otra brisa que se fue transformando en un huracán sin fronteras, aquel fenómeno natural, barrió todas las plantaciones que encontró a su paso, no quedó una sola mata de guineo en pie; el cultivo de yuca, plátano y maíz, fue arrasado por la corriente de agua que escapó del río, el pan de cada día, se escurrió por los canales de la desesperanza. Las canoas de los pescadores que se encontraban amarradas en las estacas del puerto, fueron arrastradas hasta la ciénaga del olvido, los alcatraces volaron sobre los confines del Azul del Cerro; allí, sin detener el vuelo por un largo rato, esperaron donde posar de nuevo. Las láminas de zinc con las que estaban contruidos los techos de las colmenas del mercado planearon sobre el mar, el antiguo almendro de más de cien años de existencia, fue derribado por el viento, el gigantesco árbol cayó sobre las mesas de las vendedoras de pescado acabando con los sueños de las familias más humildes del pueblo. Los ranchos quedaron despelucados en medio de la

fuerte e incesante lluvia que no dejaba de caer sobre el pueblo. Las gallinas, los perros y los gatos buscaban tierra firme al lado de las tangas y una docena de gaviotas extraviadas que no dejaron de sobrevolar un solo instante el cielo de Las Trojas del Viento.

Mientras tanto, desde el balcón de la antigua casa de madera que heredara en el pasado Sara Meléndez, se encontraba el Comandante dando órdenes a sus hombres, les exigía estar pendientes de cualquier asomo de protesta por parte del pueblo; sin tener en cuenta que el único culpable de la inundación había sido él. La situación que vivía en ese instante la gente de Las Trojas del Viento fue una tragedia anunciada por los pescadores, quienes les habían venido advirtiendo que en cualquier momento uno de los muros de contención se iría al suelo debido al mal estado en que se encontraban; el Comandante en esa ocasión hizo caso omiso a dicha petición.

Ese día, Rosa Lafont en medio del lodo recorrió el puerto de arriba abajo citando con rabia desde la muralla principal un pasaje de la biblia que repitió en voz alta hasta el cansancio:

—Más cruel que el mayor de los tiranos es el demonio que procura subyugar el mayor número de almas, con astucia y con engaños. Él quiere tener un reino en el cual, sin ser visto, sea escuchado de buena gana, y no por la fuerza, como sucede en su reinado de odio, furor y discordia... —concluyó las palabras con un grito desgarrador que se escuchó por todas partes— ¡Nojooodaaaa, si existe Dios, por qué permite tanta maldad... de lo contrario entonces que venga el maldito diablo y nos lleve a todos!

Distante de allí, a las afueras del pueblo, se encontraba el Comandante, quien al escuchar la petición lastimera que hacía aquella mujer, de inmediato se echó la bendición. Con temblores en las piernas, pidió un taburete, lo recostó a un almendro que daba sombras al antiguo local donde años atrás había funcionado El Cocuyo, el burdel más famoso que se fundara en Las Trojas del Viento, prostíbulo que empezó en la época en que apareció el auge del algodón y la transitoria bonanza de la marihuana, la misma que después de ser lo

mejor que había llegado a la zona, dejó en la ruina a todo aquel que hizo contacto con dicho cultivo. El Cocuyo, fue el único negocio de prostitución que se daba el lujo de traer a las mejores putas del interior del país, todas venían en busca de la prosperidad que se vivía en la antigua zona bananera; con ellas, arribó Petrona Luna con un guacal de angeo lleno de cucarachas, una voluptuosa mujer de piel morena, con un lunar que lucía a un lado de la barbilla, y unos sutiles vellos en la cara que la hacían irresistible ante los hombres; era la única costeña de aquel grupo. Petrona Luna procedente de las sabanas de Córdoba, quien después de compartir durante muchos años su vida con José Vicente Becerra, un hombre a quien no hubo una sola mujer a excepción de Petrona Luna, que le aguantara en la cama sus rebuznos descontrolados. Una mujer que después de andar del timbo al tambo, resuelta a lo que fuera y sin medir consecuencias decidió entregar todos sus encantos a pescadores, recogedores de algodón, cultivadores de mariguana, turcos mama santones, cachacos mala clase, a bananeros que aún quedaban en la región y a los maquinistas del último tren que quedó después de la bonanza del banano. Aquella mujer, quien heredó la aventurera vida de la Paletó, decidió vivir para siempre en Las Trojas del Viento; allí, se estableció al lado de Rosa Lafont su inseparable amiga.

En esa estación confusa del tiempo, las mujeres que más abundaban en las cantinas y reservados fueron las francesas, apetecidas por su languidez, la piel blanca y el olor a Tabú, mujer que se respetara en esa época, usaba esta fragancia para atraer al cliente. A estas, les siguieron las del interior del país, quienes eran muy codiciadas por tener cuerpo de lagartija platanera. Desde el primer día en que se abrieron las puertas al público, el Comandante nunca dejó de participar en las grandes bacanales que se daban en dicho negocio. Allí conoció a Rosa Lafont, quien, durante su perpetua vida en Las Trojas del Viento, trabajó en reserva esa clase de negocios. En El Cocuyo, Rosa Lafont hacía las veces de adivina, quien a través de las cartas les leía el futuro a las putas y a los maricas

encargados de atender la clientela. El Comandante jamás pudo olvidar la espantosa noche que vivió la vez que se le dio por irse sin pagar la cuenta. En esa ocasión, dijo que no pagaba un carajo, y que hicieran lo que les diera la gana. Rosa Lafont le dijo al dueño del establecimiento que lo dejara ir, que no se preocupara, que él tenía que volver a las buenas o a las malas. El Comandante llegó a su casa, abrió la puerta del patio para salir a orinar, cuando se bajó la cremallera del pantalón e introdujo los dedos, descubrió que no tenía con qué, de inmediato se le pasó la borrachera y pensó en la pitonisa, sin perder tiempo se devolvió, cruzó el puente sobre el río y echó a correr por una carretera que le pareció no tener fin. Cuando llegó al burdel todo maltrecho y empapado en un sudor agrio y maloliente, ella le preguntó:

—¿Qué se le perdió mi Comandante? —Rosa Lafont hizo la pregunta en son de burla.

—¡Tú respondes por lo mío, maldita bruja! —expresó el Comandante retorciéndose a causa del fuerte dolor en los testículos.

—Sí, yo respondo, pero cuando usted responda por la deuda que dejó pendiente.

—Me devuelves ahora mismo lo que me quitaste —insistió desesperado el Comandante.

—Tranquilo, entre al cuarto de los morosos, encima de la mesa encontrará lo suyo —terminó diciendo Rosa Lafont.

Cuando el Comandante entró al lugar indicado, en una mesa grande fabricada en cedro, en dicho mueble, no cabía otra deuda, había deudores de todas las clases. Allí, reposaban muchas garantías de pago ya enmohecidas por el tiempo, algunas de clientes fallecidos, otras sin reclamar debido a la avanzada edad de sus dueños. El Comandante a través de la tenue luz que alcanzaba a dar un pequeño bombillo rojo en el cuarto, raleo la superficie del mueble sin poder encontrar lo que buscaba; cuando pudo adaptar sus ojos a la poca iluminación del reducido espacio, vio lo que los ojos de un hombre pocas veces en la vida se atreven a ver de frente; allí, tropezó con un verdadero ejemplar, algo que cualquier hombre

envidiaría, tenía el tamaño que acompaña la naturaleza del burro; recordó en ese instante, al negro José De la Calma y con salvaje desproporción. De manera furtiva se la midió y le quedó perfecta, cuando salió a pagar la deuda con el rostro radiante de emoción por haber encontrado lo que siempre había anhelado tener para el disfrute total de su existencia, Rosa Lafont le dijo:

—¡Esa no es la suya Comandante! Esa tiene una deuda muy grande que usted no es capaz de pagar por lo tacaño que siempre ha sido.

—¿Y de cuánto es la deuda si se puede saber? —preguntó el Comandante.

A lo que respondió la mujer:

—El dueño de esa está debiendo: treinta y siete botellas de ron caña, treinta cajas de cerveza, dieciocho sancochos de gallina criolla, una palangana de chicharrón, cuatro decenas de cigarrillos Piel Roja; además de eso, hay que sumarle cinco putas y dos maricas que se llevó la última noche que estuvo en este negocio.

—Dejemos entonces las cosas como están, yo me llevo la mía —expresó con voz de resignado el Comandante.

En la paradójica contemplación del transcurrir del tiempo de la violencia que se vivía en Las Trojas del Viento, Lázaro Cantero vio un futuro incierto en la gente del pueblo, no lograba entender, cómo era posible que en el mundo existieran seres tan crueles y perversos como era el caso de los desalmados hombres que mataban sin clemencia a las personas y a los animales, a humildes pescadores que representaban el sustento de sus familias, a unos pájaros que lo único que hacían era sacar a los habitantes de la rutina de estar viendo muertos todos los días. Allí, los hombres al servicio de la desgracia del pueblo no respetaban a los alcatraces que traían alegría a los niños que vivían aburridos esperando a que el Comandante autorizara el regreso al colegio.

Lo que más le horrorizó ese día fue ver la forma despiadada y cruel como le dieron muerte al hijo de un humilde pescador

quien, en estado de embriaguez, le gritó la verdad en la cara a un forastero que no hacía muchos días había llegado de arriba a tomar tragos en una de las cantinas de la calle del ferrocarril, la famosa calle de las putas, lugar donde se concentraba la mayor parte de los putiaderos de Las Trojas del Viento. En esa ocasión, Cocobolo, como le solían decir al hijo del pescador, un hombre trabajador quien vivía en el barrio Media Tapa, cerca del río, se encontraba dialogando con sus amigos de parranda, cuando el forastero le pidió que bajara la voz porque no lo dejaba escuchar bien la música. En el momento en que Cocobolo se levantaba del asiento donde se encontraba, el tipo sacó un arma para decirle que tenía que salir del negocio y largarse a la calle, de lo contrario, si lo volvía a ver por esos lados le metería un tiro en la cabeza; el amenazado antes de irse le dijo que no se preocupara, que él se iría para otra cantina, pero que supiera que en Las Trojas del Viento la gente ya estaba harta de tanta violencia, que él no era más que un extraño que se creía el chacho de la película, que mirara bien lo que hacía porque estaba en tierra ajena, que no era más que un marica cobarde. Antes de marcharse le dijo que por qué no guardaba el arma y se les medía a los puños a ver qué tan macho era. Cuando el padre de Cocobolo se enteró de lo ocurrido, salió en busca del hijo, lo encontró dormido en un taburete de cuero recostado a la sombra de un palo de mango; allí, lo habían acomodado los vecinos del barrio con el fin de reposar la borrachera. Ya recuperado del exceso de tragos que había ingerido, su padre lo obligó a que se levantara porque debía ofrecerle excusa al señor que había ofendido diciéndole que era marica, que recordara que él siempre le había dado buenos ejemplos de convivencia, que los mayores merecían respeto. De inmediato el hijo se incorporó y se dispuso a complacerlo. Cuando llegaron a donde el forastero se encontraba, se dirigió a este para decirle que le traía al hijo para que se excusara por haberlo irrespetado; Cocobolo se arrodilló pidiéndole que lo perdonara, que lo que había dicho no era más que cosas de borrachos, el forastero sacó de nuevo el arma, le puso el

cañón en la frente cumpliendo la amenaza que había proferido en contra de aquel inofensivo habitante del pueblo; antes de dispararle le dijo que aprendiera a respetar a los hombres y para que no lo volviera a hacer era mejor matarlo, más demoró haciendo la sentencia cuando ya le había vaciado todos los tiros en la cabeza. El hecho consternó a Las Trojas del Viento para siempre.

Lázaro Cantero no soportaba el desmán, la injusticia, la desgracia y el atropello al que estaba siendo sometido su pueblo; entonces, expresó lleno de rabia y dolor, sin temor a ser víctima del acostumbrado ataque del Comandante:

—¡Hoy estamos de duelo!, los secuaces de este bandido están acabando con la poquita paciencia que nos queda, están violentando la existencia misma, quieren aterrorizar a todo el mundo con el fin de quedarse con lo que no les pertenece.

Las palabras de Lázaro Cantero de nuevo fueron reprimidas por una ráfaga de ametralladora que dejó paralizado el ambiente. Era la fuerza pública que se había apostado de manera estratégica en las esquinas de la plaza. Nadie tuvo tiempo de escapar.

—¡Llegaron los asnos en sus bestias! —alcanzó a gritar uno de los asistentes.

—¡Maldita sea! Agarraron a Lázaro Cantero —exclamó el viejo Corrales, quien también se encontraba en la multitud.

El Comandante había ordenado a sus hombres atrapar vivo o muerto a Lázaro Cantero, este se había atrevido a denunciar los atropellos que recibían los habitantes de Las Trojas del Viento, el Comandante sabía que vendría una comisión internacional que hacía parte de la Organización de Derechos Humanos a investigar.

Cuando la caterva de hombres armados preguntó por el líder; nadie contestó. Quien comandaba el grupo, con una actitud amenazante advirtió:

—¡Nos entregan a Lázaro Cantero ahora mismo o, de lo contrario, nadie se va a escapar de la cárcel!

Dos hombres mal encarados con los uniformes llenos de barro mezclado con boñiga de vaca descendieron de los

caballos para obligarlos a hacer una fila, repararon una a una las caras de los hombres que allí se encontraban, con tan mala suerte para los bandidos, que entre los rostros no se encontró el que buscaban. Una vez más, Lázaro Cantero estaba lejos del alcance de sus perseguidores. Se había escurrido a través de la multitud sin que nadie se diera cuenta.

Mientras esto ocurría, distante del lugar diezmado por las injusticias —más allá del territorio de los indios, donde los grupos armados al margen de la ley se encontraban regados por todos los lados de la Zona Grande—, en el “Bar las Acacias”, ubicado en la parte céntrica de la ciudad de Barranquilla, a mitad de cuadra de la 38, para mayor precisión, la famosa calle del crimen, en el primer piso de una vieja edificación de grandes puertas y balcones carcomidos por el salitre longevo del tiempo, en las afueras, totalmente rodeado de ventas de cacharros y demás sitios de lenocinio, de un momento a otro, entre las luces de neón hizo su aparición por la puerta principal de aquel bar un hombre alto con un maletín negro en su mano derecha, quien al entrar miró el reloj de pulso bajo la intermitente luz que allí había. En el interior del establecimiento observó que la mayoría de las mesas se encontraban ocupadas por clientes que eran acompañados por las voluptuosas y traslúcidas mujeres que hacían las veces de meseras, una de ellas se levantó para invitarlo a sentarse muy cerca de la barra en una pequeña mesa al lado del refrigerador, la mesa tenía los cuatro asientos desocupados, el hombre recostó el maletín en la pared, y pidió una cerveza para calmar la sed, lentamente absorbió hasta el fondo el contenido de la botella. Por momentos, miraba su reloj a la vez que observaba con atención la entrada principal del bar.

Después de transcurrir un largo rato se pudo notar en aquel hombre un inusitado desespero que no dejaba de preocupar a los asistentes, de vez en cuando fijaba sus ojos en el color que daba aquella luz en los dientes de las mujeres cuando reían, el forastero trataba de encontrar una explicación al efecto resplandeciente que producía aquel fenómeno en medio del destello de luces que salían disparadas de una

esfera de vidrio fragmentado que colgada del techo sin dejar de girar un solo instante.

Media hora más tarde, entraron dos personajes; un hombre alto y extremadamente delgado acompañado por una mujer de mediana estatura, se dirigieron a la mesa donde se encontraba el desconocido. Después de un corto saludo los dos visitantes se sentaron, la mujer, debido al excesivo volumen de la música indicó con los dedos, cervezas para cada uno de ellos. Quien había llegado primero al punto de encuentro se puso unas gafas de aumento y prosiguió a sacar del maletín un mapa trazado en papel pergamino.

—Mis amigos —dijo—, en este mapa se encuentra el sitio a donde vamos a viajar, hay que hacerlo, llegó el momento de moverse a ese lugar, hace meses que recibimos la información y esta es la hora en que no hemos hecho nada, tenemos tiempo suficiente para preparar el viaje, hoy mismo y sin perder un segundo más saldremos para Las Trojas del Viento.

—Jefe —habló Valentina, la única mujer del grupo—, comprendo el interés que usted ha demostrado en hacer este peligroso viaje, el cual se ha venido preparando desde hace varios meses, agradecemos que nos haya tenido en cuenta dentro de sus planes, entendemos que no hay más alternativa que cumplir con el compromiso que adquirimos; pero comprenda mi temor... dadas las circunstancias de anteriores experiencias con otros investigadores que no tuvieron éxito, aquello fue un fracaso, una tragedia que no se puede olvidar, ninguno de los que intentó la hazaña se encuentra hoy con vida.

—No digo lo contrario mi estimada compañera —expresó el jefe de aquella misión—, pero considerando que ustedes son los mejores y más destacados detectives de la agencia, con una gran experiencia en contraespionaje, veo la posibilidad de triunfar en este intento. En adelante deberemos tener más cuidado con estos encuentros, puesto que ustedes saben la astucia que caracteriza al enemigo que nos espera. No siendo más, nos vemos en la Plaza San Nicolás a las tres de la tarde con el fin de ultimar detalles en el hotel, tratar de

dormir bien para de esa forma poder llegar al Caño de la Auyama bien madrugados, y así poder partir en la primera lancha rumbo a la Gran ciénaga. Después de cruzar el río estaremos navegando durante tres horas aproximadamente por aguas tranquilas hasta llegar a la desembocadura de la ciénaga. Allí, contrataremos unos remeros que nos llevarán navegando por el mar hasta un caserío de pescadores que se encuentra cercano a la costa, pasaremos la noche en ese lugar para reanudar el viaje al día siguiente. De ese lugar, viajaremos hasta donde se dio la masacre que nadie ha olvidado y, que muchos han escrito acerca de ese acontecimiento. Después, tendremos que salir en las horas de la mañana hacia el pueblo más viejo de la ciénaga, en ese lugar, hablaremos con pescadores que conozcan bien la ruta, quienes nos guiarán sin riesgo de perdernos hasta las Trojas del Viento, nuestro destino final.

El grupo de investigadores tenía la misión de encontrar a un comandante que había dado la orden de matar a todos los que no estuvieron de acuerdo con los atropellos que se dieron en las fiestas tradicionales; este, era el causante de la masacre que señaló la ruta de la presencia de los grupos armados al margen de la ley en ese lugar. Hombres que se hicieron pasar por turistas para incursionar en la celebración de la Virgen del Carmen, y luego, asesinar a 2 jóvenes totalmente indefensos. Criminales que, después de este sangriento y doloroso episodio, se trasladaron al campo con el fin de masacrar a 9 labriegos que intentaban recuperar sus tierras. Aquel suceso fue un verdadero acto de barbarie.

—Jefe —preguntó Albert—, ¿usted está seguro de que en ese pueblo está el famoso Comandante que menciona el informante?

—¡Por favor, hermano! —reaccionó el jefe— no hable de eso aquí delante de la gente, usted sabe que es peligroso. ¿Cómo se le ocurre hacer esa pregunta en público? No olvide que hay que ser más prudente.

—Pregunto... porque es nuestro objetivo principal, jefe; pero descuide que en adelante tendré más cuidado.

Ninguno de los tres se dio cuenta de que en la mesa contigua a la de ellos, un hombre que portaba unas gafas oscuras, vestido de negro, con un sombrero de alas grandes que le llegaban hasta los ojos trataba de escuchar con una mano puesta en una de sus orejas, quien después de lograr su cometido se levantó de la mesa y con sigilo salió del bar dejando de paso en la portería un papel que el vigilante guardó en su billetera con sumo cuidado.

En medio de las invariables luces, quienes habían terminado los preparativos del viaje: Paul, el hombre que hacía las veces de jefe, Albert y Valentina, se levantaron de donde se encontraban para salir del bar uno detrás del otro. Al pasar por la portería, ninguno de los tres se dio cuenta del flash de una cámara polaroid con la que se había capturado la imagen de los tres.

Llegó el día y la hora acordada. Como siempre, Paul llegó primero que el resto, ocupó un puesto en una de las bancas de la plaza y esperó por más de dos horas sin que aparecieran sus compañeros. De mal humor por la demora que habían tenido los detectives, se levantó del asiento de concreto y decidió caminar la plaza sin perder de vista el sitio donde se había concertado la cita. Con una hora de retraso, apareció la detective Valentina un poco nerviosa, se disculpó ante el jefe diciendo que el transporte le había sido difícil por fallas mecánicas del vehículo encargado de trasladarla hasta el sitio indicado.

Cuando recibió algunas recomendaciones de Paul, manifestó cierto disgusto por la demora de Albert. Transcurrieron dos horas y el hombre no apareció. Entonces Paul de forma resuelta habló con Valentina con el fin de regresar y exigirle al detective una explicación por su tardanza; a la vez que decidiera si estaba o no resuelto en emprender el viaje, porque de lo contrario se irían sin él, debido a que el incumplimiento y la irresponsabilidad solo traerían problemas que a la hora de la verdad conducirían al fracaso; además, no estarían dispuestos a fallar como ya les había ocurrido a otros. Al llegar Paul y Valentina a la residencia de Albert, se encontraron con que

este no estaba en casa, esto les preocupó; entonces, preguntaron al encargado dónde encontrarlo, quien les informó que desde el día anterior no lo habían vuelto a ver. Luego, se dirigieron a la oficina de detectives, allí, les dijeron que había sido atacado a mansalva de manera alevosa por unos encauchados cerca del Teatro Mogador; que le habían propinado dos puñaladas en el brazo izquierdo al tratar de defenderse, una tercera puñalada en la pierna derecha a la altura del fémur y que si querían verlo podrían acompañar a la sala de recuperación de la clínica donde se encontraba el herido.

Los compañeros al entrar a la habitación donde estaba recluida la víctima del ataque, este se alegró al verlos, pensaba que habían emprendido el viaje sin él. Albert les dijo que no se explicaba el porqué estaba vivo, que por poco lo asesinan sin mediar palabras, que todo había sido tan rápido que no hubo tiempo de reaccionar con su arma de dotación, que los escasos conocimientos en artes marciales que había adquirido lo salvaron de la muerte.

Debido a lo ocurrido, los preparativos del viaje que tenían planeado fueron postergados para más adelante; si era posible, hasta cuando lo dieran de alta y estuviera en forma el detective. Valentina dudó de la razón por la cual había sido atacado su compañero, presumió que la agresión no había sido con la intención de robarle, consideró que el incidente no se dio debido a un atraco. Paul también sospechó que no podía ser con el fin de atracarlo, sino que la intención de los encauchados había sido sin lugar a duda, eliminarlo para que no pudiera viajar a Las Trojas del Viento.

En una reunión ultrasecreta y con todas las precauciones que son requeridas por razones de seguridad, se concertó un nuevo plan de viaje. El cual incluyó: una cámara fotográfica con dispositivo infrarrojo para fotografías nocturnas, tres pistolas automáticas con suficiente pertrecho, un maletín que contenía una colección de bigotes, barbas postizas de varios colores y gafas oscuras; aparte de todo esto, tres colchas para dormir.

La comisión logró entrar a Las Trojas del Viento un viernes a las cuatro de la madrugada bajo una leve brizna de hielo procedente del mar; pero, jamás se volvió a saber de quienes conformaban aquel grupo de investigadores.

Al día siguiente, de un momento a otro el sol se nubló durante el paso de una bandada de alcatraces que entraban por los lados de la ciénaga. A pesar de la poca luz que había, José De la Calma pudo terminar el ataúd para el forastero. Decidió entonces sentarse a esperar a que alguien le ayudara a introducir el cadáver en dicho ataúd. No había transcurrido mucho tiempo cuando apareció el padre Manolo quien venía pensando en las proclamas de Rosa Lafont.

—¡Padre Manolo! —le gritó el carpintero— quiero que me haga un favor.

—¿Para qué soy bueno, hijo mío? —preguntó el cura y continuó diciendo—, tú sabes de buena letra que estoy para servirle a la comunidad.

—Padre, es para que me ayude a meter este muerto al ataúd, está muy pesado.

Mientras introducían el muerto, el padre Manolo dijo:

—Mi amigo, no sé qué es lo que le pasa al Comandante, se opone a que vivamos en armonía como hermanos que somos, quiere que los habitantes de Las Trojas del Viento abandonen lo poco o mucho que han logrado en la vida. La Zona está llena de gente mala, no hay un solo caserío que no esté invadido por grupos de bandidos que son financiados por los ricos que pretenden adueñarse de sus tierras. En las Trojas del Viento el tiempo ha transcurrido al lado de la indiferencia, estamos permitiendo que este gobierno asesino siga masacrando a víctimas inocentes, aceptando que la podredumbre del poder que nos gobierna haga con nosotros lo que le venga en gana. Esto de sacar a Las Trojas del Viento del infierno en el que ha estado hundida, es encargo de todos los que vivimos en este pueblo, no de uno solo. Estaremos mejor cuando razonemos que no podemos seguir apoltronados encima de nuestra desgracia esperando a que Lázaro Cantero vuelva para sacarnos de este infierno que estamos viviendo.

—Padre Manolo —interrumpió el carpintero— aguante el burro ahí, ¿no cree usted que eso de estar denunciando vainas en este país es gastar pólvora en gallinazo?

—No creo —respondió el cura— esto hay que detenerlo, hay que hacer algo, si no lo hace Cantero lo hace otro con más cojones, ya basta de cobardía, el mundo entero debe enterarse de lo que está pasando en este pueblo, los de afuera deben saber que es el lugar de la tierra donde más crímenes y secuestros se cometen, que la mayor parte de los gobernantes son corruptos, que hay miles de personas desaparecidas, y lo que es peor... nadie da razón de ellas.

—Pero siéntese padre, nunca lo había oído hablar así —dijo emocionado el carpintero.

—De la Calma, creo que hablé más de la cuenta, ya no hay más nada que hacer aquí, mejor me voy, hazte el cargo de que hoy no me has visto.

A los pocos días de haber ocurrido la desaparición del grupo que había llegado a investigar al Comandante, cientos de alcatraces hacían su arribo al puerto; no muy lejos de las preocupaciones del padre Manolo, José De la Calma saboreaba en su boca las últimas gotas de un trago de ron caña de "cuatro dedos escarraleaos", algo que solía hacer todos los días para templar el pulso antes de empezar su angustiosa faena. Cuando se disponía a desplegar la puerta del corral de las gallinas, apareció Rogelia frente a él con una cara llena de alegría y satisfacción. De la Calma, aún con el tormento en la cabeza de no haber encontrado una sola pista para descubrir quién era el muerto que aún mantenía en hielo, preguntó a su mujer:

—Y ese entusiasmo a qué se debe mi reina.

—José De la Calma, anoche tuve un sueño con Lázaro Cantero, soñaba que éramos niños aún —le contestó Rogelia sonriente.

—Otra vez con los benditos sueños —murmuró el marido para después preguntar— ¿qué soñaste?

—Soñé que viajábamos en un arcoíris, fue un sueño feo y bonito. Al pobre Lázaro, quien era el más pequeño, le decían

“Patepalo”, le faltaba una pierna a causa de una bomba, esas que ahora le dicen quiebrapatatas, sufría mucho su desgracia porque él no podía correr ni saltar cuando intentaba jugar. Ese día fuimos a ver volar a los alcatraces, ver como el viento remontaba las aves hasta el cielo, era la hora de ellas hacer volteretas en el aire. Como yo estaba cansada de tanto andar por la playa, él me hizo un sofá de arena blandita, la brisa fría que venía del mar me dio sueño, pero él no quería que yo me durmiera, me decía que no le gustaba el país donde vivía porque mataban a la gente buena, porque secuestraban y asesinaban a los hombres, y los niños quedaban sin papá. Lázaro en el sueño, también me decía que añoraba un país en donde no hubiera tanta violencia, donde no existieran guerras. Yo no quería que él siguiera hablando de esas cosas porque se ponía más triste y me daban ganas de llorar. Al caer la tarde, le dije que mirara el sol que parecía una luna gigante y que si yo me dormía que me llamara para irnos juntos a casa. De pronto... cuando el sol empezó a ocultarse apareció un arcoíris gigante, tenía la cola pegada al otro lado del mar y la cabeza hacia nosotros, se vino acercando poco a poco hasta llegar a la playa; entonces, abrió una boca enorme por donde entramos. Cuando ya estábamos adentro, de inmediato se levantó y comenzó a subir al cielo, tenía siete colores que eran los colores de los días de la semana de aquel país de dónde venía, tenía un letrero grande que decía: “Bienvenidos al tobogán de la alegría” y por ese enorme deslizadero llegamos al fondo del mar, había muchos peces, descubrimos que muchos de ellos se pintaban de color cuando atravesaban las paredes del arcoíris, no podíamos creer que aquel arcoíris viviera debajo del mar. Nos reímos mucho cuando vimos el pez martillo jugando con el pez sierra, hacían un ruido que espantaba a los demás peces, la ballena ahuyentaba a los tiburones que no dejaban de molestar a los peces bailarines; lo que más tristeza nos dio fue ver cómo trabaja el pez pala, el pobre tenía que recoger todos los desechos que caían al mar, extraían botellas de plástico, llantas viejas, calderos oxidados y zapatos rotos. Ellos hacían las veces de carros de

aseo, desde muy temprano empezaban a limpiar el mar, sacaban todas las cosas viejas que la gente arroja para contaminar el agua. Después de un buen rato, el arcoíris continuó el viaje, no sabíamos con exactitud hacia dónde nos llevaría. Fue en ese momento cuando emergió a la superficie, ya en el aire, desde ahí nos dejó caer en un lugar que nunca habíamos visto. La impresión que nos llevamos fue grande al ver que se trataba de un pueblo diferente a donde vivíamos nosotros; un lugar con el nombre de "Pueblo Viejo y Bonito". Cuando nos bajamos del arcoíris nos sorprendió que a ese lugar ya habían llegado mis padres procedentes de "Tajamar de las Garzas"; el pueblo donde yo nací, también estaba la familia de "Patepalo", ellos habían llegado en el primer viaje. Lázaro se alegró mucho al verlos, la alegría de mi amigo no la cambiaba por nada, cuando salió a saludar a sus papás descubrió que ya su pierna estaba buena, nadie podía explicarse qué había pasado con la pata de palo con que sostenía el lado izquierdo de su cuerpo; al fin podía correr y saltar, fue en ese entonces cuando el señor que conducía el arcoíris nos gritó: "¡Muchachos! Quien pasa por aquí, queda curado de todos los males de la tierra".

—Ojalá los sueños fueran realidad —dijo el marido mientras terminaba de echarle el maíz a las gallinas.

El Padre Manolo, con el rosario en la mano retomó el camino a la iglesia sin dejar de pensar en las palabras que Rosa Lafont había dicho en el atrio de la iglesia. Pensó que era a él a quien le correspondía decirlas. Por un momento se sintió culpable de la situación que vivían sus feligreses.

En pos de encontrar una solución al problema del cadáver sin identificar, De la Calma no dejaba de pensar recostado en la hamaca. Había transcurrido mucho tiempo de espera, el cadáver permanecía aún en la sala de velación, no aparecía ningún doliente; por tal razón, la situación se hacía más embarazosa para el carpintero. El desconocido que yacía dentro del féretro, seguía con el ojo abierto, era como si estuviera esperando a alguien que lo fuera a reclamar. A José De la Calma le atormentaba la idea de tener que pasar toda la noche

velando a un desconocido. Luego de haber reflexionado un largo rato decidió levantarse de donde se encontraba acostado, sacudió la hamaca y la amarró a uno de los horcones del rancho. Después se dirigió hacia el féretro, levantó la tapa y perforó con el berbiquí la tabla del fondo, con el fin de que el agua que emanaba el hielo saliera más rápido. Puso desde los pies a la cabeza del cadáver, una capa de cal viva para evitar la descomposición del cuerpo, sabía que la víctima no era alguien común y corriente; la forma impecable de vestir aquel personaje, le indicaba que era un muerto importante.

En el declive del día, la brisa que llegaba de los lados del mar refrescaba por pedazos el ambiente de Las Trojas del Viento. El frío envuelto en el calor lo hizo pensar en una creciente, decidió entonces volver a la hamaca. Al estirar una de las piernas para acomodarse mejor, unos gritos de dolor que lanzaba Rogelia Soler desde su alcoba detuvieron el reposo delante la escalofriante presencia del muerto. El hombre con la rapidez que la urgencia tiene llegó hasta donde su mujer se encontraba, Rogelia se retorció de dolor en medio de una enorme cantidad de frascos llenos de menjurjes y ungüentos de todas las clases habidas y por haber.

Aquellos dolores en las caderas se hacían insoportables, se revolvía sudando en la cama como mordida por una serpiente; el ron compuesto que solía untarse en la espalda no hizo efecto esa vez. Como pudo se volteó bocabajo y pidió al marido le frotara fuerte el aceite de tiburón que Rosa Lafont ese día le había preparado con hojas de coca y mentol KQ. Casi que de inmediato, el ungüento penetró a través de los poros hasta llegar al punto exacto donde se encontraba el dolor, el amasijo surtió efecto como lo había dicho la pitonisa; fue lo único que la alivió del todo. La mujer se quedó dormida sobre la ausencia del dolor; pero, ambos sabían que ese alivio sería pasajero. El marido pacientemente le secó todo el sudor del cuerpo, luego le cambió la sábana que destilaba un líquido amarillento, propio de la mezcla del mentol alcanforado mezclado con aceite de tiburón. Posteriormente le puso la tranca a la ventana del patio para evitar que entrara la brisa helada,

cerró con cuidado la cortina de canutos de bambú, dejándola sola en el dormitorio; aquel hombre pensó fugazmente en la muerte de Rogelia.

Al día siguiente, la mañana se estacionó en una canción de Juancho Polo Valencia, la melodía se confundía con el tronar de las palizadas que eran arrastradas por la creciente del río, y el ensordecedor canto de los gallos. Rogelia se encontraba amarrando los alambres para colgar la ropa que no pudo sacar al sol el día anterior, tarareaba las notas de "Lucero espiritual", para ella, esa era la mejor letra del vallenato, decía que no se explicaba, cómo un hombre iletrado hiciera canciones filosóficas. José De la Calma, al escucharla dio un salto desde la cama y cayó al patio, llegó impulsado por la alegría y el entusiasmo de su mujer, cuando la vio parada en el traspatio dándole comida a los cerdos y a las gallinas, se le atravesó un nudo en la garganta que no lo dejaba pronunciar palabra, como pudo, hizo un esfuerzo para después preguntar:

—¿Eres de esta o de la otra?

—De la misma vida en que tú te mueves mi negro —contestó ella.

—¡Rogelia Soler!, no puedo creer lo que estoy viendo —dijo con asombro el marido— ¿cómo es posible que estés levantada? Te juro que había perdido las esperanzas de volverte a ver en este trajín.

—Mi amor... quiero hacerte una pregunta. ¿Tú crees en Dios?

—Para ser sincero —respondió el marido a la vez que miraba al cielo—, no sé ni qué decirte, ¡escúchame bien!, en muchas ocasiones expresé borracho Aniceto Molina, el hombre que más bebía ron en Las Trojas del Viento, que si de verdad Dios existía en el cielo, ya le habría ordenado la muerte al Comandante.

—No hay que fijar la vista en las cosas que se ven —Rogelia le Expresó—, sino en las que no se ven; porque las que se ven son temporales, mientras que las que no se ven son eternas. Dios sí existe, y vas a tener que acostumbrarte a su presencia.

—¿Cómo pruebas la existencia de Dios? —preguntó el marido.

—Muy sencillo, anoche mientras dormía, sentí que alguien me liberó de esa maldita enfermedad que tanto me hizo sufrir, me libró totalmente de esa dolencia que me quería matar, estoy segura de que no fue un sueño, porque aquí debajo del ombligo tengo la cicatriz y los puntos que me cogieron para evitar una hemorragia. Mi negro, no importa quién haya sido, lo mejor que pudo haber ocurrido es que ya estoy curada, ahora quien tiene que cuidarse es otro, tú que trabajas más que un burro, te vas a dejar matar del pícaro y sinvergüenza más grande que tiene Las Trojas del Viento.

—Cómo me gustaría volverme un cólico para meterme en la barriga de ese desgraciado —terminó diciendo De la Calma.

—Eso mismo decía Aniceto Molina y terminó muriéndose primero que él —murmuró Rogelia Soler.

Aniceto Molina había sido un hombre trabajador, un hombre que no aceptaba las injusticias, debido a eso, por estar gritando borracho en las calles del pueblo los atropellos que se cometían en contra de la gente, lo mataron y nunca se supo quién. Solo se escuchaban rumores de que quien lo había mandado a matar había sido el Comandante. Aniceto Molina era el hombre más divertido de Las Trojas del Viento, se ganaba la vida en una carreta de tres ruedas, en la cual transportaba las compras que hacían los clientes de las colmenas del mercado del puerto, nunca fijaba un precio para prestar el servicio hasta la puerta de la casa de quien lo contrataba, se conformaba con lo que le dieran; afirmaba que de esa forma le iba mejor. En esa carreta pasaba el día de un lado a otro, allí dormía y recibía para alimentarse, las sarapas que le guardaban las fonderas del mercado. En cualquier parte estacionaba su carreta para descansar, donde lo cogiera la noche, él nunca pensó en tener una vivienda estable, decía que era preferible vivir la vida sin tener nada que perder. Lo más valioso que tenía, siempre había sido su mujer, la que perdió por culpa de una borrachera de tres días que se dio al lado de una mujerzuela la vez que la fortuna le sonrió en su

vida. En esa ocasión, cuando se encontraba limpiando un canal de desagüe, colocaba el pie sobre uno de los alerones de la pala y hundía con fuerza para extraer algo duro del fondo del agua podrida; que, al parecer, se trataba de una piedra muy pesada. El hombre luchó haciendo uso de las fuerzas que le quedaban hasta lograr su objetivo. La sorpresa más grande de su vida se la llevó al darse cuenta de que lo que estaba en el fondo, no era una piedra, sino una bola de oro que pesaba más de dos libras. Ese mismo día, sin perder tiempo, salió corriendo como loco para venderla en una casa de empeño. Después de recibir el dinero, lo primero que hizo fue comprar veinte cajas de ron caña para tomárselas con sus amigos del mercado. En esos días, tomó ron sin parar un solo instante. No tuvo que ver con más nada, sino, con tomar y tomar hasta el cansancio. Aquella mujer que arruinó su vida, había encontrado el camino de la salvación al lado de un hombre bueno, era la encargada de administrar la gran cantidad de dinero que recibió por el oro encontrado. La fiesta duró hasta el día en que Catalina, como se hacía llamar su compañera de parranda, madrugó para escapar con todo lo que tenía a su alcance. A la mañana siguiente, Aniceto Molina aún seguía durmiendo la borrachera en una mecedora momposina. A Otilia, su mujer, quien lo había estado buscando con extremo desespero por todo el pueblo hacía varios días, le dijeron que a su marido lo habían matado; ella, sin perder tiempo fue a donde le indicaron que se encontraba, al verlo doblado hacia un lado con una mancha de sangre a la altura del corazón cayó al suelo de manera fulminante; la infortunada mujer había sufrido un ataque al corazón. Lo más triste fue que Aniceto Molina no estaba muerto, y no tenía ninguna herida, la sangre que vio su mujer esa vez, era la que brotaba de la cabeza ensangrentada de un gallo que le habían metido en el bolsillo izquierdo de la camisa blanca que usó ese día.

José De la Calma y Rogelia, sabían que les esperaba más trabajo en la funeraria, decidieron olvidarse del muerto, sabían que no era el primero ni el último; pero les preocupaba que al Comandante no le convenía que desaparecieran los muertos;

ya que su negocio dejaba de percibir ganancias. De la Calma nunca podía olvidar lo que el Comandante le decía siempre, "yo no quiero que la gente se muera, lo único que deseo es que la funeraria prospere". La pareja de esposos llevaba a causa de la intranquilidad que generaba la violencia, mucho tiempo sin acariciar los riscos de la pasión, habían decidido dedicar ese día al amor. Parecía empezar para los dos una nueva vida. Acordaron entonces, colgar la hamaca para hacer el amor al aire libre en medio de dos palmeras que se encontraban en la cola del patio. En ese intemperante momento, fueron interrumpidos por el ruido silencioso de un automotor. De inmediato se imaginaron que habían llegado por el muerto. En ropa interior, el carpintero abrió la puerta e hizo pasar a dos mujeres; quienes eran las dolientes de aquel misterioso. Justamente, como lo había imaginado José De la Calma, el muerto pertenecía a una familia de bien, se trataba de dos elegantes damas, ambas daban muestras de refinado comportamiento. Sumergidas en un aire de condesas, el olor del ambiente de la funeraria obligó a una de ellas a taparse la nariz con un pañuelo bordado en hilos dorados que extrajo de la voluptuosidad que dejaba entrever el amplio escote de su vestido. Lucía ropa estampada con flores de todos los colores, en el cabello brillaba una rosa grande, aquella mujer se veía exageradamente alegre, quizás por las flores que le colgaban del vestido. De manera discreta, ella observó de reojo al carpintero de pie a cabeza, para detectar en segundos vertiginosos la enorme protuberancia que sobresalía en el relieve del calzoncillo, la mujer pudo comprobar que, en verdad, los negros sí habían sido dotados con la naturaleza del burro.

La sorpresa más grande se la llevaron en el momento en que entraron a la sala de velación, el cadáver ya no estaba en el ataúd, José De la Calma sintió que la tierra se lo tragaba, era él quien estaba respondiendo por el cuerpo del misterioso personaje. Por mucho que se esforzó no pudo encontrar una explicación a lo que estaba ocurriendo. En el momento, no pensó qué decirles a las dueñas del muerto. Extrañado, examinó cuidadosamente la tapa del ataúd y se dio cuenta de que

la habían forzado. El carpintero se preguntó una y mil veces, quién se lo habría llevado y para qué. En Las Trojas del Viento jamás se le había ocurrido a alguien robarse un muerto, y menos a un forastero. A la sazón, pensó en el Comandante, sospechó de él porque en el pueblo era el único que podría amargarle la vida; tal vez, lo había escondido con la intención de exigir rescate.

Desde el momento de su llegada, las linajudas mujeres no habían pronunciado una sola palabra, escudriñaban todos los rincones tratando de encontrar una pista que les ayudara a creer que su hermano había pasado la noche en esa casa maloliente e impregnada de formol. Cuando salieron al patio, todo lo que allí había les llamó la atención. De repente, una invasión de colibríes empezó a revolotear sobre la cabeza de la mujer vestida de flores, la que parecía colgar de las materas del jardín, las diminutas aves introducían sus picos en la seda de su florida vestimenta; mientras esto ocurría, José De la Calma a escobazos espantaba la inesperada cantidad de aves, la distinguida dama sorprendida en medio del aturdimiento se fue despojando del vestido hasta quedar totalmente desnuda, sabía que las aves buscaban extraer el néctar que en las flores de la tela había. José De la Calma pudo comprobar en un instante de la sospecha, que aquella mujer había venido al mundo a entregarle sus encantos, su cuerpo le hizo recordar el de Malén; la indígena más bella que llegara a Las Trojas del Viento.

El recuerdo de la infinita belleza de Malén, a pesar de estar muerta, había quedado fijado en la memoria de José De la Calma. La familia de Malén procedía de Cerro Azul, lugar donde habían nacido ella y sus tres hermanos mayores. Sus padres, junto al resto de la familia llegaron a Las Trojas del Viento desplazados por la violencia que se empezaba a vivir en los caseríos ancestrales de los indígenas. Muchos siglos atrás, contaba la abuela de Malén, existió en el territorio donde habitaban, un grupo de invasores altos y fornidos de miradas penetrantes que acechaban de forma lujuriosa a las hembras de la nación indígena; estas, eran mujeres que

habitaban los extensos territorios del Caribe, indígenas que allí existían desde siempre. Malén procedía de una de esas tribus ancestrales llenas de mujeres guerreras, hermosas y encantadoras. Mientras que aquellos hombres provenían de lugares desconocidos. No poseían rasgos parecidos con ninguna de las familias de nativos que a través de los siglos habían vivido en esa vasta región que se extendía por las riberas de muchos riachuelos que bajaban lentos desde una cordillera sin fin, pequeños ríos llenados por fuentes de agua sin tiempo que terminaban en las inmediaciones de Mompox y las ciénagas de la parte baja de los enclaves de los nativos de la región.

Para los nativos de ese territorio indígena siempre fue un misterio la procedencia de los intrusos; lo más probable, de acuerdo con lo que contaba Lázaro Cantero, podría ser que fueran originarios de la Península Ibérica, hombres que habían emigrado a las Indias en uno de los tantos viajes que hicieron navegantes de esa parte del resto mundo con la intención de descubrir nuevas civilizaciones para saquearlas e imponer sus costumbres. Cantero nunca dejó de leer todo lo que encontraba a su paso, poseía unos antiguos documentos que le había regalado el primer cura que llegó a Las Trojas del Viento. Por eso, apoyado en las crónicas que contenían dichos documentos, sostenía que aquellos maleantes que habían hecho de estas comunidades indígenas un desastre, realmente provenían de dicha península. Cantero afirmaba que esos rufianes que se hacían pasar por miembros de una tribu que nunca existió, llegaron a América atraídos solamente por la ambición de poseer las indígenas del Caribe.

Aquel grupo de hombres desde su remota existencia ya habían decidido quedarse para siempre al ver tanta belleza en aquellas mujeres; indias que provocaban al asomo de cualquier deseo pecaminoso. Los intrusos arribaron al lugar en caballos traídos de muy lejos, allí se instalaron sin temor, infundían miedo y terror con su presencia de gente nunca vista por los indios que habitaban los territorios selváticos que se encontraban al lado del mar; en ese lugar echaron raíces hasta el final de los tiempos. Los miembros de aquella raza de

hombres se caracterizaban por ser machistas, era un orgullo para ellos tener muchas mujeres a su lado.

Los forasteros al llegar al territorio de los indios, lo primero que empezaron a ejercer fue el dominio sobre las mujeres que allí había; estos, disputaban a las indias para poseerlas, aquellos hombres en las luchas frontales que se daban en esas aldeas terminaban venciendo a los nativos dueños de una herencia ancestral de muchos siglos, eran invasores bien entrenados que utilizaban armas que superaban el poder de la lanza y la flecha. Fue tanto su poderío que terminaron siendo los únicos que desfloraban a las indias vírgenes de las aldeas donde se asentaba la mayor parte de la población indígena, todo fue una continua lucha a muerte que llegó al extremo de ellos matarse entre sí. Cuando uno de estos hombres, debido a su poder armamentista y su fuerza física lograba asegurar la posesión de varias mujeres, les construía una vivienda espaciosa para llevarlas a vivir con él. El hombre se convertía en el amo y señor de ellas, sus deseos perversos los satisfacía noche tras noche con todas las que tenía a su alcance, no había una de ellas que no participara en las obligadas orgías. A quien se resistía la tomaba a la fuerza para luego atarle los pies con una gruesa liana; lo hacía de manera salvaje, las otras mujeres que lo complacían en todo, ayudaban a esparnancarles las piernas al máximo, y de esa forma el hombre podía disfrutar del sexo viendo sufrir a la víctima.

En los combates que sostenían los invasores entre sí, al ganar la batalla uno de ellos, a los demás demostraba que sus indias eran las más hermosas, las más eróticas, las más sumisas y naturalmente las más fieles. Si se comprobaba infidelidad por parte de alguna de ellas, la castigaban con la pena de muerte; acto criminal que se daba delante de toda la tribu, para lo cual era ofrecida en sacrificio al dios de la sexualidad. Las indias en la tribu eran verdaderas esclavas de las aberraciones de los hombres y las labores domésticas a las cuales eran sometidas, sin derecho a quejarse o enfermarse. Si por cualquier razón una de ellas persistía en negarse a complacer a su amo, esta era azotada hasta dejarla impo-

sibilitada e indefensa; situación que aprovechaba el hombre para castigarla con una larga jornada de sexo.

En el transcurrir del tiempo, la situación se tornaba dramática para muchas de las esclavas, tenían que resignarse porque no había quien pudiera defenderlas. El peor sufrimiento para ellas era tener que soportar los desmanes de sus maridos, quienes ingerían a diario alcohol mezclado con hierbas alucinógenas hasta llegar al embrutecimiento total. Después de cada borrachera las mujeres de estos delincuentes usurpadores, muy obedientes soportaban las perversiones que se les ocurrían a sus amos.

En una ocasión, Madelena, una india esclava de uno de estos hombres llamado Najar, resolvió rebelarse, no tardó mucho tiempo en trazar un plan de liberación, sostuvo una charla secreta con Melesia, otra de las esclavas de Najar; las dos, estaban decididas a actuar, sin perder tiempo, convinieron a Piedra Blanca y a Tanalé, compañeras de cama. Después de conversar un largo rato llamaron a Eluney, quien había pasado todo el día llorando encima de su desgracia.

En esa comunidad había ocho viviendas construidas con piedras de arcilla, adornadas con barro dorado e incrustaciones de cáscaras de caracol. En cada una de estas viviendas vivía cada uno de estos hombres con las indias a su lado; allí, se encontraba un total de cuarenta esclavas del sexo y la barbarie. Madelena no quería perder la oportunidad de ser libre, estaba decidida a lo que fuera con tal de obtener su liberación; logró entonces, comunicarse con las más decididas. Esta hermosa india de mirada penetrante se encargó de llevar a cabo el plan con mucha cautela; todo, en medio del dolor que sentía por sus compañeras.

En su firme decisión, Madelena se comunicó en secreto con las líderes de cada grupo y, convinieron entre ellas que en la celebración que hacían cada quince días sus amos, donde derrochaban el licor y los alucinógenos que les exacerbaban sus instintos salvajes; ellas procurarían sin que estos se dieran cuenta, aumentarles la dosis de plantas alucinógenas con el

fin de llevarlos a una sobredosis, y de esta forma llevar a cabo sus planes.

La fiesta varonil comenzó temprano, desde los alares de la tarde hasta altas horas de la noche, cuando ya los malhechores no podían sostenerse en pie, ellas les cayeron encima como lo habían planeado. Cada uno de los malhechores fue conducido con los pies a rastras hacia el dormitorio, víctimas de sus propias ansias de perversidad. A la altura del tiempo requerido para el ataque de las mujeres, no había un solo hombre despierto. Las indígenas, felices del triunfo logrado, continuaron el plan que habían trazado. A partir de ese momento empezaría la gran hazaña, comenzaba para ellas el vuelo hacia la libertad. Entonces, recogieron lo indispensable para resistir varios días de camino, se armaron de arcos, flechas y lanzas; sin más tiempo que perder, salieron en estampida... rumbo al fondo de la espesura; Madelena lideraba la caravana.

En compañía del tiempo, se internaron en lo más profundo de las montañas, lejos de Las Trojas del viento, por el espeso follaje corrieron sin parar hasta llegar al final del día. Atrás quedaban en el olvido fatal los ocho protervos, quienes habían hecho de sus vidas una amalgama de sufrimiento y crueldad. Mientras tanto las bestias humanas sin sospechar que sus víctimas ya se encontraban lejos de su alcance, seguían bajo los efectos del alcohol y los alucinógenos.

Las indias, cuarenta en total, llegaron a un claro del espeso bosque montañoso, lugar totalmente desprovisto de vegetación; allí, descansaron un largo rato, y luego continuaron el sendero que las llevaría a un lugar impreciso. Después del extenso recorrido que habían hecho, cuando el sol caía lento bajo las sombras de una noche quieta, decidieron dormir. Al despertar del día siguiente, estaban hambrientas y sedientas de encontrar un alivio definitivo; entonces, con el fin de fortalecer sus ánimos decidieron continuar el descanso, allí, consumieron frutas y raíces milagrosas durante la estancia en aquel lugar desconocido para ellas, esa pausa se prolongó

por varias horas. Tiempo después, al reponer las fuerzas reanudaron su peregrinación a través de una extensa llanura.

Las sombras de la noche brotaban lentas detrás de la montaraz jungla que habían dejado atrás. Aquellas mujeres continuaron la marcha sin hacer caso al cansancio. La sombra de la noche borraba el sendero que las llevaría al destino que el azar les ofrecía en el largo recorrido de los incontables kilómetros de distancia explorada en el andar del tiempo.

Distantes de ellas, los invasores se despertaban de su prolongado letargo. El siniestro Najar, alarmado lanzó un grito de rabia al encontrarse solo en la habitación donde solía dormir acompañado de sus indias. El hombre se dirigió con prisa hacia las otras viviendas a informar a los demás lo que le sucedía; algunos de ellos apenas salían del efecto destructivo del alcohol y la droga ingerida la noche anterior. Al recibir la alarma por parte de Najar, saltaron de sus camas y chinchorros preguntando por el paradero de las indias; al enterarse de la fuga, quedaron destrozados por la angustia de haber perdido de un día para otro a sus bellas mujeres.

Lejos de la presencia funesta de aquellos desalmados hombres, avanzaban las indias sin detener un solo instante su hazaña, habían transcurrido veinticuatro horas de escape hacia la libertad, tiempo que las ponía lejos del alcance de sus verdugos. Ya empezaban a experimentar la inmensa satisfacción de encontrarse libres en medio de las amplias praderas que rodeaban sus deseos de ser felices por siempre. A través del sendero de la libertad llegaron a la grieta de un cerro, lugar que eligieron como hogar transitorio. Atrás quedaban la pesadilla, los maltratos y vejámenes de aquellos hombres que se hacían llamar los "Maruacos", quienes no podían salir del asombro y la decepción que les había generado la extraña desaparición de las hermosas indias.

Un rayo, enviado por el espíritu rebelde del Cacique Mayor de todas las tribus del territorio aborigen, cruzó velozmente el espacio hasta la aldea de los crueles invasores; los techos de las viviendas de ese sitio maldito fueron impactados por aquella radiación de fuego intenso, detrás del estallido se vino

una fuerte brisa que amenazaba con derrumbar lo que encontrara a su paso, mientras la brisa crecía, un fuerte aguacero se desgajó sin clemencia, nunca antes se había visto algo igual. No había cesado la lluvia cuando de manera intempestiva llegó el huracán de la justicia divina, el fenómeno natural no dio tiempo a nada, las viviendas de los intrusos quedaron tendidas sobre una estela de desgracia.

Allá, muy lejos del alcance del enemigo, a cientos de kilómetros de Las Trojas del Viento, Madelena y sus compañeras reorganizaban sus vidas. Armadas de elementos rudimentarios para la labranza, se dispusieron a cultivar la tierra, empezaba para ellas el olvido de una desidia que había que superar... ya eran libres. Con infinita ansiedad fabricaban armas para proteger sus vidas, herramientas para cercar con madera del bosque sus viviendas, de esa forma impedir la entrada de posibles intrusos o la llegada de los verdugos a su territorio.

Al contrario de la forma como la mayoría de las mujeres ven el sexo masculino cuando se entregan con amor puro y lleno de fidelidad a un hombre; para ellas, ya no sería lo mismo. A raíz de la amarga experiencia que vivieron en el pasado, veían el amor de los hombres con espíritu de venganza y rencor, un rencor que se adueñó de sus corazones. Ellas, a partir de esa horrenda experiencia, veían a los hombres solamente para la procreación y nada más. Había surgido desde ese momento una nueva tribu compuesta por mujeres, la mujer sería lo más importante y la única que tendría el dominio sobre los hombres que se atrevieran a llegar al clan de las aguerridas indias del "Fuerte de la Colina", nombre con el cual bautizaron su nuevo pueblo.

En la tribu de los Maruacos, el fuerte huracán había borrado por completo las huellas del sendero por donde escaparon aquellas indias, impidiendo a los patriarcas del sexo ir detrás de sus esclavas. Muy distantes de ellas, los Maruacos se encontraban padeciendo los estragos de las inclemencias de la naturaleza, a pesar de haber transcurrido el tiempo padecían aún la burla y la deshonra ante las tribus enemigas, ya

no tenían de dónde escoger indias vírgenes y encantadoras como las que habían obligado a convivir con ellos, las indias que allí había eran mujeres adultas con muchos hijos, esas no les llamaban la atención. Debían esperar otra generación para hacerse a nuevas mujeres. En medio de la angustia, decidieron salir en búsqueda de las que eran sus esclavas por la nación de los indios. Después de largas y desesperantes jornadas, volvieron a la tribu, debían reconstruir sus viviendas. Ya resignados del fracaso y después de haber transcurrido mucho tiempo, los criminales, fastidiados por la falta de compañeras, resolvieron incursionar en las tribus más alejadas de la región, un viaje con el fin de hacerse a otro grupo de vírgenes con las cuales poder calmar sus apetitos y aberraciones sexuales. Los motivaba el hecho de que miembros de estas tribus alejadas eran indios pacíficos, y podrían ser fácil presa de su fuerza. Cinco de ellos partieron, mientras que los otros quedaron en la tarea de levantar de nuevo la aldea.

Habían recorrido un largo trecho cuando descubrieron las praderas por donde habían transitado meses antes sus víctimas; al terminar de cruzar las praderas, alcanzaron a ver en la distancia otras aldeas. Con lo que ellos no contaban era con que las mujeres que habían sido sus víctimas no andaban muy lejos de allí; una de ellas se encontraba montando guardia encima de un árbol, desde la altura notó la presencia de los forasteros, le llamó la atención las hermosas yeguas y los caballos blancos salpicados de puntos negros en su piel. De inmediato pasó la voz a una guerrera vecina, esta, a otra, hasta enterar al resto de la tribu de lo que ocurría. Los jinetes eran sus enemigos, enemigos que se habían atrevido a cruzar las fronteras de un territorio prohibido para hombres como esos. Las nuevas guerreras decidieron planear una emboscada con el fin de quitarles los caballos a aquellos miserables que habían tenido la osadía de llegar hasta sus predios. Ellas, resueltas a empezar a cobrar venganza, esperaron la oportunidad para el asalto.

Después de cierto tiempo arriba de los árboles esperando a que pasaran los jinetes, los atacaron con flechas envene-

nadas, dando muerte a los invasores. Sin perder tiempo, los despojaron de los caballos para luego llevarlos rápidamente a sus dominios; la tierra que el destino les había reservado, desde donde ya habían empezado a reinar.

Con el pasar del tiempo, las aguerridas indias producían sus propias cosechas para su sostenimiento, muchos animales del territorio fueron domesticados por ellas, entre estos: tigres, jabalíes, guacamayas y loros parlanchines que servían de guardianes. Los caballos se multiplicaron, convirtiéndose en una cría de briosos corceles que ellas mismas se encargaban de domar y poner en venta en el puerto de Las Trojas del Viento. Aquellas indias habían construido su propio fuerte en la falda de la colina. En la región, había corrido la voz de que por los lados de la colina no podían pasar hombres sin ser invitados, quien se atreviera corría el riesgo de ser abatido. El odio guardado en los corazones de las nuevas indias guerreras era tal que el solo hecho de encontrarse con un hombre desconocido en el camino, este era condenado a muerte sin contemplación.

Najar y sus secuaces, mejor armados, quisieron saber de la suerte que habían corrido los cinco expedicionarios. Resolvieron atravesar los campos en su búsqueda. Ese día recorrieron un largo trecho, ya que avanzaban sin descanso.

A sus oídos había llegado información sobre el territorio de las llamadas: "Guerreras de la Colina". Y fue sorprendente para ellos cuando lo divisaron en la distancia. Sobre una colina estaba el fuerte. Decidieron atacarlas.

Las indias guerreras de la Colina los esperaban resguardadas detrás de las barricadas. Las flechas de ellas eran más certeras debido a la posición estratégica que habían adoptado. En el primer ataque cayó herido uno de los hombres, los demás huyeron despavoridos; este era un hombre alto, de piel clara y ojos desorbitados, rasgos distintivos de su raza; lo reconocieron como uno de sus verdugos. Tres indias lo condujeron al interior del Fuerte de la Colina.

Los que regresaron al asentamiento de los Maruacos, sin perder tiempo hicieron una reunión urgente con el fin de

acordar planes para terminar con el poderío de las indias guerreras de la colina, estaban dispuestos, a como diera lugar, a vencerlas y exterminar el poderío que habían logrado.

Las Guerreras de la Colina poseían arcos bien contruidos, veloces y precisas cerbatanas, además, dardos envenenados.

Los Maruacos decidieron hacer alianzas con las tribus vecinas para tomarse el Fuerte. Mientras tanto, Madelena organizaba sus fuerzas.

El cuerpo del herido había sido conducido a la enfermería donde tres de las mujeres le curaron las heridas. Ellas no lo hacían por una labor humanitaria, ya que el odio hacia esos hombres no les permitía tener compasión por ninguno, lo hacían por otros motivos.

Después de cierto tiempo de recuperación, cuando el prisionero estuvo recuperado del todo, Madelena escogió a veinte hermosas indias como candidatas a maternidad, para lo cual ordenó con carácter turnarse cada una de ellas para pasar una noche completa con el prisionero; con la advertencia de que si este se oponía a cumplir con lo que se había ordenado, fuera azotado sin piedad en medio del sol. Al cabo de unos días, las veinte mujeres, ya daban muestras de embarazo.

El grupo de las cuarenta ya comenzaba a multiplicarse. Madelena no requería de mucho tiempo para comprobar los embarazos, el varón había dejado de prestar el servicio que la tribu necesitaba. El fuerte de las mujeres de la colina no necesitaba que a la única tribu del mundo dominada por mujeres llegara un hombre a hacer presencia por mucho tiempo. Con la mayor cantidad de sangre fría, y un espíritu de venganza contra los hombres que fueron sus brutales y asquerosos verdugos, decidieron que el hombre debía morir.

Las belicosas indias habían formado dos grupos, las embarazadas y las no embarazadas. Las primeras lucían atuendos de guerra, semidesnudas, con cerbatanas y lanzas; las otras, estarían sin armas, vestidas de transparencia y la cabeza adornada con gajos de caracuchas de colores y perlas de

variados colores. Las cenizas del sacrificado las colocaron en un panteón.

Una vez cumplida del todo la misión del prisionero, la jefa de la tribu ordenó, después de tantas noches seguidas de sexo, que aquel agotado y maltrecho hombre fuera ofrecido en sacrificio a la diosa del amor guerrero. Llegado el momento del sacrificio, el hombre fue conducido por dos bellas indias, atado de las manos en la espalda, hacia el lugar donde sería inmolado.

La ceremonia de la muerte empezó a la hora fijada. Al hombre lo llevaron a la silla de piedra, en donde le ordenaron sentarse con la cara hacia la efigie de la diosa del amor guerrero. Acto seguido apareció una despampanante india en traje de guerrera, sostenía en una de sus manos una copa de oro, la cual contenía una pócima con un alto contenido de veneno extraído de seis serpientes, en la otra mano, una daga de piedra afilada hasta el mango. La guerrera se acercó a quien iría a pagar por todos los maltratos a los cuales fueron sometidas aquellas mujeres durante el cautiverio que vivieron bajo el dominio de aquellos verdugos que la madre naturaleza parió por equivocación. Las opciones a que fue sometido aquel mal engendrado hombre eran ingerir el tóxico o de negarse a hacerlo, el sacrificio sería consumado con la filuda daga. Cuando el hombre ingirió el tóxico, al instante cayó fulminado, como si un rayo le hubiese traspasado el cuerpo. Fue levantado por dos indias sofocantes, le desataron las manos, para después conducirlo a la gran mesa paleolítica, una mesa que había sido encontrada en ese lugar del Fuerte de la Colina por casualidad, era una piedra enorme, tallada por las manos prehistóricas de quienes habían vivido en ese lugar hacía miles de años. Lo empaparon con suficiente combustible, después, con un mechón le prendieron fuego; al compás de cantos y gritos en adoración a la diosa del amor guerrero, el cuerpo quedó convertido en cenizas.

Las cenizas limpias de todo vestigio de combustión permanecieron en el centro de la mesa de piedra hasta nueva orden. Al cabo de un tiempo, llegaron dos mujeres vestidas con trajes

de guerra. La una llevaba un pequeño cofre metálico, la otra una especie de pala, se acercaron con cuidado a la mesa para depositar las cenizas dentro del cofre.

El cofre fue llevado a un panteón, el cual tenía varios depósitos donde quedarían para siempre los restos del hombre que se convirtió en padre de las próximas generaciones de la tribu.

La vida continuó en el Fuerte de la Colina, todo gobernado por mujeres que habían endurecido sus corazones con el fin de no dejar aflorar sentimientos hacia el sexo masculino; era el imperio de terror para cualquier hombre que se atreviera a transitar por esos lares.

Nacieron diecisiete mujeres y tres hombres. Los varones fueron separados de sus madres. Más tarde, después de una ceremonia ante la diosa del amor guerrero, los tres niños fueron entregados a mujeres de otras tribus que soñaban tener hijos, mujeres que nunca dieron a luz un solo niño para alegrar sus vidas. Los niños fueron recibidos por las tribus con mucha alegría; en esos hogares quedarían viviendo para siempre sin saber la verdad, ya que eran entregados bajo el juramento de nunca confesarles su verdadero origen.

Desde los primeros años de vida, las mujeres las preparaban para la guerra. Las llevaban a los playones y las dejaban expuestas al sol durante todo el día; a ese ritual decidieron llamarle, Las Inclemencias del Destino.

Madelena daba órdenes precisas, las alistaban para la cacería, para preparar caballos y, para todo aquello que tuviera que ver con la guerra. Aquella mujer, tenía fijada en la mente la idea de que Najar, quien había sido su despreciable amo, podría ser un buen candidato para ser el autor de los veinte nacimientos que traerían ella y sus diecinueve compañeras que se preparaban para la cacería. Aún mantenía frescos en la memoria, los maltratos físicos, las humillaciones de Najar y las borracheras de aquel hombre que la obligaba a tener sexo sin el menor deseo. Lo imaginaba humillado, y lo obligaría a engendrar hijos para luego darle muerte.

Los caballos muy bien entrenados, hacían sonar sus cascos con bríos; momento en el que se preparaban para la cacería.

La gran puerta del Fuerte de la colina se abrió y las veinte guerreras armadas hasta los dientes salieron hacia sus antiguos dominios, la tribu de los Maruacos. Sabían que aquellos hombres asustados no podrían hacer nada, ante la furia y la embestida de las salvajes guerreras que estaban resueltas a llevarse a Najar, para que contribuyera con la reproducción de esa nueva tribu donde reinaría para siempre, el dominio de la belleza femenina.

Un galope incesante cruzó con furia la zona montañosa. Al poco tiempo las guerreras del fuerte se encontraban en el caserío de los Maruacos. El jefe del pequeño grupo se encontraba recostado en un chinchorro en compañía de una muchacha de las tribus vecinas. Cuando llegó Madelena al lado de las diecinueve guerreras que habían sido esclavas en el caserío, Najar se sorprendió, a la vez que temblaba de miedo; ella, con la mayor calma lo miró a los ojos para dar la orden:

—¡Al ataque! —grito—, atrapen al enemigo, que no escape.

Najar dio un salto de terror, cuando intentó reaccionar, cinco de las guerreras de un solo impulso bajaron de los caballos para rodearlo, lo tomaron con extraordinaria fuerza, colocándolo a horcajadas sobre un caballo que venía preparado para tal fin. Rápidamente le ataron las manos y lo aseguraron en la montura del caballo. Madelena estaba feliz de haber cumplido su cometido.

Los veloces corceles cruzaron con vigor el escabroso terreno de regreso al Fuerte. Ningún nativo de las tribus vecinas se atrevió a seguir las, debido a que las guerreras inspiraban temor y respeto. Trasladaron sin contemplación a Najar por los escarpados caminos de un viaje sin regreso. Ya tenían un nuevo reproductor que cumpliría su deber para después desaparecer como era la orden en la tribu femenina.

Los caciques y jefes de las tribus que en la región había, estaban preocupados, no se explicaban cómo un grupo de mujeres que habían sido tan sumisas, incursionaran al caserío llevándose al hombre más fornido y poderoso. En la región se comentaba que el hombre que caía en poder de estas hermosas guerreras jamás volvía a salir de sus dominios.

La selección del personal para maternidad, durante los siguientes años fue dirigido por Madelena, por ser ella la más inteligente y diestra líder del grupo; pero, poco a poco fue dejando su poder en manos de las más jóvenes. De todas las mujeres del grupo se inclinó por una hermosa guerrera de veinte años, a quien convirtió en la cacica. Ahora, era ella quien escogía las candidatas a maternidad, la que dirigía las batallas y grupos de caza, quien ordenaba los sacrificios, y a la vez, señalaba el día y la hora del mismo; de igual modo, seleccionaba a los varones que les correspondía perpetuar la tribu.

El territorio de los indios siguió avanzando, las tribus crecieron y disfrutaron de momentos de prosperidad, pero también de tragedia, como la que les tocó padecer con la muerte de Malén.

Mientras tanto, en las Trojas del viento, con el arribo de las primeras lanchas de pasajeros, José De la Calma ya había olvidado la imagen de las distinguidas mujeres y la desaparición del muerto. Ese día, los alcatraces armaron un alboroto de los mil demonios, nadie se explicaba a qué se debía tanta bulla. Con desasosiego aleteaban formando enormes olas que se estrellaban contra las canoas de los pescadores que descansaban en la playa, un pescador se levantó de donde estaba, arrojó agua a los tizones de la fogata que encendían para calmar el frío de la madrugada; pensó que las aves no querían bajar por temor al fuego. Los animales no descendían, chocaban en medio de la turbulencia del vuelo sin encontrar dónde posar. Los niños del pueblo ya habían llegado a observar el raro comportamiento de los alcatraces, Rosa Lafont dio aviso de inmediato de lo que ocurría. La muchedumbre no se hizo esperar, todos se volcaron hacia el río, eran cientos de aves las que sobrevolaban el pueblo, la niñez gozaba viendo el espectáculo que se presentaba en el puerto.

Mientras la alegría invadía la imaginación de los niños, los adultos empezaban a preocuparse por lo que sucedía, la pregunta que se hacían era: ¿Qué era lo que causaba en los alcatraces tan extraño comportamiento? Algo parecido a lo

que se había visto en la plaza principal el día en que la fuerza pública disparó contra las aves. Los alcatraces tenían la costumbre de arribar a Las Trojas del Viento al empezar el día, luego, se estacionaban al otro lado del río y, al caer la tarde, emprender el vuelo de regreso. Aquel comportamiento de las aves, ese día había sido distinto al de otros arribos. La arribada de los palmípedos ya se había convertido en una rutina para la gente del pueblo, eran visitas pacíficas y silenciosas. El retorno diario de los alcatraces se había convertido en la única distracción de los habitantes del pueblo, el pasatiempo favorito de niños y adultos, entre estos, el viejo Corrales, algo de extrañar en un pueblo en donde el deseo de vivir tranquilos se había ido sin esperanza. Los alcatraces esperaron todo el día la caída del sol para luego regresar al origen que Silvano Macrioni quiso descubrir.

Luego de lo ocurrido ese día, los niños se alejaron del puerto, les dio temor que llegaran los hombres del Comandante a disparar como locos; se situaron entonces, a la salida del pueblo, lo hicieron con el fin de ver pasar más cerca a los alcatraces. Al mismo tiempo que esto ocurría, en el ir y venir de las aves batiendo sus alas alrededor del puerto, un alcatraz de manera estrepitosa levantó el vuelo a toda velocidad y sin ningún control, la forma en que el ave salió volando, puso en alerta al resto de la parvada que se encontraba estacionada sobre la muralla, el alcatraz, subió y subió hasta llegar a lo más alto del cielo de Las Trojas del Viento, lo hizo a extrema velocidad, de la misma forma como ascendió, volvió a bajar. Al llegar a los árboles elevados de la orilla del río, se posó en lo más alto de la bonga, donde los burros eran amarrados por los campesinos que llegaban al puerto a comprar ropa y fantasías que traían los viajeros cada ocho días de Cartagena. El alcatraz fijó la vista en dirección hacia el mar, en medio de la fuerte brisa que soplaba, desplegó con fuerza sus alas para llegar a su destino. El resto de las aves que observaba, revoloteó con afán para seguir la ruta de vuelo. El agitar de miles de alas al mismo tiempo, provocó en el puerto un fuerte oleaje que desbordó, a través de los muros de contención, una

gran cantidad de agua que inundó de nuevo las colmenas del mercado.

Los espectadores quedaron con la mirada ausente, ninguno de ellos pudo entender qué había ocurrido. Rosa Lafont fue la única que se atrevió a decir aquella vez en el puerto que la estampida la había ocasionado el olor a pólvora que provenía del Azul del Cerro, allá, donde entrenaban a los grupos de criminales que estaban al servicio del narcotráfico, que las aves escapaban despavoridas por temor a un nuevo ataque. Además de eso, les dijo que dejaran de estar prestando tanta atención a Lázaro Cantero, que lo que hacía era perder el tiempo; pues nada iba a conseguir desafiando con arengas los fusiles de los hombres del Comandante; que lo único que conseguía era exponerse a que lo mataran pendejamente, que se le había olvidado de que en Las Trojas del Viento lo que existía era la ley del plomo, que Cantero se había empecinado en sacrificar su vida, por culpa del padre Manolo, quien le había dicho que así se convertiría en mártir, de esa forma podría entrar más fácil al reino de los cielos, lo mismo que ocurrió en la historia del hermano lobo.

El viejo Corrales, quien también había estado observando lo que ocurría en el puerto, se tapó los oídos para no escuchar las arengas de Rosa Lafont. El viejo, con el fin de alejarse de la algarabía lo más rápido posible, como pudo subió de dos en dos los escalones de la muralla, quedó muy consternado con lo acaecido ese día; mientras andaba, no dejó de pensar en el desbarajuste de las aves. Por su cabeza cruzó un montón de pensamientos infernales, presintió en lo peor; lo que había visto ese día, no traería nada bueno para los habitantes del pueblo. Cuando eligió el camino a su casa se acordó de Milagros, le hubiese gustado que ella presenciara lo que había pasado; pero él sabía que llevarla al puerto era exponerla a las miradas perversas de los vendedores del mercado. Prefirió entonces que al llegar a su casa mejor la llevaría a pasear un rato por la calle del comercio a refrescarse donde Julio, el negocio de venta de avena más próspero de las Cuatro esquinas y de paso despertar la envidia de los turcos, cachacos

y demás transeúntes que en las horas de la noche frecuentaban la calle del comercio hasta llegar a una iglesia donde a la gente se le había olvidado ir a misa, razón por la cual el padre Manolo ofrecía los sermones en cualquier parte del pueblo.

Al llegar a casa, decidió buscarla por todos los rincones, se asomó al patio olfateando detrás de las matas de plátano, revisó los armarios, en el recorrido que hacía, se acercó al escondite donde agotó su última pasión sin encontrar respuesta; por mucho que lo intentaba, le era difícil entender dónde se había metido. El viejo le tenía prohibido salir de noche a la calle, la última vez que lo hizo, la encerró bajo llave durante veinte días. El viejo Corrales continuó la búsqueda, examinó bien las puertas y candados, a la sazón, pudo comprobar que su mujer se encontraba en la calle. Entonces, sacó un taburete para sentarse bajo la sombra de un árbol cercano a su casa; allí, decidió esperar su regreso. Mientras el tiempo se enredaba en la paciencia de aquel desdichado hombre, las horas transcurrían lentas, por más que rogara a Dios su regreso, Milagros no aparecía por ningún lado. En el viejo se acrecentó la angustia, por su cabeza viajaba el pensamiento a la velocidad de los celos, se imaginaba tantas cosas que estuvo a punto de enloquecer, no se atrevió a salir en busca de ella por temor a encontrarla haciendo lo que ya se imaginaba.

El pueblo dormía al lado de sus angustias, la noche transcurría sin que el viejo Corrales se diera cuenta; cuando despertó, miró el reloj, ya habían transcurrido 3 horas, no creyó haber dormido tanto. Decidió entonces dejar de esperar y, cerró con rabia la puerta, en el momento en que se decidía a poner la tranca llegó Milagros. El hombre abrió para dejarla pasar, ella se dirigió a su alcoba sin pronunciar una sola palabra, él, con disimulo la olfateó suspirando con tranquilidad. La mujer había caminado todo el día y parte de la noche; por más que lo deseó en su andanza, nadie la volteó a ver, sabía que no lo habían hecho porque ninguno en el pueblo se atrevía a enamorar a la señora de "don Vicente Corrales del

Toro"; la mujer maldijo en ese momento el respeto y la moral. En el recorrido de esa noche pensó encontrar a Lázaro Cantero para que le mitigara el deseo de hacer el amor con un hombre de verdad, era el único hombre soltero, solitario y sin compromisos en Las Trojas del Viento; pero no fue posible, de aquel hombre que sufría el dolor de su pueblo no se había vuelto a saber nada, desapareció de la noche a la mañana sin despedirse, sin que nadie se diera cuenta. Aquel suceso se dio de la misma forma como había pasado años atrás con Silvano Macrioni y otros hombres del pueblo.

Al entrar la mujer a su habitación, expulsó los zapatos punteados por el aire, se despojó de una blusa con escote hasta el ombligo, arrancó con fuerza los botones de la falda corta que había lucido ese día. Sin dar tregua a la decepción, haciendo pataletas en el piso salitroso arrojó todo a un rincón. Allí esperó a que el viejo Corrales entrara con la cantaleta de siempre, cuando el viejo quiso preguntarle adónde había estado, la pregunta ya tenía respuesta, la encontró en la cama completamente desnuda, lloraba amargamente la suerte que le había tocado vivir el resto de su vida al lado de un viejo que no se le paraba ni el pelo; al mismo tiempo, la desdichada mujer lo miró con odio desmedido. El viejo sabía que el único culpable de lo que ocurría era él. Intentó acercarse, pero, sabía que por mucho que lo intentara sería inútil. En aquel momento, decidió retirarse de la habitación dejándola con el deseo ahogado entre las piernas. El hombre se dirigió al patio y vio la madrugada escondida detrás de su desgracia, su memoria recorrió un largo rato por los lugares que más había frecuentado con Milagros. Vio con transparencia su pasado colgando en las matas de plátano, después, orinó un largo rato recostado a un poste del cercado de su casa, lo hizo apoyando el arrugado miembro a uno de los alambres de la cerca con el fin de evitar que el orín le mojara los pies, los testículos semejaban las dos últimas maracuyás de un canasto de frutas. Mientras sacudía su desgracia, recordó las palabras que un día Lázaro Cantero expresó en una reunión de viejos sentados en las bancas del parque: "Para un hombre joven el

presente es gloria y disfrute, es esperanza inmediata, es vida y puede soñar con riqueza, su juventud es un tesoro que se expresa, nunca mantiene el alma cautiva, no se imagina que el tiempo pasa, hace el amor sin mordaza. Para un viejo, el futuro es cosa incierta, no tiene esperanza, mucho menos porvenir, no sabe adónde ir, porque el alma ya casi está muerta”.

Una noche sin destino definido, el reloj llegó lento a las primeras horas del día, el sereno había enfriado la madrugada. Mientras viajaban, la espesa niebla se introducía por las ventanillas de una chiva de palo, vehículo que transportaba a varios hombres de avanzada edad, quienes ese día habían decidido dar un paseo por la playa, recibir el aire puro de la naturaleza, sentirse libres de la vigilancia de los hombres del Comandante, quien no permitía a pesar de los ruegos de los padres de familia, que se abrieran de nuevo las escuelas del pueblo, los niños deambulaban sueltos por las calles sin ley y sin Santa María.

El grupo de viejos, después de un largo recorrido logró llegar a la costa del mar que había sido la despensa de sus placeres en otros tiempos, allí, en mejores épocas, disfrutaban con la juventud a costas de las turistas que procedían del interior del país y otras partes del mundo, mujeres que se sentían atraídas por la curiosidad de hacer el amor con los hombres del trópico, sementales que tenían la fama de haber nacido con los mismos atributos del burro; en esa época no había una sola de ellas que no se fuera con su sueño cumplido.

Ya de regreso, el sueño atrapó al grupo de veteranos, la estridencia del crujir de los cangrejos aplastados por las ruedas de la chiva de palo despertó a quienes rendidos del largo viaje se habían dormido. Fue en ese momento, cuando se observó en una de las aceras del camino, muy cerca de un pequeño caserío, una pareja que discutía de forma acalorada, la mujer estaba vestida de novia. Allí, se presenció la forma cruel en que el hombre maltrataba a la mujer, la abofeteaba sin descanso, ella con sus manos trataba de cubrirse el rostro para evitar los golpes que le propinaba, la golpeaba de manera

salvaje, el tipo, parecía estar fuera de control; aquella mujer, en medio del dolor abrió los ojos y con la agilidad de un gato se arrojó sobre el vehículo donde viajaban los ancianos. Quien conducía, no tuvo tiempo de frenar el automotor, el impacto del cuerpo contra la carroza fue brutal, el resalto de las ruedas sobre la humanidad de la infeliz mujer desestabilizó todo; afortunadamente, la pericia del conductor evitó el volcamiento.

La infeliz mujer quedó tendida en el asfalto, se le pidió a quien conducía que se detuviera, pero los nervios no se lo permitieron, aceleró de tal forma que solo se alcanzó a ver el blanco del vestido en mitad de la carretera. De nuevo se le insistió al hombre que se detuviera, que se trataba de una persona, le gritaban que era un ser humano y no un perro lo que había arrollado, "¡por el amor a Dios!", gritaban todos. Mientras se le pedía que contuviera sus impulsos, en el hombre aumentaba la desesperación, dando rienda suelta al automotor, para así, alejarse más del sitio. No había forma de detenerlo, era imparable su decisión de escapar del lugar de los hechos, parecía un desquiciado agarrado al timón, las curvas las tomaba a la velocidad del viento; lo que ignoraban los ocupantes del vehículo era que cuando a todos les pareció ver a una mujer de blanco azotada por la brutalidad del miserable que la acompañaba, el conductor había visto claramente que esa mujer era Malén, la indígena asesinada en el teatro del pueblo.

Después de varios kilómetros de recorrido, el vehículo empezó a tener fallas en el motor, fue entonces, cuando la velocidad se redujo a la mitad, poco a poco se fue deteniendo, el hombre accionó la dirección para luego estacionarse al lado de la carretera; de improviso, descendió de manera aparatosa de la chiva de palo como alma que lleva el diablo en dirección a la ciénaga grande. En vista de lo ocurrido, los viajeros decidieron esperar a que amaneciera por completo, los minutos eran un sopor de espera; se presumió entonces que aquel hombre había escapado por temor a ser aprehendido por las autoridades o, tal vez, por miedo a las posibles represalias de

los familiares de la víctima, o quizás, por haber quedado loco de remate.

El tiempo en su afán de seguir adelante los puso a todos en la claridad de un nuevo día, no había nadie entre los viajeros que no tuviera el deseo de estar en casa. El tráfico empezó a crecer y el ruido se desbordó sobre la mañana fría, a esa hora, ya la caravana de cangrejos había terminado de cruzar la vía; solo quedó el crepitar de los crustáceos en el imaginario de cada uno de los ocupantes. Mientras tanto, decidieron esperar la ayuda de un alma piadosa; pero, nadie se detenía a colaborar, se angustiaban al pensar que, a esa altura del tiempo ya desvanecido, la gente estaría enterada de lo ocurrido, que seguramente por eso se negaban a brindar ayuda. Aquella situación de permanecer en ese lugar sin la ayuda de nadie era desesperante.

Al cabo de un largo rato de permanecer allí, el sol terminó de salir. Al instante, los hombres del Comandante aparecieron en patrullas para remolcar el vehículo, de esa forma, trasladarlos a Las Trojas del Viento. En marcha, nadie hizo comentario de lo ocurrido; por esa razón, se sintieron en el espectro de la complicidad, se miraban de reojo unos a otros, no habían decidido qué hacer ni qué decir al Comandante acerca de la mujer arrollada por el vehículo donde se habían desplazado, en los viejos surgió un mutismo absoluto. Cuando entraron al pueblo se sintió un ambiente de libertad. Los dejaron en la plaza principal, allí, decidieron reunirse en la casa de Corrales, a quien le confesaron lo que les había ocurrido en el viaje, Corrales sugirió esperar con paciencia a ver si llevaban el cuerpo de la víctima a la funeraria, que se quedarán en su casa, que Milagros los atendería como ellos se lo merecían. Entre tanto, él irá a indagar con la gente del pueblo.

A la espera de noticias pensaron un poco en el destino del hombre que huyó, creyeron encontrarlo en el pueblo, pero este no dio señales de vida por ningún lado. Sentados, algunos en las viejas mecedoras del rancho de sestar, y otros en hamacas colgantes, le preguntaron con disimulo a la mujer de Corrales, si sabía algo acerca de un accidente que había

ocurrido en la carretera al mar, ella, de mal humor al verlos tan viejos y acabados como su marido, contestó con un no rotundo, reanudando a la vez, sus quehaceres domésticos, había pensado que en el grupo llegaría alguien con quien hablar del destino que le había tocado al lado de un viejo sin fortuna, pero no fue así. Al regreso de las indagaciones que había adelantado Corrales, encontró que en el reporte del hospital de la noche anterior no se incluían muertes ocasionadas por accidentes, en la oficina de la comandancia tampoco dieron razón, de igual modo, en la funeraria, José De la Calma, amigo de confianza del grupo de veteranos, les mandó a decir que se mantuvieran tranquilos que por allá no había llegado novedad alguna.

El desconcierto fue creciendo de manera desmedida en el grupo de viejos, no encontraban una explicación a lo que sucedía, no era posible que el cuerpo de la mujer arrollada no apareciera; fue entonces, cuando a Corrales se le ocurrió la idea de volver al lugar del accidente a verificar qué había pasado con el cadáver y que ellos lo acompañaran. Sin pensarlo, salieron de prisa, la desesperación les atormentaba de tal forma que en cuestión de nada llegaron al sitio, al encontrarse de nuevo en el sector donde había ocurrido la tragedia, nadie dio noticias del hecho; allí, sólo se hablaba de un fandango celebrado la noche anterior, donde todo transcurrió sin novedad alguna. Aquello se les hacía muy extraño, se acercaron al sitio donde supuestamente debían encontrar algún rastro, el área estaba en total normalidad, recorrieron varios kilómetros a lo ancho y largo de la carretera para estar seguros; todo fue en vano. Abatidos por el trajín de la desenfrenada búsqueda, decidieron darse un descanso. Ya en reposo, de manera simultánea, por la cabeza de todos rodó la idea de que aquel hombre que la maltrataba la había sepultado cerca del lugar donde ocurrió el suceso; pero, tampoco hallaron huellas, por esos linderos no existía vestigio alguno de lo que buscaban. Con la puesta del sol y los cuerpos ya vencidos de tanto caminar de un lado a otro, decidieron sentarse a descansar bajo la sombra de un almendro. En aquel sitio, a pesar de

notarse que eran hombres indefensos, la gente los observaba con desconfianza; esto, debido a la situación de violencia que se vivía en la región. En medio del hervor de la incertidumbre, algunos habitantes querían saber qué buscaban, ellos, justificaron su presencia en aquella vecindad diciendo que sólo querían saber qué se hacían los cangrejos en el día. Por mucho que luchaban por encontrar una explicación al misterioso caso, no lo lograban. No podían explicarse qué había pasado con el cuerpo de la mujer, tenían la certeza de haberla atropellado, no cabía la menor duda, alguien en el caserío debía saber algo del hecho; además, alguno de los que participaron esa noche de la fiesta, tendría que haberse dado cuenta, era imposible creer que de tantas personas nadie se diera cuenta de lo ocurrido, era sabido que dicha fiesta fue para celebrar la boda de la pareja que discutía.

Se hacía imposible pensar que todos fueran cómplices. ¿Qué había pasado con el cadáver? No tenían otra pregunta qué hacerse. Corrales pensó en el conductor; al instante, rechazó la idea, sabía que este no sería capaz de volver al lugar de los acontecimientos, un hombre nervioso y trastornado como había quedado ese, nunca lo haría, descartaron por completo que hubiese sido él. Corrales, sin darse cuenta, estaba entregado a la investigación, estaba empeinado en descubrir el misterio, manifestó que no se retiraría hasta no dar con el paradero del cuerpo.

La preocupación del grupo se centraba en la ausencia de la más mínima pista de hallazgo. Resolvieron entonces visitar todas las casas del pueblo, pero nadie quiso abrir la boca, no hubo una sola persona que contestara a las preguntas que se les hacían, estaban muy temerosos. Llegó un momento en que los habitantes del caserío decidieron cerrar las puertas para guardar silencio total; por un instante, tuvieron la intención de alejarse de aquel pueblo y olvidarlo todo, también pensaron en denunciar el caso. Cuando menos lo pensaron, la noche estaba allí estacionada como la primera vez, el crujir de los cangrejos suicidas les trajo el recuerdo de la mujer de blanco, se resistían a escuchar ese ruido. En silencio se fueron ale-

jando del pueblo, orillaban la carretera mientras transcurrían las horas. Ya habían recorrido un largo trecho, cuando detrás de ellos se detuvo un hombre en un caballo, quien preguntó qué si no habían visto un accidente que acababa de ocurrir a escasos cien metros de donde se encontraban, seguidamente llegó otro jinete haciendo la misma pregunta, de esa forma fueron llegando otras personas en burro, en carretas... hasta formar un tumulto alrededor de los caminadores, ellos les contestaron que ya el caso lo conocían desde la noche anterior, y que deseaban continuar su camino; pero quienes habían llegado, les dijeron que se trataba de un accidente ocurrido hacía pocos minutos, que era una mujer vestida de blanco y que aún se encontraba en la vía; el viejo Corrales tomó aire exponiendo reventar sus pulmones para decir:

—¡Compañeros, este caso está cerrado!

Entretanto, Cantero aprovechaba la oscuridad del pueblo para salir del escondite, se había enterado de que esa noche se iría la "Mocha", con la suspensión del servicio de energía eléctrica, el pueblo quedaría en tinieblas; situación que aprovecharía para un asunto que tenía pendiente. Aquel hombre, era un incansable favorecedor de la gente, nunca se estaba quieto en un solo lugar, siempre se lo veía buscando a quién ayudar. Aquella noche en medio de la oscuridad, tocó a la puerta de una familia que hacía mucho tiempo no veía. Cuando la puerta se abrió, apareció una mujer quien en el pasado fuera como su propia madre, trabajadora y servicial, un poco delgada y pálida con muestras de sufrimiento, se trataba de la madre de la inolvidable y adorada Antonia, la mujer que siempre quiso estar a su lado. Antonia, quien fuera la amiga eterna de Cantero, a quien desde hacía mucho tiempo atrás no había vuelto a ver; la amiga con quien solía jugar en el patio de su infancia. La presencia de Cantero causó mucha emoción a quienes habitaban aquella vieja casa. Isabel Durango, la mujer que le abrió la puerta de par en par, era la comadrona más antigua de Las Trojas del Viento, en el pueblo no existía un nativo que no hubiese pasado por las manos de aquella mujer. Doña Isabel, como le llamaban todos en Las

Trojas del Viento, ella, al ver a Cantero, con voz fuerte llamó a su hija para enterarla de quién había llegado a visitarlas ese día, Antonia acudió presurosa a la sala, cuando lo vio, después de haber pasado tanto tiempo alejado de ellas, se le iluminaron los ojos de alegría, un hilo de ilusión cruzó las oquedades de una pasión ya olvidada, se resistía a creer que aquel hombre, después de tantos años de ausencia, a quien ya habían dado por muerto, volviera a su casa.

Antonia, muchos años atrás, época en que era visitada por Lázaro, vivía con sus padres en una parcela cerca del pueblo, un ser que cinco días antes de nacer lloró en el vientre de su madre un medio día cuando estaban sentados bajo la sombra del rancho, ese mismo día, decidieron bautizarla con el nombre de: María Antonia de las mil vírgenes, hija del viejo Luis e Isabel la comadrona, quienes eran dueños de la "La herencia" la mejor parcela de las que allí había. El viejo Luis era feliz dedicado al cuidado de dos caballos, cuarenta carneros y doce vacas lecheras, con las cuales sostenía a su familia. Isabel, una de las mujeres más trabajadoras de Las Trojas del Viento, por las tardes, después de recolectar la leche del ganado, se acostaba temprano para madrugar al día siguiente a cortar la leche para hacer el queso. Con el dinero producto del trabajo diario de la parcela, sostenía a su familia y a dos peones que trabajaban en ella; no eran ricos, pero tampoco les faltaba nada. Aparte de las actividades que hacían en el pedazo de tierra que habían heredado de los viejos de antes, también se dedicaban al cultivo de plátano, yuca, ñame, papaya, maracuyá y, el fruto que más abundaba, el mango, con el cual se mitigaba el hambre y que en épocas de cosecha pintaba de primavera los patios de las casas. Poseían, además, una buena cría de carneros, de ellos, sacrificaban uno que otro para variar la alimentación. En los tiempos de abundancia solían regalar a los vecinos el remanente de la producción diaria. Se podría decir que era una familia buena y feliz, a la cual no le faltaba nada; allí vivieron hasta el día en que la tragedia tocó a la puerta de aquel rancho de palmas milenarias. Un grupo de hombres armados les dijo que por

orden del Comandante debían abandonar esas tierras con todo lo que había adentro, que les daban 24 horas de plazo para desocupar, de lo contrario, que se abstuvieran a las consecuencias; y, fue así como tuvieron que salir a la fuerza con el dolor en el alma y el corazón desgarrado por la tristeza. Con la mirada perdida, llegaron al pueblo buscando quien les diera albergue. Atrás quedó la parcela que fue su refugio en las estaciones de invierno, quedaron también los caballos y las vacas, sus perros y gatos, el loro Lorenzo y el sueño de vivir siempre al lado de sus seres queridos.

Lázaro Cantero, nunca pudo olvidar aquel atropello; pero, prefirió ese día no tocar el tema para evitar un mal recuerdo a esa familia; el hombre, sin saber si Antonia era una mujer ya comprometida, un tanto en expectativa y otro con temor, pensó que no podía arriesgarse quedándose mucho tiempo allí. Con el fin de complacerla, siguió al interior de la vivienda. Antonia lo condujo al patio para que recordara el lugar donde llegaron después de la desgracia, sin el olvido de haber tenido que abandonar lo que más querían, ese patio triste que en otros tiempos fuera el espacio donde retozaran sus alegrías y desenfrenos pulsionales. Allí estaba el palo de mango, la totuma flotando en la superficie de la alberca llena de agua; allí, donde se bañaban después de jugar largos ratos entre las matas del traspatio, la batea de madera que usara Isabel Durango para lavar ropa ajena y la de un buen hijo y varias hermanas, quienes, con el transcurrir del tiempo, la pusieron a vivir de manera digna después del infortunio. Una mujer que en sus mejores años adoptó a tres hijos ingratos, que después de criarlos se volvieron los peores enemigos de la familia, los mismos bandidos que participaron en el horrible desalojo. En aquel patio lleno de recuerdos, existía también un rancho de palmas milenarias por donde rodó la nostalgia de un viejo adorado, aquel que un día se despidió en silencio de una vida que no merecía al ser expropiado del producto de toda una vida de trabajo... De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, Cantero puso de nuevo su ausencia en los recuerdos.

En la realidad de una época que se había escapado por los resquicios del tiempo, de un tiempo que viajaba en las alas de los miles de alcatraces que Rogelia no alcanzó a contar esa tarde en el recorrido de Orihueca a Tucurínca. En ese trayecto de las matemáticas fortuitas, aquella mujer confirmó que su marido ya no era el mismo de antes, el hombre alegre que le ayudaba a todo mundo, presto para cualquier cosa que hubiera que hacer. Ya no asistía a los entierros y velorios de las víctimas de la violencia, su solidaridad era compartida con toda la gente del pueblo; al igual que Lázaro Cantero. Sin reparos de ninguna clase se llegaba a cualquier parte a socorrer a la gente con dificultades, auxiliaba sin reparo al necesitado, no esperaba a que lo llamaran, él mismo acudía sin interés, sólo el interés de ayudar a los demás.

Después de una larga ausencia, arribaron de nuevo los alcatraces a Las Trojas del Viento, el cielo estaba despejado, llegaron silenciosos, traían en sus plumas el calor salitroso del Golfo. Rogelia Soler los vio descender uno a uno sobre las frescas aguas del río. Sin el mínimo riesgo de equivocarse, los alcanzó a contar todos. En el arribo de las aves, contó un total de mil doscientos cuarenta y cinco, restó de la cuenta que había hecho antes de la masacre que alfombró de plumas Las Trojas del Viento, y pudo comprobar que la población de alcatraces había disminuido de manera considerable.

En Las Trojas del Viento circundaba un destino borroso, Cantero, de nuevo había desaparecido, los pobladores se resistían a vivir la vida que les esperaba, el hambre acechaba, y las posibilidades de escapar de la opresora situación eran pocas.

Para los hombres y mujeres del pueblo iba a ser duro abandonar todo lo que habían logrado en la vida, dejar la casa del barrio donde habían nacido, trasladar a sus hijos a un lugar desconocido, dejar en el olvido el perro, los gatos, las gallinas a punto de poner huevos... para ellos, era horrible imaginarse llegando a donde nadie los conocía, sería entonces absurdo mendigar un pedazo de pan después de tenerlo todo. Oscuro horizonte les esperaba lejos de la abundancia, lejos de una

tierra fresca y fértil, de un lugar lleno de espejos cristalinos, de una naturaleza fecundada por el agua de una nueva estación, donde los cultivos crecían al lado de la esperanza. Irían a vivir en otro mundo, lejos de la presencia de un río que bañaba a diario la tranquilidad de la gente buena. Ya no podrían apreciar una bandada de alcatraces llenando de alegría el pueblo, tampoco verían el pescado fresco saltando a la olla del sancocho, ni la caravana de cangrejos ermitaños entrando al río con ganas de agua nueva. El miedo que se había estacionado en los ranchos de Las Trojas del Viento no permitía que la gente expresara el descontento contra los atropellos y constantes amenazas del Comandante.

En medio de las angustias y los tormentos del pueblo, el día llegaba a su final. Fue entonces, cuando apareció el padre Manolo en el puerto, las pescadoras ya habían recogido las poncheras y mesas de expender el pescado fresco que ofrecían a los habitantes de Las Trojas del Viento, los vendedores de verdura cubrían con plástico sus carretas para proteger los productos del ataque de roedores hambrientos que abundaban en la plaza de mercado. Con el fin de poner candado a la inseguridad que se vivía en el pueblo, los propietarios de los kioscos del callejón de los cacharros bajaban las esteras oxidadas por el salitre; en ese momento, la gente del puerto, incluyendo a los pescadores que se alistaban para subir a las canoas a empezar su diaria faena, fueron alertados por el cura quien desde la muralla gritó a todo pulmón:

—¡Hijos, Dios los bendiga a todos!

El puerto quedó en silencio después del grito que el cura dio. Y continuó diciendo:

—Quiero que me escuchen un momento, no es mucho el tiempo que les voy a quitar, hoy he llegado a este lugar para decirles algo importante, llego aquí, debido a que ustedes no se acercan a la iglesia a escuchar la palabra del Señor. Sepan todos que cuando una persona llega a este mundo tiene una misión, se le ha encomendado una tarea que tiene que cumplir, así se caigan las estrellas. Algunos cumplen esa misión, otros no. Si la persona tiene la suerte de cumplir todos y cada uno

de los mandatos de Dios, tiene asegurado el cielo y el agradecimiento eterno de sus familiares y amigos, pero si se niega a cumplir, tendrá el total rechazo de Nuestro Señor. Rosa Lafont me dice que, por estar metiéndome en lo que no me importa, un día de estos voy a amanecer muerto. Lo que ella no sabe es que yo soy un servidor de Dios y estoy protegido por él, y sólo él tiene la potestad de llamarme al cielo. Los criminales venidos de otros lares, y que hoy siembran el terror por todos lados, han matado a miles de inocentes campesinos y nadie dice nada, las masacres son el pan de cada día, los torturan para luego hacerlos pedazos con sus infernales motosierras, lo hacen sin importar si son hombres o mujeres. En repetidas ocasiones han matado a jóvenes embarazadas para extraer de sus entrañas una vida que sería la razón de vivir de una pareja de esposos, un niño que traería alegría a un hogar insertado en un pedazo de tierra que les pertenecía por derecho propio, porque fue la herencia que recibieron de quienes por muchos años lucharon para prosperar; aquellos que abrieron trochas en las montañas para hacer vivible un terreno agreste que a nadie le interesaba. Estos miserables les arrebatan las tierras a los campesinos para cultivar el terror, que es lo único que saben hacer, le cortan sin piedad la cabeza a quien se les antoje. El hombre del campo intenta defenderse porque quiere proteger lo poco que posee, solo, por tratar de evitar que lo lancen de donde nació, de donde vivieron sus ancestros, de donde tienen sus muertos enterrados, de donde sus recuerdos son imborrables. Son inhumanos los actos de barbarie de estos bandidos que ya sabemos de dónde vienen y quién los apoya para que sigan cometiendo atropellos en la región. Son una sola purulencia que siembran el terror por donde pasan, que hacen una fiesta en medio de la sangre de sus víctimas, que, bajo los efectos del alcohol y la droga, gozan viendo sufrir a los demás. Mis fieles feligreses, Lázaro Cantero fue el único hombre capaz de desafiar y oponerse a los desmanes del Comandante; hoy no está con nosotros, pero nos dejó un legado que hay que seguir. No hay que permitir que sigan acabando con el pueblo, hay que rechazar la presencia de

quienes vienen a intimidar con sus armas a los indefensos, hay que seguir con las protestas, así sea desde el cielo después de muerto; pero, hay que hacerlo, y no seguir creyendo en las promesas de paz que hace el gobierno, no hay que creer en advenedizos, hay que reclamar justicia hasta donde los pulmones aguanten, no permitir la burla y el engaño para los pescadores, indígenas y campesinos nuestros, no más miseria, no más empobrecimiento para la gente, hay que exigir respeto, hay que despertar de este letargo que nos ahoga cada día más...

El sermón del padre Manolo fue interrumpido de manera intempestiva por una ráfaga de ametralladora que nunca se supo de donde salió; a lo que el cura hizo caso omiso para seguir diciendo:

—En Las Trojas del Viento, todos tienen miedo. La gente no se defiende, prefieren huir, antes de enfrentarse a estos criminales que están acabando con el pueblo; Lázaro Cantero fue el único que se atrevió a desafiar el temor, pero desgraciadamente desapareció del pueblo, ese hombre era un verdadero líder, lástima que hoy no esté con nosotros, tenía una misión que cumplir en la tierra... y era, salvar Las Trojas del Viento de las garras de los malhechores, pero fue un soldado que mandaron a la guerra totalmente desprotegido, sus armas más demoledoras para defender al pueblo eran su lengua y sus escritos; sin embargo, no dejaba de ser un hombre indefenso que estaba expuesto a sucumbir frente a las embestidas del tiempo de la crueldad. Este hombre fue el único que asumió la responsabilidad de acabar con los problemas del pueblo, así lo pensó, porque era alguien que tenía una misión pendiente con Dios y su gente. Los grupos armados que han llegado a Las Trojas del Viento están al servicio de los poderosos, que no son otra cosa distinta al accionar de los narcotraficantes, grupos donde participan políticos corruptos, miembros de la policía y algunos militares deshonestos de este país que no quieren a su patria, a ellos les debemos la desgracia que vivimos; ellos, son los causantes de las desapariciones, asesinatos, torturas, expropiaciones de

tierras y de miles de muertos producto de las interminables masacres que han venido cometiendo, son miles las víctimas que se encuentran sepultadas en los territorios de la desolación, estos grupos de asesinos han querido legitimar sus actos atroces con el pretexto de que hay que limpiar a la sociedad, protegerla de los bandidos, ¡mentiras! Ellos siembran de muertos las parcelas y pequeñas fincas de los campesinos. Acusan a inocentes labriegos, a pescadores y a todo aquel que se les atraviese, de terroristas o simpatizantes de la guerrilla, confunden a la opinión pública haciéndose pasar por grupos defensores de derechos humanos, de esa forma poder justificar el crimen y el terror en que tienen sumergida a gran parte de los habitantes de Las Trojas del Viento. ¡Hermanos míos! No olviden la masacre que se dio en la vereda Los Bongos, cuando ese día entraron los maleantes como Pedro por su casa, se desplazaron en un carro fantasma con lista en mano y las fotografías de las víctimas ya señaladas para darles muerte; veinte en total. Irrumpieron en las viviendas sin pedir permiso, porque se trataba de una orden, y esa orden era encontrarlos a como diera lugar. Cuando lograron someter a los hombres que buscaban, los reunieron en la iglesia del pueblo, y allí, en la casa de Dios los asesinaron sin piedad frente a sus mujeres e hijos que lloraban implorando que no los mataran. Mis fieles hermanos, les pido que esto que he dicho hoy sirva de reflexión a todos ustedes... Ahora, vayan con Dios.

Después de la arenga del padre Manolo, no muy lejos del puerto, cuando el sacerdote se disponía a tomar el camino a la iglesia, fue abordado de manera brusca por un grupo de hombres armados, lo obligaron a subir a un vehículo que partió raudo hacia las afueras del pueblo. Al día siguiente el padre Manolo apareció colgado de un árbol con un letrero en el pecho que decía: "Lo mataron por sapo, detrás de este soplón vendrán otros".

Más allá del tiempo de los alcatraces, a cientos de kilómetros de distancia, recluida en un sanatorio de la capital, Sara Meléndez, la mujer a quien en el pasado de forma brutal

y despiadada el destino en un cerrar y abrir de ojos le había truncado el sueño de ser poseída por su marido el día de la boda, añoraba volver a su tierra. Habían transcurrido más de veinte años desde la última vez que vio a Silvano Macrioni. Todos los días se le aparecía un hombre en el estacionamiento de la soledad en el que había quedado sumida, era alguien que nunca le daba la cara, el hombre solía presentarse a medianoche, lo hacía mientras Sara dormía. Esa vez, al abrir los ojos, lo encontró mirándola fijamente; después de haberla contemplado un largo rato, se desvaneció en las sombras que la noche trajo.

En cierta ocasión, la noche devolvió los recuerdos. Sara dormía su lejana nostalgia cuando percibió la mirada penetrante del hombre que la asediaba en la oscuridad del deseo, cuando despertó del todo, lo encontró sentado en su cama, Sara quedó muda, sus palabras se enredaron en la impresión que el sobresalto tiene, se sintió muerta. El pánico le había cortado el aliento, no pudo mover un solo músculo de su cuerpo, intentó encender la luz; pero, no lo consiguió, su voluntad quedó envuelta en una mezcla de asombro y deseo. El hombre la siguió mirando, la miraba con los ojos de la lujuria. Esa vez, después de haber pasado tanto tiempo conviviendo con la soledad, Sara sintió de cerca la incontinente respiración del extraño visitante, la sangre agitada de quien estaba a su lado la estremeció con fuerza. En ese instante, cuando ya empezaba a subir los riscos de la pasión, el hombre de nuevo se desvaneció en las sombras.

Aquella mujer padecía los estragos de un destino inexplicable, vivía con la constante ansiedad de quien espera, anidaba la ilusión de volver a encontrarse con el hombre que desapareció en rebotante luna de miel. Las amigas que a diario la frecuentaban, le decían que si estaba vivo algún día iría a regresar, que debía tener paciencia. Para ella era angustioso abrigar la esperanza de tener de nuevo a su lado a un hombre del cual no se sabía si estaría vivo o muerto.

Una noche de vigilia eterna, el espíritu del hombre que la acechaba logró entrar más temprano que de costumbre a la

habitación de Sara. Por primera vez, después de llevar tantos años visitándola, le dijo al oído algo que la condujo a una profunda abstracción. Pudo percibir detrás de su propia existencia que aquel hombre se encontraba encadenado de día y de noche, que vivía en un estado deplorable. Desde la distancia, lo percibió con la mirada llena de angustia, como intentando hallar la salvación. Sara, allí sentada en el lecho de su desgracia, cuando los años llegaban al tiempo del olvido, vio de nuevo la imagen difusa de su marido, lo observó refugiado detrás de una delirante tristeza.

En ese letargo inconsciente que le produjo la noticia que recibió mediante un susurro en el oído, Sara Meléndez pudo comprobar que el mundo se estremecía de dolor, que un grito desgarraba el cielo, sabía que el destino de Silvano Macrioni, su marido, vagaba en la crueldad del verdugo. Vio que la mirada de la muerte se asomaba a los ojos del hombre que más había amado en su vida, de un ser viviente que temblaba de miedo, a la vez que su corazón se enfermaba de tanto sufrimiento, de tanto soportar el horror de una interminable pesadilla; la ilusión de encontrarlo aún con vida se escurría por las rendijas del desconsuelo.

La visión que Sara Meléndez había tenido esa vez, le permitió ver a su marido con el corazón que se le quería salir por la boca, Silvano Macrioni estaba recostado en las entelequias de un recuerdo deshabitado. Desde ese deprimente lugar donde se encontraba Silvano Macrioni, escuchó la voz de su mujer implorando su presencia, oyó cómo el sonido de la angustia devolvía sus pasos del tiempo a la realidad, percibió de nuevo el calor que produce en los pies, la arena del patio, aquel hombre, desde su cautiverio se sintió llegando de nuevo a casa. A través de esa distante nostalgia añoró su patria, alcanzó a ver su adorada Venecia; allá, muy lejos, la vio apartada totalmente de la violencia. Escuchó, además, la banda folclórica de Las Trojas del Viento, interpretando en la procesión del Viernes Santo: "Tristezas del alma", percibió la angustia de Sara, un ser que sufría el dolor de su ausencia, la mujer que había elegido para compartir su vida.

Ese día, después de la infinita abstracción que había tenido, Sara Meléndez tomó la firme decisión de escapar del infierno en que vivía, no lo pensó dos veces y, con la ayuda de un grupo de enfermeras conscientes de que nunca había estado loca; como pudo salió del encierro adonde había sido confinada por orden del Comandante años atrás. Aquella mujer, al verse en total libertad, partió rumbo a su pueblo, debía cobrar una deuda que había pendiente con alguien que le había destruido la vida. Además, quería consultar a Rosa Lafont sobre sus sueños. Sara, desde la ilusión de encontrar a Silvano Macrioni aún con vida, y con un grito de emoción en su garganta, sale a salvarlo a como dé lugar. A través de los intersticios de la desolación, preguntaba a Dios todos los días, cuál era su libertad en el universo ajeno que había vivido.

Dispuesta a declarar la guerra al Comandante, con toda la fuerza que sólo la angustia da, se arrodilló mirando hacia el cielo, levantó los brazos, y con absoluta concentración, fijó sus ojos en una estrella remota que le mostró el camino que la conduciría a Las Trojas del Viento.

En ese mismo tiempo, a Las Trojas del Viento le estaba llegando la hora cero, la población entera ya agonizaba llena de terror, las familias que allí había, empezaban a desarraigarse por completo, los campesinos habían sido despojados de sus tierras, forzados a buscar nuevos lugares de refugio para salvarse y reconstruir sus vidas lejos del alcance de las balas asesinas. Ya empezaban a dejar todo atrás, cuando... un destello de energía selectiva volatizó en los habitantes del pueblo el temor de enfrentarse al enemigo.

Con el pensamiento en otra parte, José De la Calma, quien no se explicaba qué había ocurrido con Lázaro Cantero, ese día, mientras caía la tarde, observó a través de la ventana a Petrona Luna amontonando con una escoba de varitas las hojas secas que el verano de los almendros longevos dejaban caer al suelo; quien, después de haber logrado reunir un montón de hojas, se acercó al anafe cargado de carbones incandescentes que utilizaba para fritar las arepas de hoyitos, estiró las tenazas para extraer del fogón alguno de los carbo-

nes, cuando logró sujetar el rojo tizón, lo introdujo en la basura y, al cabo de un rato, las hojas acrecentaron el fuego de manera amenazante; la mujer, al ver las llamas elevarse al cielo, de inmediato les arrojó un manojo de ramas de matorrón con el que ahogó la fogata. Cuando vio que el humo para espantar los zancudos escapaba de aquel navío de nostalgias, se sentó en un taburete a esperar que cayera la noche. A Petrona Luna, la mujer más apetecida del antiguo Cocuyo, los años le habían arrebatado sus atributos de dama seductora, ya el vello que lucía en el labio superior se había convertido en un desagradable bigote, un lunar al lado de la barbilla, con el que resaltaba su belleza, terminó transformado en un moño de pelos envuelto en canas.

En la tranquila mañana del día siguiente, bajo un cielo con el sol adentro, apareció de repente una nube de polvo impregnada de petróleo que se levantaba por la calle principal del pueblo. Un tropel de latas viejas entró rompiendo el silencio de las Trojas del Viento. Aquel estruendo anunciaba la llegada de Sara Meléndez; al mismo tiempo, los alcatraces volaron alto sin encontrar donde posarse. La algarabía la hacía el camión del español, ese día no subió al Azul del Cerro por traer sin autorización del Comandante a quien se le tenía prohibido entrar a la Zona. Cuando el desvencijado automotor fue deteniendo la marcha, el escándalo cesó, el ayudante se bajó de prisa cruzando por delante del automotor aún en movimiento, para arrojar con suma precisión una cuña de madera con la cual se detuvo el vehículo. Luego, quitó la grapa con la que venía asegurada la puerta por donde saldría aquella viajera que venía de muy lejos. Al instante, apareció una mujer elegante y altiva de mirada penetrante, quien, al enterarse del asesinato del padre Manolo en su arribo, empezó a hervir en su propia rabia. El odio y el rencor acumulado durante tantos años en la soledad insepulta de su desgracia, nunca la dejó vivir tranquila. Traía la cara ardiendo de calor, parecía no temerle a nadie, venía en busca de alguien, de aquel que vivía envuelto en el crimen y la barbarie, había llegado en busca de un hombre que se escondía detrás de un destino insulso, lejos

de la ruina que había dejado atrás el pasado, detrás de un camino sórdido que lo condujo a la indolencia tras la ambición del poder; era alguien que estaba condenado a rendirle cuentas a la existencia indeleble de su propio destino.

En su recorrido por las calles de Las Trojas del Viento, no hubo nadie que no se sorprendiera con la presencia de Sara Meléndez, todos sabían de las injusticias cometidas por el Comandante en contra de ella, nunca le perdonaron lo que hizo en el pasado con una mujer acostumbrada a socorrer a los pobres, fue por eso por lo que el día que la sacaron a la fuerza de su propia casa para llevarla lejos de su tierra, el pueblo entero lloró su partida, estaban seguros de que el Comandante la había remitido como enferma mental solo con el fin de evitar que ella lo denunciara ante los organismos internacionales de derechos humanos. En esa ocasión, el Comandante dijo a todos desde el balcón de su despacho: "Con el dolor que me embarga hoy, les informo que mi esposa está loca de remate, por tal razón he decidido enviarla a un manicomio; esta mujer representa un peligro para la gente del pueblo".

En Las Trojas del Viento sabían que era falso lo que afirmaba el Comandante, que no era más que un vil atropello que arruinaría para siempre la vida de aquella mujer. En esa oportunidad nadie dijo nada por miedo a ser desaparecido; denunciar el hecho significaba enterrarse vivo. De esta misma forma el tiempo siguió su curso, la gente se volvió cómplice de su propia desgracia, la impunidad cabalgó libre por los letuarios de la resignación.

Después de un largo recorrido por los alrededores del pueblo, Sara Meléndez llegó a la casa que había heredado de sus padres, un bien que le pertenecía por derecho propio, del cual el Comandante se había apoderado desde el día en que la trasladaron atada de pies y manos al manicomio.

En su andar por las polvorientas calles de Las Trojas del Viento, Sara Meléndez, sin proponérselo se encontró de pronto rodeada de una multitud que había decidido apoyar la protesta en contra del régimen de aquel tirano. En ese ambiente que

se vivía en el pueblo, no hubo una sola persona que se perdiera de tal acontecimiento; allí, se suspendió el comercio, el tráfico fluvial se paralizó, las vendedoras salaron el pescado para el día siguiente, José De la Calma agregó doble porción de hielo y cal a los muertos que tenía pendientes para entregar ese día a los dolientes, el viejo Corrales, quien después de tanto tiempo de no sacar a su mujer a la calle debido a sus celos, también la llevó a presenciar el hecho. Todo el pueblo se había volcado al lugar, el gran ausente era Lázaro Cantero, al único que no se le había vuelto a ver más en el pueblo, de quien decía Rafael Darío Jiménez, el poeta y más grande defensor de la cultura de Las Trojas del Viento, que la última vez que se encontró con él había sido por los lados de Guacamayal y Sevilla, llevaba los zapatos llenos de polvo en dirección desconocida.

La jornada de protesta desde un principio la venía promoviendo Rosa Lafont; ella, quien encabezaba el motín, arengaba que, por fin, al Comandante le había llegado la hora de la justicia. Algunos habitantes que hacían parte de la muchedumbre agolpada frente a la vivienda del Comandante, esperaban ansiosos la lanza que vendría del cielo a matarlo, la misma que vaticinó en un momento de decepción Rosa Lafont en el atrio de la iglesia. El Comandante estaba allí, se encontraba sentado en el balcón mirando hacia el puerto, en el mismo sitio desde donde declarara loca a su mujer. El infame hombre al ver a Sara Meléndez frente a él, de inmediato se levantó de la poltrona donde se encontraba sentado, se impresionó de tal manera que no encontró palabras para expresar el impacto que recibió, en su garganta se atravesó un grueso listón de saliva reseca que no lo dejaba respirar. Ella lo miró a los ojos y a través del odio que sentía hacia aquel hombre, fulminó con su mirada penetrante el doloroso pasado que se ocultaba en la negra conciencia del Comandante; Sara apretó las manos con fuerza para gritar:

—¡Aquí estoy infeliz! —y prosiguió diciendo—, pensaste que nunca iría a regresar, vine a cobrar una deuda que tienes pendiente conmigo, ¿Qué hiciste con Silvano Macrioni la noche

de mi boda? Dime si lo tienes aún, o lo mandaste a matar; también quiero que me respondas... ¿dónde están mis hijos?

—¡Sara Meléndez! —respondió con arrogancia el Comandante desde el balcón— vienes a buscar lo que no se te ha perdido, si quieres ver a tus hijos pierdes el tiempo, ellos están refugiados en las montañas, en cuanto a Silvano Macrioni, ya te lo voy a entregar; pero, quiero recordarte de una vez por todas que en Las Trojas del Viento... isigo mandando yo!

—¡Mandabas, degenerado! —le increpó la mujer—, te has enriquecido con la sangre de los inocentes, se acabó el miedo, se acabó el pavor que tenía la gente, eres un gobernante corrupto y criminal, pensaste que todo el tiempo irías a vivir en la impunidad, ino eres más que un maldito pedazo de porquería de hombre!

El Comandante ya había ordenado a sus hombres sacar del cautiverio a Silvano Macrioni. Cuando lo mostró al público, el silencio estalló ante la crueldad del secuestro. Ninguno de los presentes podía creer lo que estaba viendo, aquel ser humano era un despojo del llobernable destino de los hombres caídos en desgracia. Tenía una extensa barba que le arrastraba hasta el suelo, las costras de mugre escondían el color de su piel y, el cabello lleno de grasientos cilindros de lodo. En la catástrofica decrepitud que el largo cautiverio deja, brotaban los bostezos de la injusticia, de un hecho imperdonable que tocó el corazón del mundo entero. Silvano Macrioni, el hombre que nunca pudo consumir su luna de miel con Sara Meléndez, estaba convertido en un trasto viejo, cargado de sombras inhumanas. Aquella absurda noche ocasionada por el Comandante, había marcado aquel trágico final.

El agónico hombre, después de más de veinte años de encierro, después de tantos años de intenso dolor, después de tanto sufrimiento sin poder ver la luz del sol; no pudo aguantar el impacto emocional que le causó escuchar la voz de su mujer. Sara, tampoco fue capaz de sostener el derrame de lágrimas al presenciar el horroroso estado en el que había quedado el hombre que jamás pudo olvidar. Después de aquel absurdo momento de injusticia que partió en pedazos el corazón

de la desdichada pareja, la muchedumbre abrió un camino por donde escapó sin rumbo y sin destino aquella mujer, partió loca de verdad, corrió abatida como una fiera herida bebiendo su propia sangre. Al instante, el hombre se desplomó en el suelo sin señales de vida: Silvano Macrioni había resistido casi un cuarto de siglo esperando ver por última vez a su mujer.

Mientras esto ocurría, un alcastraz, el mismo que intentara, mucho tiempo atrás, descuartizar vivo al Comandante, miraba hacia el balcón, movía la cabeza de un lado a otro, abría y cerraba sus enormes alas. Los vaticinios de Rosa Lafont parecían coger fuerza, el ave lentamente caminó sobre el caballete de una de las casas del pueblo, al llegar al vacío, levantó el vuelo. La concurrencia siguió la ruta que eligió para volar libre, nadie le quitó la vista de encima, todos lo vieron planear hacia el río, volaba rauda, apresurada por llegar pronto a su final. De repente, aquel pájaro se devolvió; fue entonces, cuando emergió un redoblado montón de alcastraces que fue creciendo en la medida en que otros se agregaban a la parvada. Aquel extraño comportamiento de los alcastraces puso en expectativa a la gente que aún permanecía frente al balcón. El Comandante, al ver lo que ocurría, ordenó a sus hombres disparar por donde pasarían aquellas aves; pero con tan mala suerte que sus secuaces se habían marchado por miedo a lo que Rosa Lafont había vaticinado años atrás. Con lo que no contaba el Comandante era que sus serviles seguidores lo dejarían solo.

En vista de lo que ocurría, enfurecido tomó el rifle y descendió del balcón hacia donde se encontraba la muchedumbre agolpada; no quiso soportar más la burla del pueblo; entonces, como un psicópata sin control, empezó a disparar por todos lados, a la vez que decía y repetía a garganta suelta que él era el único que mandaba en Las Trojas del Viento. Los interminables disparos obligaron el ascenso de los alcastraces. Al Comandante poco a poco se le fue agotando la munición hasta cesar el fuego. En ese mismo punto de encuentro con el destino, la profecía de Rosa Lafont cogía más fuerza, se aproximaba la realidad de un inevitable final. Mientras tanto,

cientos de alcatraces armaban en el aire con sus propios cuerpos una gigantesca lanza que a gran velocidad se precipitó a tierra traspasando el cuerpo del hombre que llevó a la ruina a un pueblo de gente buena.

A Rogelia Soler, la emoción que le causó ver caer por fin al único enemigo de su marido, no le permitió contar los alcatraces que atravesaron de manera vertiginosa, la barriga del Comandante; el hombre que dejó sepultado bajo el ese gran territorio a miles de inocentes que jamás serían encontrados por sus familiares, el hombre que enterró el futuro de Las Trojas del Viento, moría agónico sin la esperanza de la resurrección divina.

En ese momento de gran gozo que vivía la gente del pueblo, mientras el Comandante agonizaba de muerte, rodeado de gallinazos en espera del banquete que Rosa Lafont había prometido para ellos a través de la visión que tuvo en el pasado, un pescador arribaba al puerto, había pescado algo nunca visto en Las Trojas del Viento; resultaba difícil aceptar que aquella criatura que había atrapado, viviera en el río. Los curiosos se acercaban para ver de cerca lo que traía enredado en la red aquel pescador, parecía algo entre hombre y pez, el pescador le palpaba la cabeza con confianza, los brazos y los pies. Después de un instante, pudo comprobar con absoluta certeza, que aquel espécimen extraído del río, era un ser humano. Con esfuerzo intentó recordar en qué momento Justiniano Roncancio, su padre, le había hablado del hombre pez, pero, no lo logró.

Todo el pueblo se volcó a la playa dejando al moribundo Comandante tirado en mitad de la calle, a merced de los gallinazos, querían ver de cerca al misterioso hombre que no hablaba y tenía rasgos de pez. Aquella increíble criatura tenía el cuerpo gelatinoso, una espesa baba le chorreaba por todos lados; despedía un olor a cangrejo de mar, sus dedos tenían membranas de pato cuervo, ojos eran redondos y se desorbitaban frente a la mirada desconcertante de los espectadores que allí había. Aquel extraño hombre nunca visto en el pueblo parecía venir de otro mundo. Con la respiración agitada, abría

y cerraba la boca como si le faltara aire; abría y cerraba los brazos semejando aletas de pescado, los movía de un lado a otro de manera incesante.

El pescador trató de sentarlo; sin embargo, no pudo, parecía no tener articulaciones. Los habitantes del pueblo comentaban que seguramente era alguien que venía a engañar a la gente, por un momento tuvieron la intención de apedrearle; fue entonces cuando un niño lo pidió para llevarlo a su casa, darle alimento, vestirlo y enseñarlo a hablar; pero los adultos se opusieron, dejando al raro hombre sobre la arena caliente.

Una vez que el pescador logró salir del asombro en que se encontraba, ya más tranquilo, con la cabeza en reposo, se le ocurrió preguntarse, ¿qué hacer con aquel extraño hombre que había pescado en el río de su existencia? Fue en ese momento final cuando, a través de la velocidad que el pensamiento tiene, pudo darse cuenta de quién se trataba. El pescador estaba frente a un hombre que quiso convertirse en mártir, observó en él a un indefenso ser humano que miraba con la tristeza de aquellos que no tienen libertad, leyó en los ojos de Lázaro Cantero lo que siempre quiso dar a entender a la gente de Las Trojas del Viento. Al humilde pescador se le encharcaron los ojos, lloró a su lado sin saber qué hacer, lloraron los dos en la confidencialidad de un pasado sin olvido.

Miles de alcatraces nublaron el cielo de Las Trojas del Viento, el pescador con los ojos envueltos en llanto lo subió a la canoa, remó río abajo tragando la rabia de su propio destino.